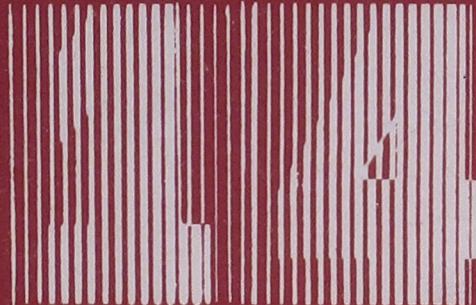


Cuadernos del Sur

Sociedad • Economía • Política

500 años:
Malvinas,
Mercosur



viejas y
nuevas
formas de
dominación

MAXIME DURAND: ¿A dónde va la crisis?  RUBEN R.

DRI: 500 años: acumulación de capital, genocidio y teología  MIKE PARKER / JANE SLAUGHTER: EEUU: el

"trabajo de equipo", ideología y realidad  MIKE DAVIS:

Los Angeles: la compleja trama del estallido  JANETTE

HABEL: Cuba: han batido mal la clara  ADOLFO GI-

LLY: Las tensiones y las crisis en el marxismo  JOHN

HOLLOWAY: Crisis, fetichismo y composición de clase 

MICHAEL LÖWY: La crítica marxista de la modernidad

Cuadernos del Sur

Número 14 ■ OCTUBRE de 1992

Tierra  fuego
del

CONSEJO EDITORIAL

Argentina: *Eduardo Lucita/Roque Pedace/Alberto J. Plá Carlos Suárez*

México: *Alejandro Dabat/Adolfo Gilly/Alejandro Gálvez C.*
José María Iglesias (Editor)

Italia: *Guillermo Almeyra*

Brasil: *Enrique Anda/Florestán Fernández*

Francia: *Hugo Moreno/Michael Löwy*

Perú: *Alberto Di Franco*

Escocia: *John Holloway*

España: *Daniel Pereyra*

Uruguay: *Washington Estellano*

*El Comité Editorial está constituido por los miembros
del Consejo Editorial residentes en Argentina.*

Publicado por *Editorial Tierra del Fuego*

Número 14

Argentina-Octubre 1992

Toda correspondencia deberá dirigirse:

En Argentina

Casilla de Correos N° 167, 6-B, C.P. 1406

Buenos Aires - Argentina

En México

EDITORIAL TIERRA DEL FUEGO

Nebraska 43-402

México, 03810-D.F.

INDICE

COMITÉ EDITORIAL:	500 años, Malvinas, Mercosur Viejas y nuevas formas de dominación	5
MAXIME DURAND:	¿A dónde va la crisis?	11
RUBÉN R. DRI:	500 Años: Acumulación de capital, genocidio y teología	31
MIKE PARKER: JANE SLAUGHTER:	EEUU: el “trabajo de equipo”, ideología y realidad	47
MIKE DAVIS:	Los Angeles: la compleja trama del estallido	63
JANETTE HABEL:	Cuba: han batido mal la clara	69
ADOLFO GILLY:	Las tensiones y las crisis en el marxismo	77
JOHN HOLLOWAY: .	Crisis, fetichismo y composición de clase	87
MICHAEL LÖWY:	La crítica marxista de la Modernidad	113

“El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborigen, la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos constituyen factores fundamentales de la acumulación originaria.”

(subrayado en el original)

Carlos Marx. *El Capital*,
Tomo I, vol. III, cap. XXIV, edición de Siglo XXI, México, 1975, pag. 939.

VIEJAS Y NUEVAS FORMAS DE DOMINACION

En el año en curso los detentadores del orden mundial han puesto sus mayores empeños para celebrar este 12 de octubre, el Vº Centenario del "descubrimiento" de América. A la vanguardia de estos fastos está indudablemente la España actual, de la modernidad y el consumismo, pero estos festejos superan largamente los intereses del Estado español, para los principales países imperialistas del "viejo continente" ésta constituye una fecha histórica que dio inicio a la era de producción capitalista. Más que una epopeya, el descubrimiento/conquista debe ser visto como una gran empresa. "Estos procesos idílicos representan otros tantos factores fundamentales en el movimiento de la acumulación originaria" (véase K. Marx *El Capital* - Tomo 1).

Claro está que este acontecimiento adquiere significación y contenidos diferentes para los indígenas, los negros y demás víctimas del genocidio y depredación que en definitiva significó *la conquista del "nuevo mundo"* por *los conquistadores europeos*.

Pero también este año 1992 contiene fechas y acontecimientos históricos: 10 años de la gue-

rra de Malvinas, y proyectos políticos. Iniciativa para las Américas -MERCOSUR-, que van mostrando cómo en la base de la dialéctica Integración/Desintegración de nuestra América Latina subsisten viejas causas originadas en el pasado cuando se inauguró una filosofía de colonialismo y dominación en las relaciones entre pueblos y culturas, que aún hoy se mantiene vigente.

• Hace 500 años la concentración de fuerzas bélicas más importantes de Europa se lanzó a la conquista del resto del mundo impulsada por necesidades propias de la acumulación capitalista, la que se vio ampliamente favorecida por la colonización de América, la apropiación de sus recursos naturales y la explotación de la mano de obra indígena y de los esclavos negros provenientes de la inmigración forzada del continente africano.

Los acontecimientos protagonizados por los europeos, particularmente los españoles, en América fueron de una crueldad inmensa, aún promediando el Siglo XVI cuando la humanidad ingresaba de lleno a la modernidad capitalista, y es sólo comparable a las cacerías de hombres y mujeres negras en África que hicieron ingleses, holandeses, franceses y portugueses, o a la colonización del oeste norteamericano.

Cinco siglos después de aquella llegada de los europeos, portadores de relaciones sociales que alimentaron el camino del capitalismo, explotando tierras y hombres en aras de la acumulación reproductiva y la civilización cristiana; que impusieron su cultura y creencias, es posible constatar la crisis de esos valores, el fracaso de los proyectos más ambiciosos, la inexistencia aún de relaciones capita-

listas en amplias regiones donde superviven formas serviles y quasi esclavistas a pesar de los disfraces con que se las recubre. (véase A.J. Plá *"Integración, Cultura, Universidad"*.)

• Ningún pais más que Argentina puede mostrar derechos históricos, geográficos y jurídicos que legitimen la titularidad de la soberanía sobre las Islas Malvinas. Solamente una filosofía imperial, que se perpetua desde aquellas épocas de la invasión europea a otros continentes, puede desconocer esos derechos. Sin embargo estas cuestiones no alcanzan a explicar las motivaciones de una guerra que sorprendió a todos.

A una década de finalizada la demencial aventura de los militares argentinos en el Atlántico Sur el carácter de "fuga hacia adelante", de búsqueda de una salida a la crisis que ellos mismos habían contribuído a profundizar, es un hecho irrefutable. Tan irrefutable como lo es que para el Gobierno británico de entonces la guerra constituyó una oportunidad única para revitalizar viejos sueños imperiales, para unificar a su opinión pública y revitalizar un capitalismo en decadencia desde varias décadas atrás.

En la reivindicación de la soberanía argentina el Gobierno Militar creyó encontrar el elemento unificador de la opinión pública, estimulando los sentimientos patrioteros más atrasados. Elemento puramente emocional que se disolvió ante las primeras dificultades de la guerra, aún antes del desembarco británico y mucho más cuando los combates fueron mostrando el absurdo y la inutilidad de la guerra.

La lógica de la guerra no fue entonces la idea de *la libertad*, como pretendían los defensores

de la agresión británica que oponían la democracia a la dictadura; ni tampoco la idea de *la soberanía* como pretendían quienes creían ver una posición antiimperialista en la Junta Militar argentina.

Diez años después es claro que "la lógica de la guerra estuvo presidida por las necesidades de dos poderes en crisis". (véase A. Gilly "Malvinas; *La guerra del capital*").

Al cabo de la misma la Argentina resultó mucho más dependiente que antes y nunca como ahora ha estado tan lejos de concretar sus inalienables derechos sobre las islas del Atlántico Sur.

• Como respuesta a su propia crisis el capital está reestructurando sus espacios industriales y productivos, al mismo tiempo que despliega una fuerte ofensiva sobre el trabajo.

Estos cambios profundos, que en la última década han adquirido un ritmo vertiginoso a escala mundial, han dado nuevo impulso a la internacionalización del capital y de los procesos de trabajo y al rediseño de la división internacional del trabajo.

En este marco las grandes naciones, que buscan disputar, recuperar y ampliar viejas y nuevas zonas de influencia, asumen la dirección del proceso de acumulación y los segmentos más importantes de los procesos productivos, desplazando el resto hacia la periferia del sistema.

Este reordenamiento de las relaciones políticas y económicas en el plano internacional encuentra su contrapartida al interior de los estados nacionales con la constitución de un núcleo transnacional que promueve la escisión de los sectores sociales y productivos privilegiados -forzando su integración regio-

nal- de los sectores sociales y productivos marginales, que se desconectan así de la experiencia de modernización, cambio tecnológico y consumo creciente de este fin de siglo. (véase P. Ciccolella/ E. Laurelli/ A. Rofman *"Integración Latinoamericana y Territorio"*).

Los mercados de amplitud continental que están surgiendo, dominados por la lógica de la competencia de las grandes corporaciones multinacionales, se expresan en la formación de bloques económicos regionales.

Los llamados megamercados hegemónizados por el imperialismo estadounidense, alemán o japonés, que desenvuelven una fuerte competencia comercial. (véase E. Mandel *"Globalización, interdependencia y bloques económicos regionales"* y M. Durand *"¿Adónde va la crisis?"*).

Estos macrofenómenos resultan particularmente importantes para los países del Cono Sur de América Latina que con un desarrollo insuficiente y deformado de sus fuerzas productivas ven cada vez más debilitadas sus posiciones y buscan redifinir su inserción en el mercado mundial, en tanto son objeto a su vez de esos cambios.

Es en este marco en que se inscribe, y en el que debe analizarse, el proyecto aún en gestación del Mercado Común del Sur -MERCOSUR- que, no debe desestimarse, nació como una iniciativa autónoma de las burguesías regionales en 1985, particularmente de Argentina y Brasil, pero que fue rápidamente cooptada por la Iniciativa para las Américas de la Administración Bush.

El MERCOSUR recorre un camino ya abonado por frustradas experiencias anteriores, pero difiere sustancialmente de las formas y la in-

tencionalidad de las propuestas elaboradas hace ya casi tres décadas atrás.

Si en los años 60, las políticas integracionistas tenían como objetivo la ampliación de los mercados locales y regionales y la sustitución de importaciones, en la actualidad la internacionalización de la producción liderada por las grandes corporaciones fuerza una integración regional -fundamentalmente comercial- ligada a sus intereses y orientada a vincularse estrechamente con el mercado mundial.

El problema no es entonces la integración de América Latina, viejo sueño de variados nacionalismos y también de expresiones obreras y populares, sino el carácter mercantilista y de clase del proyecto, que fragmenta y escinde cada vez más a nuestras sociedades.

La integración latinoamericana es uno de los mitos más viejos de la región. Desde la independencia, que fragmenta la unidad colonial y fracasa en llevar adelante un nuevo tipo de unidad continental hasta nuestros días.

No es artificial entonces vincular este presente con aquel pasado, en una reflexión global que incluya las aventuras demenciales que acentuaron nuestras relaciones de dependencia prolongando una relación de dominación que hasta hoy ha impedido el desarrollo autónomo y soberano de nuestras naciones.

Como escribiera Eduardo Galeano: "La tragedia se repite como farsa. Desde los tiempos de Colón, América Latina ha sufrido como tragedia propia el desarrollo capitalista ajeno".

Buenos Aires, octubre 1992

¿Adónde va la CRISIS?

Luego de la década liberal, el comienzo de los años noventa marca toda una serie de transformaciones en el funcionamiento del capitalismo mundial. Este artículo tiene por objetivo inscribir estas transformaciones en una perspectiva a mediano plazo y proponer una lectura teórica.

Las dificultades de nuestro análisis teórico

Nuestro análisis de la crisis se asienta en dos pilares que rápidamente podemos recordar. El primero es la comprensión, específicamente marxista, de la doble naturaleza de la dinámica del capital: su funcionamiento necesita a la vez de ganancias y de mercados, y es de esta doble exigencia que surge una de sus principales contradicciones. La segunda herramienta a nuestra disposición es la teoría de las ondas largas, que en particular insiste en el hecho de que el paso de una onda larga expansiva a una onda larga recesiva resulta de factores internos al sistema, mientras que el levanta-

miento de las condiciones para una nueva onda expansiva supone la intervención de factores exógenos. Evidentemente, ésto no significa que la lucha de clases sea exterior a la economía capitalista, sino que estos factores exógenos no son automáticos, no están garantizados.

Este enfoque llevó a los marxistas a formular un doble pronóstico a comienzos de los años ochenta. El primero se refería a la inminencia de una tercera gran recesión que veíamos ineluctable, en razón de la dificultad para el capitalismo de restablecer las ganancias al tiempo que mantenía mercados suficientes, dificultad a la que venían a agrergarse otros factores ligados a los desequilibrios interimperialistas y al desorden financiero internacional. Buscando restaurar las ganancias, las políticas de la burguesía tenderían a quebrar los mercados, a desencadenar una nueva recesión, esta vez del lado de la demanda. El segundo pronóstico ponía el acento en la idea según la cual no podía haber mejoramiento fundamental

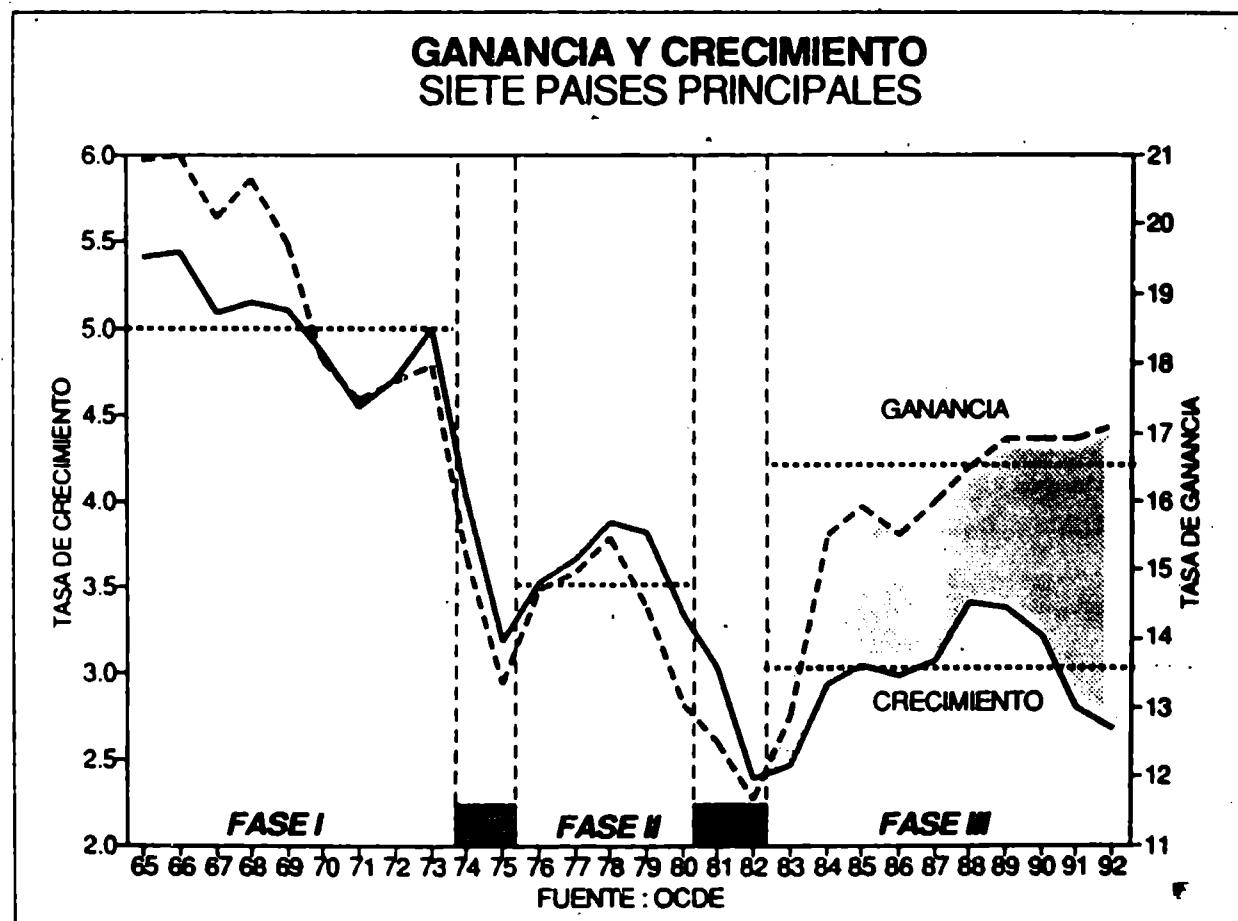
desde el punto de vista del capitalismo sin una modificación radical de las relaciones entre las clases: los enfrentamientos estaban, pues, frente a nosotros.

Las especificidades de los años ochenta

Hoy en día es necesario constatar que los años ochenta infligieron un doble mentís a este pronóstico. En primer lugar, no hubo una tercera recesión generalizada, así como tampoco un hundimiento financiero, ya que incluso el tropezón de la quiebra de octubre de 1987 fue bien superado. El restablecimiento de las ganancias pudo realizarse, al tiem-

po que se mantuvo una tasa de crecimiento razonable.

Para comprender las razones de esta relativa buena salud es necesario examinar más de cerca las particularidades de la última década. La gráfica correspondiente permite inscribirlas en una perspectiva de largo período, a partir de dos curvas que describen la evolución de la tasa de crecimiento de la producción y de la tasa de ganancia. Estas dos variables han sido calculadas a partir de datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y se refieren al "Grupo de los 7" (G7), constituido por los principales paí-



ses imperialistas (Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Reino Unido, Italia y Canadá); luego, las mismas han sido tratadas de tal manera que han sido borradas las fluctuaciones. Esta gráfica es particularmente rica en enseñanzas, por lo que conviene comentarla paso a paso. El primer resultado que salta a la vista es, obviamente, el paralelismo de las dos curvas, lo que verifica ese teorema marxista según el cual es la evolución de la tasa de ganancia lo que determina la dinámica del capitalismo. La segunda verificación es que la baja de la tasa de ganancia medio se engancha con la recesión americana de 1967 y va acompañada de una disminución del crecimiento, que es, así, en gran medida anterior al "choque petroliero" de 1973. Al final de esta primera fase, se puede constatar, por otra parte, una recuperación del crecimiento en 1972 y 1973 que corresponde a una estimulación de la

acumulación de capital con miras a contrarrestar los efectos de la presión salarial.

Interviene entonces la *primera recesión generalizada* de 1975-1976, señalada por un rectángulo oscuro en la gráfica. El crecimiento y la tasa de ganancia caen de común acuerdo, y esta caída es todavía más marcada que lo que aparece en la gráfica que, recordemos, está construida de tal manera de "alisar" las evoluciones. Luego de esta primera recesión, se abre una nueva fase durante la cual las políticas de reactivación de la demanda conducen a un ligero mejoramiento de la ganancia y del crecimiento. Pero estas políticas ya no están a la medida de la amplitud de la crisis, y la *segunda recesión generalizada* de 1980-1982 viene rápidamente a poner fin a esta segunda fase.

Con el giro general hacia el liberalismo, se abre entonces una tercera fase, que dura ahora cerca de diez

Las tres fases de la crisis

Fase I 1965-1973	Expansión	Crecimiento fuerte (5%)	Tasa de ganancia elevada (19%)
Fase II 1976-1979	Políticas keynesianas	Crecimiento medio (3.5%)	Tasa de ganancia mediocre (15%)
Fase III 1983-1992	Políticas liberales	Crecimiento medio (3%)	Tasa de ganancia media (17%)

CUADRO I

años. El fenómeno nuevo, que aparece claramente en la zona gris de la gráfica, es que las dos curvas, la de la ganancia y la del crecimiento tienden a diverger. La tasa de ganancia se restablece muy rápidamente, sin alcanzar sin embargo a reencontrar los niveles de la primera fase, y el crecimiento se retoma sin alcanzar a despegar verdaderamente. La coyuntura de comienzos de los años noventa se caracteriza por una disminución marcada del crecimiento y por una reducción de la tasa de ganancia.

Las tres fases de este período de crisis pueden, pues, ser sintetizadas en el cuadro siguiente en el que las magnitudes son datos estilizados establecidos en los períodos fuera de recesión(Cuadro I):

Las modalidades del restablecimiento de la tasa de ganancia

~ El restablecimiento de la tasa de ga-

nancia constituye el fenómeno central del período. Resulta, en lo esencial, de un desplazamiento general de la parte de los salarios dentro del valor agregado, cuyo examen detallado hace aparecer dos tendencias importantes. La primera es una *disminución de la productividad del trabajo* cuyo ritmo de progresión está en promedio dividido entre dos con la entrada en crisis En un primer momento, la progresión del salario real tiende a disminuir ofreciendo una fuerte resistencia en países como Francia o Italia. La década liberal está marcada entonces en todos los países por una *nueva disminución del salario real*, que a partir de ese momento progresa a menor velocidad que la productividad. El resultado de estas dos inflexiones es el retroceso de la parte de los salarios en los principales países industriales, con excepción del Reino Unido, que dio este giro antes que los otros Cuadro II).

División del valor agregado

	Productividad			Salario real			Parte de los salarios		
	I	II	III	I	II	III	I	II	III
ESTADOS UNIDOS	1.3	0.1	0.8	1.5	0.2	0.2	0.2	0.1	-0.6
JAPON	8.3	2.9	2.9	7.9	2.8	1.4	-0.3	-0.1	-1.5
RFA	4.0	2.9	1.4	5.1	2.5	0.9	1.0	-0.4	-0.4
FRANCIA	4.4	2.4	1.9	4.1	3.5	1.3	0.2	1.0	-0.6
ITALIA	5.6	2.8	1.8	5.0	3.5	0.9	0.6	0.7	-0.9
REINO UNIDO	3.2	2.7	2.1	4.4	1.6	2.1	1.2	-1.1	-0.0
CANADA	2.4	1.3	1.3	2.5	1.8	0.7	0.1	0.5	-0.6
G7	3.6	1.6	1.7	3.9	1.6	0.9	0.2	0.0	-0.8

CUADRO II

Tasas de crecimiento anuales promedio I 1965-73 II 1973-79 III 1979-87
Fuente: OCDE

Una economía de capital constante hubiera alimentado un medio de restablecer la tasa de ganancia sin ejercer presión excesiva sobre los salarios. Pero no fue así: hasta ahora, la introducción de las nuevas tecnologías se ha acompañado del alza, o al menos del mantenimiento, de la composición del capital. El Cuadro III muestra que el coeficiente de capital, es decir, el volumen de capital fijo por unidad producida siguió aumentando durante la última década.

Coeficiente de capital			
	I	II	III
EU	-0.2	1.1	0.4
Japon	2.6	3.2	1.7
RFA	1.4	1.0	0.9
FRANCIA	-0.9	1.0	0.4
ITALIA	0.3	0.3	0.6
R. UNIDO	0.6	1.5	-0.5
OCDE	0.4	1.5	0.8

Tasas de crecimiento anuales promedio
I 1960-73 II 1973-79 III 1979-88

CUADRO III

Las ganancias de la productividad han estado, pues, cada vez menos consagradas a los aumentos del salario real y han sido destinadas al restablecimiento de la tasa de ganancia. Ese modo de funcionamiento hace a un lado una de las reglas esenciales del "fordismo", a saber, el crecimiento paralelo del salario real y la productividad. El problema de saber cómo se repro-

duce el sistema en esas condiciones constituye entonces un buen hilo conductor. En efecto, sea en términos keynesianos o marxistas, esta brecha creciente entre productividad y salario debería conducir a una crisis de realización: si los trabajadores producen cada vez más sin ganar más, ¿quién va a comprar lo que producen? La compresión de los salarios, llevada a gran escala y al mismo tiempo por todos los países, muy pronto correría el riesgo de desembocar en un nuevo fracaso resultando esta vez, en lo esencial, en un estrechamiento de los mercados. Esta periodización conduce entonces a una interrogación sobre el modo de funcionamiento del capitalismo de los años ochenta y sobre lo que constituye la dificultad teórica, a saber, su capacidad para restablecer la ganancia sin quebrar el crecimiento.

Un nuevo modo de crecimiento

Es el dinamismo de la plusvalía consumida lo que constituyó el principal factor de ajuste. Se trata aquí de una tesis esencial, que deriva muy simplemente de un regreso a los esquemas de la reproducción. El esquema que presentamos propone una representación estilizada de ese modo de crecimiento específico. Se razona aquí sobre un modelo simplificado de la reproducción capitalista. El ingreso se divide entre ganancia y salarios. El salario es íntegramente consumido, una parte de la plusvalía es acumulada

DOS ESQUEMAS DEL CRECIMIENTO CAPITALISTA

PERÍODO INICIAL

SALARIOS	GANANCIA	
CONSUMO SALARIAL	PVC	ACU

CRECIMIENTO "FORDISTA"

SALARIOS	GANANCIA	
CONSUMO SALARIAL	PVC	ACU

CRECIMIENTO "POST-FORDISTA"

SALARIOS	GANANCIA	
CONSUMO SALARIAL	PVC	ACU

"ESFERA FINANCIERA"

(ACU), el resto es consumida (PVC). En el crecimiento "fordista" la reproducción ampliada no implica ninguna deformación estructural en la distribución del ingreso y su afectación.

En el crecimiento "post-fordista" las cosas pasan de manera diferente. Se puede suponer, para simplificar, que el ingreso aumenta pero no los salarios, que están bloqueados. Vale entonces, forzosamente, lo mismo para el consumo salarial. En esas condiciones, la realización del valor supone un crecimiento relativo de la fracción consumida de la plusvalía.

Este principio abstracto se acompaña de tres modalidades concretas

que definen un esquema de acumulación muy específico. El elemento esencial es la distorsión de los ingresos en detrimento de los salarios: se trata, a la vez, de restablecer la ganancia reorientando la demanda de manera más adecuada a las exigencias de realización de la misma. Un proceso de igual género se desarrolla en la puesta en marcha de una *configuración de la economía mundial* en la que el déficit estadounidense, y el verdadero crecimiento del crédito que lo sostiene, corresponde a una transferencia del ingreso hacia las esferas de fuerte propensión al consumo. Finalmente, la *financiarización* debe interpretarse en sus dos vertientes: la infla-

ción de la esfera financiera remite a una creación de plusvalía que no encuentra dónde acumularse, sino que desemboca en una modificación en la repartición de los ingresos de tal manera que asegura el reciclaje de esta plusvalía hacia el consumo.

Esta presentación se distingue de otros análisis. Se puede decir que en un sentido, es más regulacionista que los regulacionistas, que progresivamente han renunciado a proponer una lectura de conjunto del capitalismo tal como funciona desde hace diez, incluso quince años, y parecen atenerse a una comparación de los "escenarios" posibles o deseables. Este análisis de la financiarización se distingue igualmente del discurso que consiste en hablar de "economía-casino", de denunciar los "despilfarros" resultado de criterios de eficacia muy centrados en la sola "rentabilidad financiera". Este discurso, que es particularmente el de los economistas del Partido Comunista Francés, remite, sobre el fondo teórico, a una mala comprensión de la ley del valor (como si la esfera financiera pudiera volverse totalmente autónoma frente al ciclo del capital) y va acompañada de ilusiones en cuanto a la posibilidad de hacer funcionar el capitalismo "de manera diferente", en este caso de manera más "productiva".

El neo-dualismo

Si se quiere precisar las modalidades actuales de reproducción del capital, es necesario insistir en su

tendencia a un fraccionamiento en dos grandes sectores: el primero es el sector de la industria moderna y de los servicios informatizados o informatizables y se caracteriza esencialmente por las elevadas ganancias de productividad y por una muy débil creación de empleos. El segundo sector es el de los servicios de débil productividad, por naturaleza más amparados de la competencia internacional. Éste es el lugar privilegiado de la creación de empleos. Este esquema, que se ha podido presentar como una solución elegante a la crisis del empleo, sólo puede funcionar, por otra parte, si se cubren muchas condiciones.

La primera se refiere a la rentabilidad. Es necesario recordar aquí que la productividad es uno de los parámetros esenciales que determina el nivel y la evolución de la tasa de ganancia. Una disminución de la productividad, si la misma permite la creación de empleos más numerosos, tiende entonces a hacer bajar la tasa de ganancia. Todo el problema consiste entonces en desconectar la creación de empleos sobre la base de una débil productividad, por un lado, y la determinación de la tasa de ganancia, por otro. La única solución lógica radica en el desarrollo de una esfera de la economía no sometida a las exigencias de la rentabilidad capitalista o que bien compense la débil productividad a través de los bajos salarios. Las brechas de productividad conducen entonces a lo que podríamos llamar un neodualismo.

La función económica de las desigualdades

Este esquema teórico admite varios corolarios importantes. El primero concierne a la *funcionalidad de las desigualdades*. Ciertamente, el capitalismo nunca ha tenido como objetivo central reducir las desigualdades. Pero el modelo que está en camino de levantarse les atribuye un papel central. ¿Qué es necesario, en términos de ingresos, para que el esquema hasta aquí descrito funcione? En la esfera de los servicios, es necesario, evidentemente, que los salarios se mantengan a un nivel bajo, porque deberán intercambiarse bien por los salarios del sector competitivo, bien por la plusvalía redistribuida y, recíprocamente, es necesario asegurar una concentración de los ingresos a favor de los ricos que sólo podrán consumir ampliamente servicios a precios relativos crecientes. Se puede, luego, excluir la idea- límite de una expulsión por fuera de la esfera capitalista de un sector de la economía que funcionaría sobre sí mismo, porque el modelo, para ser creíble, implica una articulación de los dos sectores. En estas condiciones, la producción del sector servicios no puede ser comprado por este sector mismo; sólo puede ser comprado por los salarios de los otros sectores, o por la plusvalía no acumulada. Inevitablemente, sea porque las mismas vienen a incorporarse a los salarios, sea porque puncionan a la plusvalía disponible para la acumulación, estas salidas

en servicios permiten el desarrollo de un sector de servicios creador de empleos que van a tener efectos nuevamente nefastos sobre la tasa de ganancia y/o la tasa de acumulación.

La escapatoria es, pues, la emergencia de una "tercera demanda" característica, por otra parte, de numerosas países semiindustrializados. Se trata de ingresos no salariales que aumentan regularmente de tal manera que compran la producción de los sectores de débil productividad, mientras que la progresión del los salarios del sector productivo permanece bloqueada. Además, la manera en que los ricos reparten su ingreso entre inversiones, compra de bienes industriales y salidas en servicios conviene mejor a los criterios de la dinámica actual del capitalismo.

El rápido examen de este modelo teórico de crecimiento conduce a dos previsiones: la creación de empleos en los servicios debe ir acompañada de salarios inferiores, y la repartición del ingreso debe ser modificada en favor de una demanda no salarial. El ejemplo de Estados Unidos confirma claramente estos dos pronósticos. Se había vuelto normal hablar de la "Great American Job Machine" (la gran máquina americana de crear empleos); en efecto, estados Unidos creó diez millones de empleos entre 1980 y 1986, cuando los cuatro principales países europeos suprimían cerca de dos, y esto para una población económicamente activa

equivalente. Pero estos nuevos empleos son, en su inmensa mayoría, empleos de servicios mal pagados: entre 1981 y 1987, los sectores creadores de empleo erogaron salarios inferiores en un tercio en relación a los otros (1983 dólares por mes contra 2700 dólares., cuando la diferencia era despreciable durante los 20 años precedentes: se trata, entonces, de una ruptura con las tendencias anteriores.

Este giro está confirmado por numerosos estudios, tanto para Estados Unidos como para el Reino Unido.

Es una evolución análoga la que se ha iniciado en Francia desde 1983. El poder de compra del salario se estanca, y el excedente desprendido por los progresos de la productividad es distribuidos bajo la forma de ingresos no salariales. Dos categorías se benefician de este maná: los detentadores de activos financieros, en la medida en que el alza de las tasas de interés significa un aumento de su parte de cuota de plusvalía, y las protecciones independientes, porque las mismas se benefician de una evolución muy favorable de los precios relativos. Este retroceso del consumo salarial ha sido confirmado de manera espectacular por una encuesta del INSEE, que establece que en diez años "las salidas realizadas por una cuarta parte de las familias más acomodadas han aumentado alrededor de 20% en francos constantes, al tiempo que las de las familias más modestas se han estancado. La brecha de con-

sumo entre familias acomodadas y familias modestas se acentúa".

A escala mundial, un fenómeno de igual naturaleza tiende a separar zonas enteras del desarrollo. En 1987, el mundo capitalista comprendía aproximadamente 3.400 millones de habitantes. Su ingreso medio era de 3.600 dólares por año. Pero la mitad más pobre sólo ganó poco más de 1.200 dólares por año, y dos terceras partes ganaron menos de 3.000 dólares. Más aún, durante toda la década de los ochenta, y esto por primera vez después de la *II Guerra Mundial*, el producto *per cápita* promedio retrocedió en zonas tan pobladas como África, Medio Oriente y América Latina. Los famosos "cuatro dragones" de Asia del sureste (Corea del Sur, Singapur, Hong Kong y Taiwan) sólo existen como excepciones, pues sólo representan el 1,4% de la población mundial.

Retorno a los esquemas de reproducción

Con la noción de normas de consumo, los regulacionistas han insistido en un aspecto importante del análisis de la reproducción social, que se refiere a la articulación entre valor y valor de uso. No cualquier modo de consumo es compatible con las condiciones de reproducción. Uno no puede atenerse a un análisis global del valor examinando cómo se ventila entre salario y plusvalía. Es necesario, además, que la estructura de producción esté adecuada a la del consumo en lo

que a valores de uso concierne. Una sociedad no puede, por ejemplo, dirigir su esfuerzo a la producción de bienes de lujo y privilegiar al mismo tiempo los salarios. No se trata aquí, por otra parte, de cualquier superación del marxismo sino, más bien, de una restitución de los análisis de Marx en cuanto al papel del valor de uso.

Desde este punto de vista, la onda larga expansiva ha sido posible, entre otros factores, por una adecuación entre normas de consumo y condiciones de producción, lo que los regulacionistas han bautizado como fordismo.

En pocas palabras, el consumo de los asalariados está constituido por una parte creciente de productos manufacturados que ellos mismos producen en condiciones que aseguran importantes ganancias de productividad. Estas ganancias de productividad permiten, en su turno, compensar los efectos de un salario real creciente sobre la rentabilidad del capital.

Para que la reproducción del capital se realice de manera dinámica, es necesario finalmente que se concreten tres series de condiciones: 1) la producción de plusvalía que asegure la valorización del capital, 2) la realización de este valor en término de grandes masas de valor de intercambios, 3) la correspondencia entre lo que es producido y lo que es consumido por cada tipo de ingresos. Es necesario, además, que estas condiciones no solo se den de vez en cuando, sino que se re-

produzcan en dinámica, garantizadas en el curso del tiempo.

Este tipo de lectura nos lleva a echar luz sobre un tercer factor de crisis: el capitalismo encuentra no sólo dificultades crecientes para obtener a la vez ganancias y mercados sino que, además, tiende cada vez más a chocar con un obstáculo suplementario, que reside en una desconexión creciente entre la estructura de las necesidades sociales y las exigencias de la rentabilidad. Aquí, el principal problema económico es el de la afectación del trabajo social: si se considera a la sociedad como un todo, ésta dispone en un momento dado de cierta cantidad de trabajo, que va a decidir afectar en tal o cual sector, revelando así las prioridades que se fija explícitamente o no. Ahora bien, esta afectación se realiza combinando dos series de criterios que no tiene razón alguna de coincidir. Por un lado, la búsqueda de la máxima ganancia, y de manera más precisa todavía, de las perspectivas de ganancia al nivel más elevado posible sobre un largo periodo de tiempo conduce a una regla que se puede resumir muy simplemente: los capitales tienden espontáneamente a invertirse en los sectores que aseguran el más fuerte crecimiento posible de la productividad, porque ésta es la base y la garantía de una tasa de ganancia mantenida a un nivel elevado. La otra lógica, que con Engels se podría llamar la de los efectos sociales útiles, conduce a dar la prioridad a las necesidades sociales más ur-

gentes, o a las más intensivas. Bajo el capitalismo, esta lógica está presente, pero se mantiene dominada: no se puede vender mercancías que no responden a ninguna necesidad social, y la satisfacción de ciertas necesidades sociales acaba por imponerse a la lógica espontánea del capitalismo, que no existe en su versión pura más que en los manuales.

Nuestra tesis es que el *periodo actual del capitalismo se caracteriza por una brecha creciente entre las dos series de criterios; en otras palabras, por una dificultad creciente para asegurar la correspondencia entre lo que la gente quiere comprar y lo que el capitalismo quiere producir*. Cuando el período llamado fordista se caracterizaba por un desplazamiento de las normas de consumo hacia los bienes manufacturados (automóvil, etc.) producidas en condiciones de fuerte productividad, la demanda salarial de los países imperialistas se desplazó hacia categorías de bienes cuya satisfacción estaba asegurada en condiciones de menor productividad. Si se vuelve a la cuestión de saber por qué no se hacia con otro producto lo que se hizo con el automóvil, se percibe que la respuesta esencial se encuentra del lado de las normas de consumo y tiene dos puntos. Por una parte, los productos de la electrónica casera, con los que se habría podido contar para enganchar un "neo-fordismo", no representan un volumen de mercado suficiente: estéreos, videos, etc., están en plena expansión, pero un video vale 20 veces menos que un

vehículo... Y sobre todo, la demanda de los asalariados se dirige espontáneamente hacia otra suerte de bienes, o más bien de servicios que no podrían, en el estado actual de las técnicas, ser "industrializados".

El ejemplo más significativo es el de los gastos de salud, que de manera espontánea aumentan más rápidamente que el ingreso y que se busca, sin embargo, frenar en todos los países industrializados. La razón de fondo está en que los mismos no pueden dar lugar a una producción asociada a una fuerte productividad. El capitalismo no trata en igualdad a los diferentes tipos de demanda: cuando un obrero compra un vehículo, reactiva la economía; cuando va al médico participa en un crecimiento juzgado "excesivo" de los gastos de salud. Sin embargo, en uno y otro caso, el obrero no hace más que satisfacer una necesidad.

La modificación de la repartición del ingreso hacia la tercera demanda es, pues, al mismo tiempo una modificación de la estructura del consumo hacia los bienes industriales de valor medio superior. Uno de los corolarios de esta evolución es, por otra parte, el papel jugado por la reproducción incesante de la alta calidad: por cada producto que entra en la fase de la producción de masa con fuertes bajas de precio, es necesario recrear constantemente una diferenciación e introducir desde arriba nuevos modelos manteniendo el volumen de la demanda. Pero esto sólo puede hacerse

privilegiando la demanda que emana de los alto ingresos cuya estructura corresponde mejor a las exigencias de la valorización del capital.

Insistir en esta dimensión introduciendo la noción de norma de consumo no es, ciertamente, retomar por nuestra cuenta la posición regulacionista que, al contrario, hoy en día muestra sus imperfecciones. Uno de los aspectos de la crisis contemporánea es que, contrariamente al postulado regulacionista, no existe ningún proceso de ajuste automático de las normas de consumo a la estructura de producción.

La exclusión tecnológica

Esta figura del fraccionamiento se refuerza todavía más bajo el efecto de las mutaciones tecnológicas. Uno de los principios del análisis marxista del capitalismo consiste en nunca disociar las innovaciones técnicas de las relaciones sociales, al seno de las cuales deben venir a insertarse. Esta es la razón por la que no podría haber salida de la crisis que remitiera pura y simplemente a tales innovaciones. Una de las paradojas más sorprendentes de la situación actual es que el capitalismo dispone hoy en día de nuevos métodos de producción que permiten contemplar una progresión, cualitativa de la productividad del trabajo humano, así como una reorganización radical de los procesos de trabajo. Pero esas potencialidades no pueden tomar toda su extensión dentro del marco del capitalismo,

que para perpetuarse necesita reproducir, a la vez, el dominio de extensión de su principio de funcionamiento esencial, la ley del valor, y el avasallamiento salarial. Se trata de asegurar la sumisión del conjunto de la esfera económica a la dominación de la lógica del capital. Ahora bien, los cambios tecnológicos representan una doble excepción con relación a esa dominación. Los mismos implican una considerable economía de tiempo de trabajo que sólo acentuará los problemas que nacen de la crisis del trabajo. Además, los mismos suponen, en su esencia, una reorganización del trabajo en un sentido que no es compatible con la disciplina salarial: polivalencia, trabajo de equipo, iniciativa, "compromiso", etc...

Sin duda, por primera vez en su historia, el capitalismo aparece incapaz de plegar a su lógica toda una serie de innovaciones, que, de golpe, se quedan sin cultivo. Las posibilidades que encierra la automatización en términos de economía de trabajo, así como los instrumentos electrónicos de comunicación en términos de circulación y cambio de información y de conocimiento, son absolutamente subexplotadas, o, si se prefiere, sobreexplotadas pero en segmentos estrechos que dan prioridad a lo fútil y al elitismo.

Un libro reciente¹ arroja un esclarecimiento interesante sobre estas cuestiones. Como su título lo indica, es uno de los análisis que se

muestra más optimista en cuanto al contenido progresista de los nuevos métodos de producción. Pero al mismo tiempo, sus autores insisten en esta idea fundamental: “en tanto que los nuevos modelos de producción se mantengan encerrados en su mequino marco privado, constituirán, a lo sumo, una modernización trabada, sin satisfacer la exigencia, que implica esta noción, de una racionalidad interesante al conjunto de la sociedad”. Confrontado a su incapacidad de absorber todas esas potencialidades, el capitalismo, y esta es una de sus características esenciales hoy, va a reaccionar induciendo procesos de toda suerte de diferenciaciones, de los cuales hemos visto ya algunos ejemplos. en el dominio de la organización del trabajo, la tendencia no es a la extensión progresiva en el conjunto de los sectores de las formas de organización y métodos más avanzados; es, por el contrario, una lógica de implantación selectiva la que domina. Los dos sociólogos ya citados concluyen su obra insistiendo en las evoluciones que identifican en el corazón mismo de la industria alemana, y “que consisten, para las empresas, en rechazar hacia el exterior, en la medida de lo posible, los fenómenos negativos que acompañan a los nuevos modelos de producción y, si eso no es realizable, a concentrarlos en el interior, sobre los sectores aislados” y que constituye “un factor que acentúa la formación de segmentos”. Esta contradicción, clásicamente marxista si la hay, entre desarrollo de las fuerzas producti-

vas y relaciones de producción, puede entonces ser formulada así: “*¿la actual fragmentación del mundo del trabajo entre actores ganadores o resignados de la racionalización, entre obreros sin calificación alguna, ‘marginalizados’, entre víctimas de la crisis, entre desempleados de mucho tiempo, expresa algo más que una nueva forma de desigualdad en contradicción con una concepción histórica y social de la modernización?*”.

Estos términos de fragmentación, segmentación, escisión, fraccionamiento o, incluso, desconexión, remiten todos a una misma tendencia del capitalismo al delimitar la esfera en la cual puede desarrollarse integralmente. Este proceso está poderosamente en marcha a nivel mundial, bajo la forma de una desconexión acrecentada entre Centro y Periferia: la disposición de las nuevas tecnologías crea una nueva base de dependencia y acompaña a la formación de una estructura imperialista tripolar en la que cada una de las cumbres de la “Triada” estructura las zonas de mano de obra a bajos salarios en las que instalará de manera selectiva unidades de producción avanzada. Estados Unidos está en camino de reconquistar el continente americano con la iniciativa para las Américas, a base de tratado de libre comercio multilaterales que no son sino otros tantos contratos leoninos entre socios desiguales puestos a competir. Asia se reestructura en tono al gigante japonés, de manera perfectamente jerarquizada, de los “cuatro

dragones" a los países más pobres, pasando por las aspirantes a la industrialización a través de los bajos salarios como Malasia o Filipinas. En cuanto a Europa, organiza de manera menos densa sus diferentes círculos concéntricos que van del núcleo duro del centro de la CEE a las zonas de bajos salarios del sur y del este. La lógica de este modelo conduce, en lo que concierne a los países del Este, a un pronóstico muy claro, por lo demás en curso de verificación: ahí, la penetración de "la economía de mercado" no será lineal. En lugar de precipitar se hacia un nuevo Eldorado, los inversionistas internacionales van, por el contrario, a poner en marcha procedimientos de clasificación y selección de los sectores susceptibles de incorporarse útilmente a la división internacional del trabajo. Este proceso va, pues, a tener por efecto fraccionar, disociar a las sociedades involucradas, rechazando, marginalizando, "informalizando", etc., a los sectores no competitivos y a los segmentos de la mano de obra incapaces de adaptarse a las nuevas tecnologías. Esta frontera podrá pasar totalmente al exterior de ciertos países particularmente desprotegidos.

La crisis y las crisis

El capitalismo, pues, no ha salido de su crisis. Pero conviene precisar brevemente los diversos usos que se pueden hacer en economía de esa palabra maestra.

Debe establecerse una primera

distinción entre crisis periódica y gran crisis: la primera resulta del funcionamiento normal del ciclo del capital, que siempre ha hecho alternar fases de prosperidad y de recesión. La forma del ciclo puede cambiar según se encuentre en una fase general de expansión o de recesión, y según el grado de sincronización entre las coyunturas de los diferentes países. Pero desde el punto de vista teórico, el principio de fondo es que el capitalismo sale de manera endógena de este tipo de crisis o de recesión, es decir, sin llamar a otros mecanismos que no sea el desarrollo espontáneo del ciclo.

La gran crisis, como la de los años treinta, marca el paso de una onda larga expansiva a una onda larga recesiva, es un giro más o menos brutal, pero cuya profundidad cuestiona todos los elementos del modo de crecimiento y supone transformaciones exógenas, en otras palabras, la invención de un nuevo marco de funcionamiento, necesario para volver a anudar con un crecimiento a largo plazo.

Pero todavía es necesario oponer dos acepciones del término crisis, ya que el mismo puede a la vez designar la fase brutal de cambio total y los períodos largos en los que el capitalismo funciona de manera incierta, en los que su legitimidad es cuestionada.

Finalmente, es necesario desenredar la madeja de los componentes de esta crisis, y examinar hasta qué grado se refiere a los principios

mismos de funcionamiento de la economía capitalista. Desde este punto de vista, el período actual, nos parece, debe ser caracterizado como un período de crisis de sistema del capitalismo, porque por primera vez en su historia es su principio mismo de funcionamiento, la ley del valor, lo que es cuestionado.

Esta verdadera crisis del trabajo es revelada por el ascenso inexorable del desempleo capitalista, que no deja entrever ninguna inflexión significativa a corto o mediano plazo. Este ascenso deriva de la disminución del crecimiento que se combina con la progresión de la productividad para conducir a un retroceso absoluto del número de horas trabajadas.

Frente a esta evolución, el capitalismo escoge la solución del desempleo, en otras palabras, la expulsión por fuera de la esfera del trabajo rentable. En todos los países capitalistas se puede constatar un deterioro global de la condición del asalariado: los empleos precarios, mal remunerados, no declarados, ocupan una parte creciente que se evalúa en Francia en uno de cada cinco empleos.

Este "fordismo" al revés significa en el fondo que la racionalidad capitalista, que hace del tiempo de trabajo la medida de todo valor, ya no alcanza a arreglar de manera progresista la afectación del trabajo social.

La ley del valor se opone cada vez más al progreso humano.

Hacia un largo período de crisis "rampante"

El marco del razonamiento propuesto aquí se inscribe perfectamente en la tesis central de la teoría de las ondas largas sobre el carácter históricamente fechado y no garantizado de la emergencia de períodos expansivos. Pero lo que hoy pasa no corresponde al cambio brutal (fascismo + guerra) de los años cuarenta. Hoy en día, se trata más bien de una ofensiva multiforme, "rampante" y que toma la forma de destrucción lenta, de debilitamientos sucesivos, etc., más que de un choque frontal. Se trata de obtener el mismo resultado al precio de una acumulación de derrotas parciales. Estamos, pues en una fase de transición entre una onda larga recesiva y una onda expansiva, período que se podría clasificar de crisis "rampante".

¿Es capaz el capitalismo de salir "desde arriba" de este período, sacando de la ganga de la crisis un modelo social atrayente? Nuestra respuesta es negativa, en función del análisis que precede. En primer lugar, no hay perspectiva de retorno al fordismo, definido como un crecimiento de los salarios proporcional al de la producción. La austeridad salarial y las desigualdades sociales se encuentran durablemente en el corazón del modelo de crecimiento puesto en marcha desde el inicio de los años ochenta. Hoy es imposible discernir una solución progresista al problema del desempleo dentro del marco del capitalis-

mo. El capitalismo contemporáneo tiene sus éxitos: ha suscitado innovaciones tecnológicas revolucionarias, restablecido la ganancia y contenido los salarios, pero no puede, por otra parte, funcionar más que sobre una base cada vez más estrecha. Su lógica actual implica un endurecimiento de las desigualdades y de los procesos de exclusión, tanto al interior de los países imperialistas, como a escala de la economía mundial. Sobre todos estos puntos, el análisis marxista nos parece confirmar su superioridad sobre los defensores de la armonía espontánea.

La coyuntura internacional a comienzos de 1992

La situación de la economía mundial se inscribe hoy día en un clima de morosidad en el que la inquietud comienza a hacerse sentir: un reciente artículo editorial del *Economist* estaba redactado en términos tranquilizantes, pero se titulaba "*¿En caída libre?*". Se sabe que las previsiones económicas registran fluctuaciones sin duda más importantes todavía que los fenómenos económicos mismos. Así, luego de haber temido una nueva recesión americana a mediados de los años ochenta, luego de haber decretado que la crisis se acababa hacia finales de la década, los economistas quieren convencerse de la inminencia de una recuperación que, sin embargo, se hace esperar.

La OCDE ha debido revisar sus

previsiones a la baja. En 1991, el crecimiento fue muy lento, del 1.1% para el conjunto del mundo capitalista, en que el número de desempleados aumentó en un año 3.4 millones. La OCDE prevé que esto será un poco menor en 1992, con 2.2% de crecimiento, y como de costumbre, el año siguiente deberá ser todavía mejor, con 3.3%. Pero en realidad, no se ve emergir ninguna perspectiva de crecimiento armonioso de la economía capitalista mundial. Como lo escribe *L'Expansión*, "*la recuperación, si tiene lugar, será frágil y carente de vigor: la economía de los grandes países industriales entra en tratamiento de desintoxicación*".

Esta coyuntura morosa deja varias enseñanzas. En primer lugar, pone fin a un debate abierto con los resultados más bien buenos registrados en los años 1988-1990. Estos podían *a priori* explicarse de dos maneras. Los optimistas pensaban que la política liberal terminaba por dar sus frutos: el "ajuste estructural" había saneado suficientemente las economías que, finalmente, iban a poder anudar de nuevo con un ritmo de crecimiento análogo al anterior a la crisis. Pero se podía también interpretar este periodo como una simple fase de reposición a nivel de la inversión y concluir que se trataba de una recuperación coyuntural. La disminución actual muestra que ésta era la interpretación correcta. Por otra parte, es claro que el cambio total es anterior a la guerra del Golfo y bastante escalonado según los

paises. Se puede fechar a mediados de 1988 en el caso del Reino Unido, a mediados de 1989 en el de Estados Unidos, y a finales de 1989 en los de Francia e Italia.

La segunda característica de la fase actual aparece en el Cuadro VI, que muestra que, a partir de ahora, los grandes países evolucionan de manera desincronizada.

Crecimiento del PIB				
	1983-1989	1990	1991	1992
Estados Unidos	3.9	1.0	-0.5	2.2
Japón	4.6	5.6	4.5	2.4
Ex-RFA	2.7	4.5	3.2	1.8
Francia	2.1	2.8	1.4	2.1
Italia	3.1	2.0	1.0	2.0
Gran Bretaña	3.5	0.8	-1.9	2.2
OCDE	3.7	2.6	1.1	2.2

CUADRO IV

Esta desincronización contribuye a explicar el hecho de que la economía mundial haya podido evitar una tercera recesión generalizada, en la que todas las economías hubieran retrocedido al mismo tiempo.

El fin de las ilusiones

Si se examinan más de cerca las evoluciones de cada uno de los grandes países, se percibe que el año económico 1991 dobla las campanas por tres ilusiones. Para comenzar, la ilusión liberal: es golpeante, en efecto, constatar que la disminución es particularmente marcada para el Reino Unido y Estados Unidos, a tal punto que se puede hablar de una verdadera recesión en lo que los concierne. Los países del libera-

lismo triunfante han llegado, pues, al límite de sus cualidades: sus perspectivas han cambiado durablemente, y el tiempo en que constituyan un ejemplo a seguir ha pasado.

La segunda ilusión a la que las realidades económicas acaban de dar un mordaz mentis es la formación del gran mercado europeo. El mito de "1992" había sido celebrado con énfasis por los tecnócratas de Bruselas que prometían crear, al menos, 2 millones de empleos. En 1991, el número de empleos en la CEE se estancó, mientras que la tasa de desempleo pasó de 8.9 a 9.3% de la Población Económicamente Activa (PEA). La supresión de las aduanas no es en sí portadora de una nueva dinámica de acumulación, cuyos determinantes se sitúan en otra parte.

Un tercer globo económico acaba de ser desinflado: la reunificación alemana y, de manera general la apertura de nuevos mercados en el Este, debía procurar al capitalismo un soplo de aire que le haría salir definitivamente de la crisis. Ahí también se dio una decepción: la reunificación cuesta más caro que lo previsto y el crecimiento alemán, luego de haber progresado fuertemente en 1990, está en vías de disminuir. La balanza de pagos se degradó y la respuesta ha sido un alza de las tasas de interés que dice mucho de la coordinación de las políticas monetarias sobre las que tanto se nos ha machacado desde hace algunos meses. Los supuestos

nuevos mercados abiertos en el Este siguen hundiéndose: durante la primera mitad de 1991, la producción industrial retrocedió 29% en Bulgaria, 14% en Checoeslovaquia, 17% en Hungría, 9% en Polonia y 17% en Rumanía. En la ex-Unión Soviética, el producto nacional retrocedió alrededor de 12% en el mismo periodo.

Una crisis que dura

¿Cómo se puede explicar este mal clima a escala internacional? Es necesario ver ahí, en lo esencial, el efecto diferido de las contradicciones que hasta ahora se logró posponer. La fundamentales ésta: el restablecimiento de la ganancia realizado durante la década que acaba de terminar no pudo acompañarse de una dinámica suficiente de salidas. El crecimiento de la demanda ha descansado en diversos dispositivos, de los cuales dos al menos están en vías de alcanzar sus límites. La distorsión creciente de los ingresos en detrimento de los salarios no pudo ser profundizada indefinidamente. De la misma forma, la tendencia al endeudamiento generalizado que ha permitido, sobre todo a Estados Unidos, sostener la demanda, ya no pudo prolongarse más. El capitalismo está, pues, en camino de redescubrir la famosa contradicción entre ganancias y salidas.

Otro elemento a tomar en consideración se refiere a la reducción de los desequilibrios financieros a nivel mundial. El crecimiento de los

ochenta fue sostenido por una disímilitud entre las tres grandes potencias financieras: el déficit estadounidense creciente fue financiado por los excedentes japoneses y alemanes. Este desequilibrio está en camino de reabsorberse, ya que el déficit americano y el excedente alemán retroceden, mientras que el excedente japonés sigue progresando (ver Cuadro V).

Balanzas comerciales

	1989	1990	1991	1992
EU	-116	-108	-72	-79
Japón	77	63	98	106
Alemania	78	73	20	21

Cuadro V

Miles de millones de dólares

Fuentes: OCDE

Otro rasgo golpeante de la coyuntura actual reside en la reducción de los márgenes de maniobra de las políticas económicas. Ahí también, los efectos de la década liberal se hacen sentir: la recesión actual en Estados Unidos, es ciertamente, de una gravedad inferior a la de comienzos de los ochenta, pero va para largo, mucho más de lo que estaba previsto. Un impulso presupuestario permitiría retomar la economía, pero esto se vuelve imposible por el peso ya acumulado de la deuda pública. El mismo razonamiento se aplica al Reino Unido y a Francia.

Un último factor marca esta coyuntura. El mismo remite, en realidad, al mantenimiento de una relación de fuerzas mínimas entre trabajadores y patronal. Toda recuperación del crecimiento en tanto resulte demasiado viva va acompañada inmediatamente de un crecimiento de los salarios que se considera demasiado rápido, y al que los patronos se apresuran a responder mediante el alza de los precios. Es este fenómeno el que contribuye a explicar el frenaje de las economías alemana y japonesa, que no hace, por lo demás, más que comenzar. En Japón, la inflación también pasó de 0% en 1987 a 4% a finales de 1990: no es mucho, pero se trata de un síntoma muy claro de una tensión bastante fuerte sobre el mercado de trabajo.

No se trata, pues de un hundi-

miento sino, más bien, de un atascamiento progresivo de la acumulación del capital a escala mundial: la coyuntura actual ilustra, así, perfectamente la idea de que el capitalismo no ha salido verdaderamente de la crisis y, en este sentido, que no ha sabido encontrar nuevas modalidades suficientemente estables que permitan garantizar su dinamismo. Los expedientes de los que hace uso para mantener este dinamismo tienden a revelarse cada vez menos eficaces y cada vez más costosos

* Publicado en Inprecor AL. Nº 20. Marzo 1992.

Notas:

1. Horst Kern y Michael Schuman. *La fin de la division du travail?*. Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, París, 1989.





rubén r. dri

**500
AÑOS**

**ACUMULACION
DE CAPITAL,
GENOCIDIO Y
TEOLOGIA**

Aquinientos, años del inicio de la era capitalista, de la que el "descubrimiento" y la conquista de América es un momento esencial, se produce el colapso del denominado "socialismo real". Lo que pretendía ser la superación del capitalismo, parece no haber sido más que un paréntesis en su avance arrollador. Con la caída del muro de Berlín se produce, en el sentir de los voceros de las clases dominantes, el "fin de las ideologías", el "fin de la utopía". En nuestro país, Argentina, cada vez más abajo en el empobrecido Tercer Mundo, aunque con ínfulas de pretensiones primermundistas en su cúpula política, este fin de la utopía fue expresado como "posibilismo" en la época del presidente Alfonsín, para ser reemplazado luego, en la actual etapa de Menem, por el "pragmatismo".

No sólo cayó el "socialismo real", sino que los movimientos de liberación que hasta cerca de la década de los 80' se mostraron activos, preocupando seriamente al imperio, fueron aplastados, dándose las clases dominantes el lujo de sustituir las dictaduras militares por gobiernos "democráticos" que rivalizan en celo con las dictaduras por cumplir las exigencias imperiales expresadas por órganos como el FMI, la banca Mundial, el Departamento de Estado o directamente la embajada que el imperio ha instalado en cada uno de los países. De esta manera, parece cierto que hemos llegado al "fin de la historia" según la conocida tesis de Fukuyama.

Derrota del socialismo, aplastamiento de los movimientos de liberación, triunfo definitivo del capitalismo como el mejor sistema de organización social para la humanidad, sin contendientes a la vista, significan, en consecuencia, fin de las ideologías, fin de la utopía, fin de la historia. Un mundo homogéneo, sin contradicciones dignas de ese nombre, no sólo asoma en el horizonte, sino que ya se ha instalado entre nosotros.

Pero, ¿responde efectivamente esta visión a la verdadera realidad? ¿Han sucedido o están sucediendo efectivamente así las cosas? Hay signos que nos muestran una realidad totalmente contraria a esas afirmaciones. Nunca como

ahora la organización mundial -el "Nuevo Orden"- ha implicado la marginación de tantos millones de seres humanos. El hambre constituye una realidad que golpea con todo su dramatismo. El cólera, cuyo nombre suscita imágenes de tiempos que creíamos definitivamente superados, se ha hecho presente entre nosotros, no para irse enseguida, sino para instalarse y crecer de manera alarmante. Las guerras no sólo no han terminado, sino que cada vez se vuelven más devastadoras. La guerra del Golfo ha sido un verdadero genocidio fríamente calculado y aprobado por todas las naciones que hoy comparten el poder mundial, que no puede menos que dejar una secuela de odios y resentimientos, terreno propicio para nuevos enfrentamientos.

De hecho, el actual proyecto neoliberal, con el que se pretende ponerle un broche definitivo a la historia, implica un espantoso genocidio a nivel mundial. Poblaciones enteras de millones y millones de seres que no tienen cabida en el mismo, están condenados a la muerte, ya sea por el cólera, el hambre o directamente el exterminio violento, como aconteció en la citada guerra del Golfo.

Aquí es donde el *proyecto neoliberal llama en su auxilio a la religión y, en consecuencia, a la teología*. La religión deberá comunicar el necesario sentido, sin el cual ninguna vida humana y ninguna sociedad puede subsistir y la teología debe fundamentar, explicar y defender ese sentido.

1. El nacimiento del capitalismo y la teología

El nacimiento del capitalismo en el siglo XVI sólo fue posible mediante una previa "acumulación originaria" que implicó una dosis de violencia escalofriante. Los seres humanos movidos por sus intereses pueden ejecutar actos de violencia brutales contra sus semejantes. Esto no ofrece dudas por cuanto la historia continuamente nos alecciona al respecto. Pero no pueden decirse a sí mismos lo que están haciendo. No pueden decirse que lo que están haciendo es inhumano, injusto, violatorio de los derechos fundamentales de otras personas. Necesitan autolegitimarse, autojustificarse.

Este es un punto central para juzgar los comportamientos sociales, que generalmente no es tenido en cuenta en forma debida. Cuando se trata el tema se lo hace bajo el rubro de la ideología o de la legitimación, entendiendo por tales conceptos una justificación ante los demás. Este es un aspecto sin duda importante, esencial, pero no es el único a tener en cuenta. Tanto o más importante que la legitimación ante los demás es la autolegitimación. Nadie puede soportar por mucho tiempo actos criminales, genocidas, si no tiene a mano una vigorosa y profunda autolegitimación.

En este sentido la tesis de Max Weber sobre la necesidad de la formación de un "espíritu del capitalismo", que habría sido modelado por la ética del calvinismo ascético, entraña una profunda verdad, independientemente de todas las particularidades que pueda tener el desarrollo de la tesis weberiana.

La violencia genocida que implicaba la acumulación de capitales, previa al nacimiento capitalista, sólo podía ser llevada a cabo por hombres íntimamente convencidos de que estaban realizando una de las tareas más importantes y trascendentes de la historia. Era imposible sin comprometerlo a Dios mismo en la empresa. La religión no faltó a la cita. Allí estuvo para decirle al capitalista que era una "predestinado"¹ que continuaba la obra de la creación dejada inconclusa por el Creador. Haciendo crecer sus fábricas, ahorrando, invirtiendo "racionalmente", "metódicamente", sometiendo a otros hombres a un trabajo agotador, incluso a mujeres y niños² continúa la obra de Dios mismo, la creación, y "da gloria a Dios" cumpliendo de esa manera la finalidad por la cual Dios creó el mundo y puso al hombre sobre la tierra.

Dios estuvo presente, vitalmente interesado, en el nacimiento del capitalismo. Locke, el teórico de la "gloriosa revolución" de 1688, lo sabía y lo proclamó con la claridad que lo caracteriza: "Dios, que dio la tierra en común a los hombres, les dio también la razón para que se sirvan de ella de la manera más ventajosa para la vida y más conveniente para todos"³. Dios puso la tierra a disposición de todos los hombres. La creó para todos, pero "cada hombre tiene la propiedad de su propia persona. Nadie fuera de él mismo tiene derecho alguno sobre ella. Podemos también afirmar que el esfuerzo de su cuerpo y la obra de sus manos son también auténticamente suyos. Por eso, siempre que alguien saca alguna cosa del estado en que la naturaleza la produjo y la dejó, ha puesto en esa cosa algo de su esfuerzo, le ha agregado algo que es propio suyo; y por ello, la ha convertido en propiedad suya"⁴.

Dios está en el origen de la propiedad privada porque creó el mundo para todos en general, pero entregó a cada uno la luz de la razón y la fuerza de los músculos para que, mediante el trabajo sacasen la parte que quedarían para sí: "Al entregar Dios el mundo en común a todo el género humano le ordenó también que trabajase, y al encontrarse desprovisto de todo le obligaba a ello. Dios y su razón le mandaba que se adueñase de la tierra, es decir que la pusiese en condiciones de ser útil para la vida agregándole algo que fuese suyo: el trabajo"⁵. Dios es el gran burgués, el creador de la burguesía, a la que tuvo en su mente desde la creación del mundo.

Si para la apropiación de la tierra era necesario desalojar de la misma a aquellos que se oponían -los campesinos- esto encontraba perfecta justificación en cuanto que ésa era la voluntad de Dios, creador del universo. La violencia en el centro mismo donde habría de surgir el capitalismo se encontraba así teológicamente justificada.

Pero para el nacimiento del capitalismo fue necesario también la expolación masiva de América, Asia y África. ¿Cómo se legitimaban las atrocidades que implicaba? ¿Era posible legitimar el genocidio que en poco tiempo, en un lapso de unos cincuenta años, costaría la vida de unos 50.000.000 de indios?⁶.

Sólo la religión podía hacerlo, y tampoco esta vez faltó a la cita. Dios

mismo habría de ponerse nuevamente al servicio del nacimiento del capitalismo. Efectivamente, el 12 de octubre de 1492 Cristóbal Colón pisaba tierras americanas, tomando posesión de ellas en nombre de los reyes de Castilla y Aragón, Isabel y Fernando. Poco después, en mayo y setiembre del año siguiente, el Papa Alejandro VI daba a publicidad cuatro Bulas⁷ en las que se establecía que el Sumo Pontífice, con toda la autoridad que le otorgaba el ser "Vicario de Cristo" y "Sucesor de San Pedro", donaba las nuevas tierras descubiertas y otras por descubrir a los reyes de España.

Se trataba de una intervención en la formulación de la legitimación ideológica de la conquista iniciada; legitimación ideológica que necesariamente, por el momento histórico en que se realizaba, y por ser España su ejecutora, debía asumir formas teológicas. La legitimación ideológica no es una tarea que se realiza frente a los demás -en este caso frente a las pretensiones de otros posibles competidores de España en la empresa colonial sino que debe calar profundamente en la psíquis del mismo sujeto cuya práctica legítima. Es decir, el sujeto debe hacer, que está cumpliendo una alta misión, que mediante esa práctica se realiza a sí mismo y ayuda a la realización de los demás. La legitimación ideológica asume necesariamente la forma de una cosmovisión que otorga *plenitud de sentido* a quien la realiza.

Independientemente de si el Papa en aquel momento tenía poder sobre los reyes de España, o éstos lo tenían sobre aquél, es indudable que una aprobación explícita del Pontífice a la tarea emprendida, constituía una contribución esencial para que el conquistador tuviese tranquilidad de conciencia para realizar su tarea. En este sentido, la intervención papal es de suma importancia.

Aquí está, pues, comprometido *el sentido mismo* de la empresa en tierras americanas. Este es el punto fundamental. La conquista y colonización, en la medida en que estaban motorizadas por la necesidad de la acumulación para el lanzamiento del capitalismo, entrañaba el total sometimiento de los nativos, su reducción a mera fuerza de trabajo, pues no sólo era cuestión de extraerles el oro y la plata que ellos habían acumulado para el embellecimiento de la vida, sino también emplearlos a ellos mismos, tanto para extraer el oro y la plata -para esto se establecerá la mita- cuantos para los demás trabajos con los que se irá creando el capital que hará posible esa "grandiosa creación del espíritu humano" que es la sociedad capitalista. Para ello se establecerá la encomienda.

Naturalmente que todo esto iba a provocar resistencias en los nativos. Frente a ello sólo cabía la más despiadada represión, un genocidio. Pero no es fácil ser genocida. La propia conciencia humana se rebela, crea conflictos internos, experimenta sentimientos de culpabilidad. Estos conflictos aumentan cuando los genocidas son "cristianos" y se supone que deben amar a sus prójimos. Los conflictos pueden llevar a una paralización, o al menos a una

notable disminución de la energía que es necesario emplear para esa gigantesca empresa. Es allí donde interviene decisivamente la ideología como momento de autolegitimación, tranquilizante de conciencia e impulso para seguir en una tara que, aunque presente aristas conflictivas, sin embargo le otorga el más alto sentido a la propia vida.

Los conquistadores entraban a sangre y fuego. Pero una cosa es matar a sangre fría y otra es hacerlo "después de haber oído misa" y de encomendarse a Dios y a Santa María, sin que falte la invocación "del nombre del Señor Santiago"⁸. Esto ya es palabra mayor. Si Dios mismo, su Santa Madre y el Señor Santiago, aquél mismo que los capitaneaba en sus luchas contra los aborrecidos moros, estaban con ellos, acompañándolos y empujándolos a la matanza, ellos se encontraban plenamente autojustificados, todo su accionar hallaba plenitud de sentido.

Los reyes de España, y luego de la muerte de los reyes católicos, Fernando e Isabel, el rey de España, la monarquía española, en una palabra; la Iglesia representada por el Papa, los obispos y los frailes; la fe católica y el "imperio de Cristo" conformaban una estrecha unidad.

La finalidad primordial nunca afirmada como tal en los documentos oficiales, pero siempre presente en las acciones de los conquistadores, era la búsqueda del oro y la plata. Luego, el aprovechamiento de la fuerza de trabajo de los nativos. Cuando éstos empiecen a faltar, a raíz de la mortandad provocada por la conquista, serán suplidos por los negros. El mismo Bartolomé de Las Casas, como es sabido, dio su asentimiento para ello. De toda esta inmensa riqueza, parte quedaba en manos de los encomenderos y lo demás afluía a Europa. Muchas veces en la misma travesía oceánica las nacientes potencias coloniales como Holanda, Inglaterra y Francia, se hacían con los botines por medio de los asaltos de los piratas. Lo demás iba a España y servía para alimentar a los ejércitos imperiales que guerreaban en el continente europeo y para las transacciones comerciales con los países que comenzaban la industrialización. Así nacía el capitalismo.

Pero una empresa que conllevaba iniquidades, tantos atropellos, tal ejercicio de la残酷和 la violencia como fue la conquista de América, sólo podía realizarse si los sujetos empeñados en la misma estaban dotados de una poderosa y alta ideología, capaz de hacerlos sentirse gestores de las más altas empresas del espíritu. Esa fue la función primordial cumplida por la Iglesia, en tanto trasmisora de la cosmovisión teológica que legitimaba y hacía necesaria la conquista.

No puede verse esto simplemente como una muestra de cinismo o de máscara religiosa para justificar las atrocidades. Entre los conquistadores sin duda que hubo quienes tuvieron en mayor o menor grado una buena dosis de cinismo. Pero ello no constituye lo característico. *El conquistador se sentía a sí mismo como evangelizador*⁹. Esto comunicaba sentido a sus actos y disculpaba

sus ambiciones, crueidades y crímenes. La seriedad con que esto era encarado se muestra no sólo en los múltiples documentos que nos han legado, sino en que sufren las desgracias como castigo por sus pecados¹⁰, e incluso algunos de ellos terminan sus días en un convento. Es el caso del mismo Carlos V y de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Aunque el conquistador en sus entrañas se viese movido por la más fuerte de las codicias, tenía absoluta necesidad de decirse a sí mismo que luchaba por lo más noble que puede haber sobre la tierra y en el cielo. La grandiosidad de la causa legitimaba la crueldad y la dureza de la empresa. El lucha por el engrandecimiento de la monarquía española que es, al mismo tiempo, ensanchamiento del “imperio de Cristo”. Es la misión más alta que se pueda realizar sobre la tierra. Ella sola comunica plenitud de sentido a toda una vida y a las penurias que comportaba.

2. Resistencia y teología (Las Casas)

El proyecto de dominación del imperio español configura la matriz de todos los proyectos de evangelización que acompañaron a la conquista y colonización legitimándola siempre en su esencia, si bien muchas veces cuestionándola en forma crítica y apasionada, como lo hizo Bartolomé de Las Casas en forma particular, pero en general todo el movimiento indigenista encabezado por los dominicos en el siglo XVI, y continuado luego por los jesuitas en el XVIII¹¹.

El padre Joseph Acosta, aplicando a la conquista y evangelización de América, un texto de Daniel, afirma que “a este tiempo juzgó el Altísimo que aquella piedra de Daniel que quebró los reinos y monarquías del mundo quebrantase también lo de este otro Mundo Nuevo; y así como la ley de Cristo vino, cuando la monarquía de Tomas había llegado a su cumbre, así también fue en las Indias Occidentales. Y verdaderamente fue una providencia del Señor; porque el haber en el orbe una cabeza y un señor temporal (como notan los sagrados doctores), hizo que el Evangelio se pudiese comunicar con facilidad a tantas gentes y naciones. Y lo mismo sucedió en las Indias, donde el haber llegado la noticia de Cristo a las cabezas de tantos reino y gentes, hizo que con facilidad pasase por todas ellas”¹².

Retorna con toda claridad la teología imperial de Eusebio. El lugar que en aquella teología ocupaba el imperio romano, ahora lo ocupan los imperios azteca e inca, ellos prepararon el terreno, unificando América, como Roma había unificado el mundo occidental de entonces. Todo para que se pudiese predicar el evangelio. Pero todavía faltaba una tarea. Esos reinos o imperios ya habían cumplido su misión. Ahora debían ser demolidos, destruidos. Esa es la obra que realiza ‘la piedra de Daniel’. La conquista con todas sus monstruosidades queda así plenamente justificada.

La matriz de esta teología de la dominación (TdD) no es otra que el

proyecto de dominación en el que se inserta como su alma, su aliento vital, su sentido. Todos los misioneros y evangelizadores -muchos de ellos abnegados hasta lo indecible- defensores de los indios frente a los atropellos, sobre todo de los encomenderos, participan de esta TdD. El mismo Bartolomé de Las Casas sostiene la concepción providencialista de la historia que hemos visto en el padre Acosta ¹³.

Efectivamente, Bartolomé de Las Casas, apoyándose entre otros autores, nada menos que en Eusebio y Pablo Orosio¹⁴ sostiene que Colón fue elegido por el mismo Dios para realizar la tarea del “descubrimiento”, tanto que lleva por nombre “Cristóbal”, es decir, “Christum ferens”, portador de Cristo, y por “sobrenombre Colón, que quiere decir poblador de nuevo el cual sobrenombre le convino en cuanto por su industria y trabajos fue causa que descubriendo a estas gentes, infinitas áimas de ellas, mediante la predicación del Evangelio, y la administración de los eclesiásticos sacramentos, hayan ido y vayan cada día a poblar de nuevo aquella triunfante ciudad del cielo”¹⁵.

Ello no significa poner a Bartolomé de Las Casas, a los misioneros que participaron de su concepción y de su práctica e incluso a algunos conquistadores cercanos a dicha concepción, como Alvar Núñez Cabeza de Vaca ¹⁶, al lado y con el mismo título de opresores de Sepúlveda, Oviedo, Cortés o Alvarado. Todo lo contrario, Bartolomé de Las Casas es la figura sin duda más representativa de un proyecto que configura una práctica y una concepción que, si bien no logra romper los moldes de la TdD y, en consecuencia, no puede sobrepasar los límites del proyecto de dominación imperial, sin embargo se coloca en su seno mismo como un verdadero aguijón, un cuestionamiento a fondo de sus aristas más crueles e inhumanas.

La defensa que Las Casas, Valdivieso, Montesinos y tantos otros misioneros llevan a cabo en defensa de los indios y en contra de la inhumana explotación de los mismos que realizan los encomenderos, asombra y conmueve. Algunos de ellos, como Valdivieso, son verdaderos mártires de esta lucha. Otros, como Las Casas, han debido recurrir a todo tipo de estratagemas para salvar su vida y correr a defender a los indígenas allí donde la acción era más necesaria y resultaba más eficaz.

En este sentido, esta corriente formada por misioneros abnegados, forma parte de las raíces latinoamericanas de lo que hoy denominamos Teología de la Liberación (TdL). Pero en esta tarea de recuperación debemos ser totalmente honestos y serios. Recuperar no es falsear, mentir o exagerar. Todas estas luchas y los esfuerzos teóricos que las acompañaron tuvieron sus limitaciones que deben ser señaladas. Sólo así la recuperación significará un verdadero aporte a la propia *identidad* sin la cual no es pensable ningún proceso de liberación. Es en este sentido que señalamos las limitaciones de la teología de Bartolomé de Las Casas y en él, la de todos los misioneros que estuvieron a favor de los indígenas. En la teología de Las Casas Dios es concebido como

“sumo y poderoso Señor”, cuya “Corte y Palacio Real” es el cielo, donde tiene “su silla imperial”¹⁷. Es la misma concepción de Dios que tiene la TdD. Se parte del Dios emperador, todopoderoso.

A partir de esa premisa se realiza la lectura de los signos en la historia. Dios se manifiesta en la historia mediante signos que son puestos desde arriba, desde el poder. Por ello Colón es un signo de la presencia y del proyecto de Dios sobre América, porque expresa el poder de la católica monarquía española. Todo lo contrario sucede con la TdL. Esta concepción no parte de Dios como emperador, sino de Dios presente en el pobre, en el oprimido, en el que exige justicia, en el que tiene hambre. Los signos están allí, abajo. Se encuentran en las luchas de los oprimidos, en los indios que no aceptan el vasallaje, en los Calchiqueles que resisten la dominación española y se niegan a pagar el tributo ¹⁸; están presentes en la protesta doliente y profunda de los mayas, expresada con intensidad y patetismo en el Chilam Balam ¹⁹; están en la rebelión de Tupac Amaru que lúcidamente compara su lucha, la de los “infelices indios”, con la del “infeliz pueblo de Israel”, en poder de “Goliat y del Faraón”.

Cuando la matriz teológica parte de una concepción de poder y dominio, el pobre, el oprimido, nunca es considerado como sujeto histórico de su liberación, sino como objeto. En este caso el pobre, ya se trate de sectores sociales o de pueblos enteros, deben ser bien tratados, con justicia, pero su sitio está debajo. Deben obedecer, estar sometidos.

Partiendo de esta concepción de un Dios todopoderoso dominador del universo, es lógico que Las Casas pueda afirmar que “pudo prouide, lícita y justamente el romano Pontífice, vicario de Cristo, por autoridad divina, cuyos son todos los reinos de los cielos e de la tierra, investir a los reyes de Castilla y León del supremo e soberano imperio e señorío de todo aquel orbe universo de las Indias, constituyéndolos emperadores sobre muchos reyes, tomando sus católicas personas. Por ellos los reyes de Castilla y León son verdaderos príncipes soberanos e universales señores emperadores sobre muchos reyes”²⁰.

La dominación de la monarquía española, concedida por la Sede Apostólica en nombre de Dios, es indiscutible para Las Casas y para todos los defensores de los indios. Amigos y enemigos de los indios, Sepúlveda y Las Casas, comparten esta concepción inherente esencialmente a la TdD que legitimó la conquista. Pero a partir de allí se dividen las aguas. Para los enemigos de los indios éstos o son menos que seres humanos o lo son incompletamente, están sometidos al demonio, a las supersticiones, no obedecen a las leyes naturales, de modo que deben ser violentamente sometidos. Para las Casas y los suyos, en cambio, su estatuto humano no se halla en cuestión. Más aún, los indios están dotados de excelentes disposiciones, de modo que debe proponérseles pacíficamente el mensaje evangélico, y deben ser respetados sus señoríos y principados.

La lucha principal de Las Casas y su partido la llevarán a cabo en contra

de los encomenderos, debido a que éstos constituyan la expresión más violenta e inhumana del genocidio. En esta lucha Las Casas llegó a encontrar sólidos aliados en la corte española que tenía con los encomenderos agudas contradicciones. Esa lucha, la denuncia de los atropellos que los conquistadores realizaban en contra de los indígenas, constituyen lo mejor de Las Casas y de todo el partido indigenista.

3. Reconversión del capital y teología

El capitalismo derrotó al feudalismo en Europa y a otras economías precapitalistas en América, Asia y África. Con crisis recurrentes, cada vez más profundas y universales, de las que supo salir recurriendo siempre que fue necesario a medios masivos de destrucción, llegó, a partir de la década del 60', a la crisis tal vez más profunda de su historia. A partir de esa década se produce el fenómeno de "reconversión del capital" que no es sino un nuevo proceso de acumulación. Debido a la "baja tendencial de la tasa de ganancia", el capitalismo, para no morir, sino por el contrario, seguir con un crecimiento sostenido necesita recomenzar el proceso, lo que se logra mediante una concentración mayor de capital.

Más específicamente, la reconversión implica la restitución de la rentabilidad a las corporaciones internacionales, el salvataje de la banca acreedora y de la burguesía transnacionalizada, es decir, del bloque mundial del capital más concentrado. Esta nueva acumulación es ahora una reconcentración del capital.

Pero ello implica adoptar los medios necesarios como la expropiación de los salarios, la reducción de la producción de acuerdo a "la recomposición de las ganancias", la rejerarquización mundial del capitalismo de acuerdo a las nuevas hegemonías según la cual cada clase y cada país debe ocupar el lugar que le corresponde en el sistema mundial. En ese sentido resultan ridículas las expresiones de deseo de pertenecer al primer mundo y realizar actos de servilismo, como los que hace el gobierno argentino con relación al de los Estados Unidos, a fin de ser considerado primermundista.

Las condiciones de vida de los países del Tercer Mundo se están deteriorando cada vez más y están destinadas a continuar esa vía descendente. En términos redondos los países ricos tienen actualmente 800.000.000 hs. con el 70% del ingreso mundial, mientras que los países pobres con 400.000.000.000 hs. sólo tienen el 30% restante, lo que significa que el 70% del ingreso mundial va a parar al 15% de la población. Ello significa inmediatamente subalimentación y con ello, analfabetismo, enfermedades endémicas y muertes prematuras. El cólera, el sarampión y otras enfermedades de resonancias medievales serán de ahora en adelante nuestras compañeras de ruta.

Para implementar esta reconversión del capital, denominada también "modernización", los gobiernos están tomando diversas medidas como la

“capitalización de la deuda”, la flexibilización laboral y pactos entre partidos políticos. Estas medidas toman diversas denominaciones de acuerdo a cada país, pero se están aplicando en todas partes.

La deuda externa nació en nuestros empobrecidos países como por arte de magia. Y hoy, ya no sólo la deuda, sino sus simples intereses son absolutamente impagables. Por otra parte las Transnacionales no tienen ningún interés en su pago, es decir, en su pago hasta su cancelación porque de esa manera la deuda no cumpliría la función que está destinada a cumplir en este proceso de reconversión.

Efectivamente, la función de la deuda es su “capitalización”. ¿Qué significa ello? Nada más y nada menos que el traspaso liso y llano del control de la economía a las Transnacionales a través de las “privatizaciones”.

A pesar de la derrota de sus enemigos más peligrosos, los teóricos del capitalismo no se ocultan a sí mismo que una crisis de proporciones corroa las entrañas mismas del capitalismo. Para salir de ella, como siempre, por su lógica interna el capital debe recurrir a nuevas destrucciones, más profundas y masivas, que nunca, de vidas humanas y bienes materiales y culturales. La ideología con la que pretende salir de este marasmo en el que se encuentra envuelto y en el que ha arrojado a nuestros pueblos, es el denominado neoliberalismo.

El capitalismo no nació como liberalismo. No nació con las banderas de la libertad, igualdad y fraternidad. No desplegó las banderas de la democracia. Todo lo contrario. Su nacimiento fue gestado por la partera absolutista. Un Estado fuerte, verdadero Leviatán como lo denominara Hobbes, es el instrumento idóneo para disciplinar a la masa obrera que ha de aportar su fuerza de trabajo para el desencadenamiento de la revolución capitalista. Luego, en un segundo acto, podrá venir el Estado liberal. Después de Hobbes, Locke.

Liberalismo, como el nombre lo señala, indica libertad. Libertad de mercado, ante todo, la libertad madre de todas las libertades. El mercado, sabio entre los sabios, sabrá distribuir los bienes entre todos los habitantes mucho mejor que cualquier tipo de planificación ²¹. Cada cual con su propiedad, como vimos que sostenía Locke. Este primer liberalismo tenía motivos para pensar de esa manera. Los más lúcidos no se ocultaban los defectos que implicaba la distribución que realizaba la “mano invisible”²², pero no se veía nada mejor. Por otro lado, todo el mundo podía tener acceso a la propiedad. Había suficiente tierra para todos aquellos que quisiesen poner su sello personal sobre algún pedazo de la misma.

Pero en el neoliberalismo las cosas son a todas luces distintas. El trabajo no da acceso a la propiedad individual. Si siempre el trabajo fue social, pues el hombre es un ser esencialmente social, esta verdad hoy tiene una evidencia cegadora. No hay tierra sobre la que un obrero que hoy empieza a trabajar pueda poner su sello personal. Sólo puede ponerlo sobre productos que ya

tienen "marca registrada". Por otra parte, el mercado ha mostrado toda su sabiduría al servicio de los que han acaparado los medios de producción. No distribuye equitativamente. Todo esto es demasiado evidente.

¿Por qué entonces el capitalismo pretende superar su crisis recurriendo otra vez a la ideología liberal? Porque de esa manera puede alzar nuevamente la bandera de la libertad frente a todos los "totalitarismos", concepto bajo el cual se coloca a todos los regímenes que, de una u otra manera, pretenden escapar de las garras más feroces del capitalismo.

Esa bandera puede ser alzada, mostrada, alabada. Pero la práctica del capitalismo actual, denominada neoliberalismo, muestra exactamente lo contrario. Es intervención descarada con las armas más sofisticadas a aquellos países que resisten la "sabiduría" de la mano invisible; es imposición de una deuda externa que crece día a día y cuyos intereses se expresan en cifras "metafísicas", impagable de por vida; es "privatización" de todo aquello que es rentable y había quedado en manos del Estado; es despido masivo de trabajadores; es programar y realizar una economía de la que millones de seres son dejados fuera, al margen, transformándose en "marginados". Es ésta una característica, nueva, realmente novedosa, que ha producido el neoliberalismo. Implica un verdadero genocidio de características y masividad inéditas.

Frente a esta realidad no basta levantar la bandera de la libertad. No hay ideología que pueda mostrar su racionalidad. Es terriblemente irracional. Sólo la religión puede venir en su ayuda. Los teóricos neoliberales lo saben y a ella acuden. Es necesario leerlos. Daniel Bell llama la atención sobre "la necesidad de un vínculo trascendente que una suficientemente a los individuos para que sean capaces, cuando es menester de hacer los necesarios sacrificios de su egoísmo"²³. El vínculo trascendente, o sea religioso, ocupará el lugar que debiera ocupar la racionalidad, y dará a los pueblos el sentido de los sacrificios a que el neoliberalismo los someterá.

Irving Kristol se muestra como nadie celoso de que la religión ocupe su lugar de lucha en la etapa neoliberal. Ve en la "tradición judeocristiana" la fuente misma del "capitalismo liberal" y lamenta que "las iglesias, convertidas ahora en una suerte de empresa privada y voluntaria, quedan desposeídas de toda sanción y respaldo públicos, siendo cada vez más incapaces de enfrentar a sus contrincantes"²⁴.

Michael Novak avanza más. Elabora una verdadera teología del "capitalismo democrático" el cual, como la Santísima Trinidad, es "tres sistemas en uno: una economía predominantemente de mercado, una organización política respetuosa de los derechos individuales a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad y un conjunto de instituciones culturales movidas por ideales de libertad y de justicia para todos" ²⁵. Desde las alturas de la Trinidad el "capitalismo democrático" desciende a la humildad de la "Encarnación" y se hace realista, sabiendo que "si Dios anheló tanto que su amado Hijo padeciera ¿por

qué había de ahorrarnos a nosotros el padecimiento? Si Dios no envió legiones de ángeles para que cambiaran el mundo para El, por qué habríamos nosotros de soñar con un cambio súbito?... *La ausencia de ilusiones es una alta forma de conciencia cristiana y judía*”²⁶.

Nada de ilusiones, pues. “El argumento de la Encarnación consiste en respetar el mundo tal cual, reconocer sus límites y sus debilidades, sus aspectos irrationales y sus fuerzas malévolas y descreer de la promesa que ahora o en el futuro será transformado en la ciudad de Dios”.

Hasta la feroz y sangrienta lucha de todos contra todos en el mercado capitalista, que deja continuamente un tendal de muertos, encuentra su plena justificación teológica en la parábola de los talentos, de Jesús, San Pablo, por su parte, adelantándose en varios siglos al “capitalismo democrático”, “insta a todos a competir”²⁷.

A la teología emanada desde el centro del imperio se suma la teología vaticana. Efectivamente, en la última encíclica sobre la cuestión social, la “Centesimus annus”, luego de dar por sentado “el fracaso del marxismo para construir una sociedad nueva y mejor”²⁸, propone la alternativa para nuestros países del Tercer Mundo. Hela aquí: “Un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía”²⁹. Eso evidentemente es capitalismo del más genuino. La salida es capitalista si bien un cierto santo lo lleva al Papa a decir que “quizá sería más apropiado hablar de ‘economía de empresa’, ‘economía de mercado’, o simplemente ‘economía libre’”³⁰.

Frente a esta propuesta ubicada totalmente en la línea del neoliberalismo, cuyas desastrosas consecuencias estamos sufriendo en carne propia, tal vez se levanten voces cristianas protestando por tantas injusticias y tantas muertes que el proyecto neoliberal, magistralmente descrito y apoyando por Juan Pablo II, está provocando en nuestro continente latinoamericano. Juan Pablo II, se adelanta a responder recordando que el hombre “lleva dentro de sí la herida del pecado original que lo empuja continuamente hacia el mal”³¹, y que, en consecuencia, debe despedirse de la idea ilusoria de que se “puede construir el paraíso en este mundo”³², como ya lo dijeron el neoliberal Popper. Sólo al final de los tiempos el Señor hará justicia. Mientras tanto, la cizaña seguirá creciendo junto al trigo.

La religión, de esa manera, no falta a la cita y acude a otorgar sentido a la práctica genocida liberal, legitimándola a través de la teología del Vaticano.

4. Resistencia popular y teología

El apriete del bloque hegemónico del capitalismo sobre las clases populares genera resistencia por parte de éstas, originándose fuertes movimientos populares que luchan de diversas maneras para evitar la descomunal expo-

piación a que se les quiere someter. Estas luchas son acompañadas por nuevas tomas de conciencia y nuevas elaboraciones teóricas.

Como la mayoría de las poblaciones latinoamericanas de una u otra manera son cristianas, las luchas de liberación convuelven hasta en sus cimientos la manera de ser y de sentir como cristianos. Surgen fenómenos nuevos y en primer lugar, la participación consciente de grupos cristianos, como tales, en movimientos populares, de liberación y revolucionarios. En segundo lugar, el nacimiento de una nueva manera de ser iglesia, la iglesia popular, de los pobres, iglesia que nace del pueblo; y finalmente, una nueva manera de hacer teología, la TdL.

El fundamento de todas las transformaciones que se producen en el seno del cristianismo y generan la TdL se encuentra en esta nueva práctica junto a los sectores populares: Práctica con el pobre, desde el pobre; práctica política que asume diferentes matices: práctica social, práctica política en partidos políticos; participación en movilizaciones, en huelgas, en tomas de tierra e incluso en la lucha armada.

La TdL se replantea la relación entre práctica y conciencia, práctica y revelación, práctica y teología. Conforman siempre dos polos de una totalidad que se comportan dialécticamente. Así como no hay práctica sin conciencia, tampoco hay conciencia sin práctica. La revelación pertenece al momento de la conciencia y como tal debe darse necesariamente en la práctica. Pero, ¿en qué práctica? ¿Cuál es el sujeto de la misma?

El sujeto ya no es la Iglesia como institución, ni es la jerarquía, ni el magisterio sino el pobre, los pobres, el pueblo pobre. El pobre no es el objeto al que se dirige el sujeto de la revelación como podría ser la jerarquía eclesiástica, sino que es el sujeto de la revelación. Allí en el pobre, en su práctica, en sus necesidades, en su miseria que clama al cielo, se revela Dios, manifiesta sus mensajes, sus exigencias. La teología es una hermenéutica, interpretación de los mensajes de Dios a través del pobre.

La práctica del pobre es comunitaria, expresándose a través de movimientos populares; es política, es reivindicativa, clamando siempre por la satisfacción de sus necesidades elementales. Es a veces revolucionaria, cuestionando radicalmente el sistema de dominación a que es sometido; es pacífica la mayoría de las veces, pero en ocasiones se torna violenta.

Es una práctica histórica. Por ello la revelación se da en la historia, no fuera de la misma. Por otra parte, la historia no pasó, sino que pasa, transcurre, está presente. Dios no se reveló sólo en el pasado. La revelación no se clausuró con el Apocalipsis. Continúa hoy. Dios hoy está presente, y lo está de manera particular en nuestros pueblos pobres y en los pobres de nuestros pueblos.

En contra de la práctica jerárquica de las clases dominantes, la práctica del pobre es diaconal. Aún cuando uno de los efectos más deletéreos en los pobres es la influencia de la ideología de la dominación, que introduce su

propia concepción individualista y dominadora en los pobres, éstos siempre están más cerca de una actitud solidaria y servicial que los poderosos.

El *proyecto* a cuyo servicio se coloca la TdL es el Reino de Dios que no es el cielo, o el trasmundo, o el mundo de las almas. Es el proyecto de una nueva sociedad en cuyos bordes refulge la *utopía* de una sociedad igualitaria, donde todo se comparte, se posee la tierra y se hace translúcida la presencia de Dios, la plenitud del sentido.

La iglesia, sólo es instrumento-sacramento del Reino. Instrumento, en cuanto debe servir para apresurarlo. Sacramento, en cuanto lo prefigura. En ella se vive por anticipado el Reino. Si los valores de éste no se encarnan en ella, es porque la iglesia ha traicionado su misión. La iglesia está formada por comunidades que se hallan en movimiento. Por movimientos que se configuran y expresan de diversas maneras.

El Dios de la teología tradicional es un Dios sin pueblo, un Dios que está en la alturas o en el templo, lejos de los espacios en donde los hombres llevan a cabo sus luchas, viven, aman, gozan, sufren y se angustian.

Es un Dios que creó el mundo para su propia gloria; que todo lo hizo jerárquicamente, que ama el poder, tiene intereses propios, siendo la Iglesia jerárquica la garante de los mismos. Es un Dios que exige sacrificios, que vive de los sacrificios de los hombres.

El Dios de la TdL, en cambio, es un *Dios en el pueblo*. Entre Dios y el pueblo hay una alianza, un pacto, una mutua elección. *Dios-pueblo* conforman una totalidad con dos polos inescindibles. A veces se acentuará un polo, y a veces, otro. Ni Dios sin pueblo, ni pueblo sin Dios.

En la TdD la Iglesia ha sustituido al reino de Dios. Cristo aparece como fundador de la Iglesia que es jerárquica y teocrática, a pesar de la aguda crítica de Jesús de Nazareth en contra de la concepción y la práctica del poder jerárquico (Mc.10, 35-45). En América Latina se recupera la iglesia-comunidad, la iglesia que nace del pueblo, la iglesia instrumento-sacramento del Reino. Para su comprensión es necesario distinguir los niveles teológico, sociológico y político.

Teológicamente, afirmamos que Dios es la fuente de la iglesia. Es la presencia de Dios la que le otorga su todo su sentido y razón de ser. Sociológicamente creemos que el sujeto de la misma es el pueblo pobre. Por eso es la iglesia, que nace del pueblo, porque el pueblo es el sujeto de la revelación de Dios. Políticamente, es una iglesia comprometida con la liberación, pero nunca asume el lugar de los instrumentos políticos.

Tiene distintas expresiones como Comunidades Eclesiales de Base, Movimientos, grupos, etc. Es pueblo de Dios en camino. Es una iglesia ecuménica, comunitaria y diaconal.

Esta nueva y antigua manera de ser cristianos no se apartó de las luchas populares en contra de los ajustes neoliberales, sin que se incorporó a las

mismas. O mejor, desde el mismo seno del pueblo participó en esas luchas y allí vivió su fe como fermento de liberación.

El imperio vio con claridad que esta manera de ser cristiano como iglesia popular, que se expresa teóricamente en la TdL, se constituía en uno de los grandes enemigos de su práctica dominadora, por lo cual decidió tomar cartas en el asunto. Por ello, ya en el primer documento de Santa Fe se afirmaba que "la política exterior de Estados Unidos debe comenzar a enfrentar (y no simplemente a reaccionar con posterioridad) la teología de la liberación tal como es utilizada en América Latina por el clero de la 'teología de la liberación'".

Esto no es de extrañar. Toda lucha política se desdobra siempre en una lucha ideológica; y toda lucha ideológica tiene siempre un componente religioso y, por consecuencia, teológico. De la percepción de esta realidad por parte de los "intelectuales orgánicos" de las clases populares del Tercer Mundo, depende en gran parte que no hay que esperar otros quinientos años para lograr la liberación.

Buenos Aires, septiembre 1991.

* Ponencia presentada en el Simposio "500 años de la conquista" Univ de Nimega. Holanda. 5-10-91.

notas:

¹ Según la tesis weberiana el dogma de la "predestinación" habría jugado un papel importante en el nacimiento del capitalismo, a través de una determinada hermenéutica realizada por el calvinismo. Según un decreto eterno de Dios o "doble decreto", algunos están destinados a ser salvos y otros, a ser condenados, nadie puede cambiar ese decreto. Para creyentes en serio eso sería insoportable. El decreto no se puede cambiar, pero se pueden tener "indicios" de la propia salvación. Si se tiene capital, se lo invierte racional y metódicamente y el éxito acompaña, ello constituye un indicio seguro de salvación. (Cfr. Max Weber: La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Ed. Diez, Buenos Aires, 1974, pp. 111-206).

² Cfr. Marx: El Capital, Ed. S. XXI, Buenos Aires cap. XIII, pp. 480-490.

³ Locke, J.: *Ensayo sobre el gobierno civil*. Ed. Aguilar, 7^a Ed., Buenos Aires, 7^a ed. 1977, p. 23.

⁴ Op. cit., p. 23.

⁵ Op. cit., p. 26.

⁶ Cfr. Todorov, T.: *La conquista de América (La cuestión del otro)*, Ed. S. XXI, 1987, p. 144.

⁷ Bula "Inter cetera" del 3 de mayo de 1493; "Eximiae devotionis", del mismo día y año; otra "Inter cétera", del 4 de mayo de 1493, y "Dudum siquidem", del 26 de setiembre del mismo año.

⁸ Díaz del Castillo, B.: *La conquista de la Nueva España (Selección)* ed. Eudeba, Buenos Aires, 1977, p. 134. "Y con el apellido del Señor Santiago comenzaron a subir" (Cortés, H.: *Cartas de la conquista de México*, Ed. Sarpe, Buenos Aires, 1985. p. 112).

⁹ "Lo otro que les demandó -Cortés- fue que dejases sus ídolos y sacrificios, y respondieron que así lo harían; y les declaramos... las cosas tocantes a nuestra Santa Fé, y cómo éramos cristianos y adorábamos a un solo dios verdadero. Se les mostró una imagen muy devota de Nuestra Señora con su Hijo precioso en los brazos y se les declaró que en aquella santa imagen reverenciamos, porque así está en el cielo y es madre de Nuestro Señor Dios" (Díaz del Castillo: Op. cit., p.35).

- ¹⁰ "Y tal era la tierra que nuestros pecados nos habían puesto" (Cabeza de Vaca, A.N.: *Naufragios*. Alianza Editorial Madrid, 1985. p. 88). "El cual aquel día se acabara de ganar si Dios, por nuestros pecados, no permitiera tan grande desmán" (Cortés: OP. cit., p. 136). "Y Cortés le respondió, saltándose lágrimas de los ojos: "Oh hijo Sandoval que mis pecados lo han permitido'" (Díaz del Castillo: Op. cit., p. 176).
- ¹¹ Para la lucha del movimiento indigenista y en particular de Las Casas, cfr. Mires, F.: *La colonización de las almas*. Ed., DEI, San José Costa Rica, 1990; y Friede, J.: *Bartolomé de las Casas: precursor del anticolonialismo*, Ed. S. XXI, 1974.
- ¹² Acosta J.: *Historia natural y moral de las Indias*. F.C.E. México, 1979, pp.375-376.
- ¹³ El padre Acosta participa plenamente de la TdD, pero no es para nada enemigo de los indios, como puede considerarse que lo son Sepúlveda y Oviedo.
- ¹⁴ Las Casas, B.: *Historia de las Indias*. F.C.E., México, I, p. 11.
- ¹⁵ Las Casas, B.: Op. cit., pp. 28-29.
- ¹⁶ "Estas gentes todas, para ser atraídos a ser cristianos y a obediencia de la Imperial Majestad, han de ser llevados con buen tratamiento" Cabeza de Vaca, A.N.: Op. cit., p. 157.
- ¹⁷ Las Casas, B.: Op. cit., p. 23.
- ¹⁸ "El día I Caok (27 de marzo de 1527) comenzó nuestra matanza por parte de los castellanos. Fueron combatidos por la gente y siguieron haciendo una guerra prolongada. La muerte nos hirió nuevamente, pero ninguno de los pueblos pagó el tributo" (Memorial de Solola (Anales de los Cakchiqueles). Edición de Adrián Recinos, F.C.E., México, 1980, p. 131).
- ¹⁹ Sobre todo en la "segunda Rueda profética de un doblez de Katunes" (Chilam Balam (El libro de), F.C.E., México, pp. 68-85).
- ²⁰ Las Casas, B.: *Tratados*, Ed. F.C.E., I, pp. 479-181.
- ²¹ Cfr. Smith, A.: *La riqueza de las naciones*, F.C.E., 1979, p. 402.
- ²² Cfr. Hegel: *Filosofía del Derecho*, # 185; ## 243-244.
- ²³ Bell, D.: *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Ed. AE, 2^a edición, 1982, pp. 160-165. "¿qué nos mantiene aferrados a la realidad, si nuestro sistema secular de significados resulta ser una ilusión? Me arriesgaré a dar una respuesta anticuada: el retorno de la sociedad a alguna concepción de la religión" Op. cit., p. 40).
- ²⁴ Kristel, I.: *Reflexiones de un neoconservador*, GEL, Bs. As, 1986, p. 5
- ²⁵ Novak M.: *el espíritu del capitalismo democrático*. Ediciones Tres Tiempos, Buenos Aires, 4^a ed., pp. 11-12.
- ²⁶ Op. cit., pp. 364-365.
- ²⁷ Op. cit., p. 369.
- ²⁸ "Centésimus annus" (CA). Ediciones Paulinas, mayo, 1991, p. 68 Juan Pablo II no se preocupa por distinguir entre marxismo, socialismo real, comunismo. Utiliza los términos indiscriminadamente. Para él son variantes cuya distinción es meramente "escolástica".
- ²⁹ CA, pp. 83-84.
- ³⁰ CA, p. 84.
- ³¹ CA, p. 48. La reafirmación del PEC.
- ³² CA, p. 48. La reafirmación del pecado original preocupa a los teóricos neoliberales, pues cierra el camino de las utopías que llegan a penar en un mundo sin guerras, cuando es sabido que "la noción misma, de un mundo sin guerra es fantástica" (Kristol, I.: *Reflexiones de un neoconservador*, GEL, Buenos Aires, 1986, p. 365). Michel Novak, por su parte, afirma que el sistema del capitalismo democrático, que se considera el sistema natural de la libertad y el que mejor se ajusta -de todos los hasta ahora creados en la historia- a las premisas del pecado original, tiene como meta combatir la tiranía, fragmentar y controlar el poder, pero no reprimir el pecado" (Op. cit., p. 375).
- ³³ CA, p. 49.

EEUU

el "trabajo de equipo", ideología y realidad

Hoy en día, explotando un clima político que recuerda el clima antisindical de los años veinte, los patrones se esfuerzan en minar tanto las negociaciones colectivas tal como las hemos conocido durante 50 años como la fuerza de nuestros sindicatos. En lo esencial, estos ataques no toman la forma de un asalto para quebrarlos, incluso si esta forma también existe. Toman, más que nada, la forma de un asalto ideológico para conquistar la conciencia de los miembros de los sindicatos.

Los grandes grupos industriales intentan minar la unidad y la solidaridad de los obreros, al interior tanto de la empresa como de los sindicatos, con el objetivo de arrastrarlos a una colaboración mítica. Quieren crear la ilusión de que los obreros pueden tener algo que decir en la administración de la empresa. La punta de lanza de esta batalla para ganar la conciencia de los trabajadores es el *team concept* (concepto de equipo).

Cierto, no es la primera vez que

los dirigentes empresariales buscan hacer tal manipulación de conciencia. En los años veinte, John D. Rockefeller Jr. preconizó la «representación de los asalariados» y Charles Schwab, jefe del grupo ace-rero US Steel, promovió la «colaboración constructiva». Esta representación de los asalariados buscaba impedir que los sindicatos estuvieran presentes en las empresas.

Hoy en día, frente a una fuerza de trabajo sindicalizada, los patrones quieren minar a los sindicatos y reducir el valor de los contratos. Para alcanzar esto, disponen de múltiples estrategias. Por ejemplo, hay acuerdos «modelos», como el contrato relativo al proyecto Saturno de General Motors (GM) (1), que en realidad representa una vuelta al sindicato de empresa en oposición al sindicato nacional con acuerdos nacionales. Acuerdos como el del proyecto Saturno oponen un Estado a otro, una comunidad a otra y un sindicato local a otro en la medida en que cada uno tiende a hacer concesiones más importantes a los

patrones. En 1937, la United Auto Works (UAW) rechazó el sindicalismo de empresa, la idea de un contrato separado para cada taller, y exigió un acuerdo nacional. Hoy en día, cae en la trampa que hace más de 50 años esquivó.

Mientras tanto, a nivel de la empresa, los patrones han avanzado diferentes esquemas de cooperación, como el *concepto de equipo*. La introducción del *concepto de equipo* es algo más que un simple expediente: es una tentativa de los empresarios para controlar no sólo el comportamiento de los obreros en la fábrica sino, también, sus sentimientos y sus ideas. El patrón explota la aspiración de los obreros a ver valorizadas su creatividad y su inteligencia. El *concepto de equipo* hace creer a los obreros que pueden ser algo más que una simple mano al servicio de la fábrica: los lleva a pensar y les pide cooperar con la dirección.

Pero, a fin de cuentas, la cooperación con la dirección se transforma en una competencia entre los obreros. En la lucha por la productividad y por la calidad, un taller es enfrentado a otro, y un obrero a otro. Lo que al principio parecería un llamado al idealismo de los obreros transforma a éstos en espías y debilita la solidaridad sindical. Por otra parte, a menudo sucede que, si los obreros se muestran poco dispuestos a aceptar el *concepto de equipo*, se les amenaza con cerrar la empresa.

En Japón, donde el *concepto de*

equipo apareció y se impuso, los trabajadores ya no piden la ayuda de los sindicatos. Un estudio de la central sindical Sohyo, publicado en marzo de 1986 bajo el título "La conciencia del pueblo", señala que los obreros japoneses ya no ponen sus problemas a consideración de los sindicatos. Sólo el 7% de los interrogados declaró que acude al delegado sindical cuando tiene algún problema en la fábrica.

En la actualidad, los sindicatos de Estados Unidos están mal preparados para defenderse de la estrategia sutil e insidiosa de los patrones. Nuestros sindicatos se centralizan y burocratizan más y más. Muchos obreros piensan que las compañías arrancan concesiones, con el acuerdo de los sindicatos, incluso cuando estas no son estrictamente necesarias. Las direcciones sindicales no comprometen a los trabajadores en las discusiones. En consecuencia, contrariamente a lo que pasaba en los años treinta, cuarenta y cincuenta, los trabajadores ya no toman en serio a sus organizadores. Estos sindicatos no están en posibilidades de movilizar a sus miembros para hacer frente al nuevo desafío.

El UAW y otros sindicatos han aceptado el *concepto de equipo*. A partir de ahora resultará frecuente que, tomados de la mano, empresarios y sindicalistas canten la vieja canción *We are all one big happy family here* (Aquí todos somos una familia grande y feliz). Se tiene la impresión de volver a los años veinte: el jefe de equipo no es más

que el presta nombre de la nueva época y la flexibilidad no es más que una palabra nueva para indicar el derecho de la empresa a disponer del obrero como mejor parezca.

La revitalización y la democratización de los sindicatos resultan esenciales. Para responder a este desafío están tejiéndose redes de militantes sindicales activos, el movimiento de las News Direction (Nuevas Direcciones) al interior del UAW y la red de relación entre miembros de diferentes sindicatos, asociados a Labour Notes, son ejemplos de esto. Los mismos posibilitan a los trabajadores estudiar el ataque desencadenado y desarrollar una estrategia para responder al mismo. Aquí están los pasos esenciales a dar para restablecer cierta credibilidad de los dirigentes ante los ojos de los militantes de base. Más aún: estas redes pueden poner en marcha la solidaridad necesaria para rechazar el sindicalismo de empresa y las tentativas de división entre una sección sindical y otra, y entre un obrero y otro.

¿Qué es el concepto de equipo?

La mayoría de las veces se evoca el concepto de equipo en relación a la industria automotriz. La prensa ha insistido mucho en la oposición entre la industria estadounidense, que se queda atrás, y las muy rentables sociedades japonesas que deberían su éxito a la organización del trabajo en equipo. Las experiencias de humanización del trabajo

en Suecia a través de la introducción de los equipos también atraen a numerosos sindicalistas.

En marzo de 1988, el *concepto de equipo* se aplicó o proyectó cuando menos en 17 fábricas de ensamblaje de GM y en seis fábricas de Chrysler, en la operación Acero Rojo de Ford y en la fábrica de motores Romeo, así como en todas las empresas total o parcialmente japonesas: Nisan, Honda, Mazda, Diamond, Star y New United Motors Manufacturing inc. (NUMM). GM también ha introducido ampliamente el trabajo en equipo en la elaboración de componentes. En las fábricas de varias otras sociedades, este trabajo ha sido introducido a nivel de los talleres. En lo que concierne a otras empresas, ya se han negociado elementos esenciales del trabajo en equipo, entre otros la reducción del número de clasificaciones. El concepto de equipo también ha sido afirmado en el caso del proyecto Saturno de GM, que habría debido trastocar la producción automovilística en Estados Unidos. Por otra parte, el sindicato del automóvil UAW aceptó explícitamente el concepto de equipo en los contratos sindicales nacionales firmados en 1987 con Ford y GM.

Hay que señalar, sin embargo, que la interpretación del *concepto de equipo* varía sensiblemente de una sociedad a otra. Por ejemplo, las audaces innovaciones en la organización del trabajo mediante la introducción de equipos por parte tanto de sociedades que producen

bebidas como de compañías de seguros fueron saludadas calurosamente.

Entre las sociedades más conocidas, se puede mencionar a AT&T, General Electric (GE), Proctor and Gamble, Xerox, Honeywell, Cummins Engine, Best Food y United Technologies. El vice-presidente de GE pretende que las ganancias obtenidas en el espacio de cinco años aumentaron 40% luego de la adopción del *concepto de equipo* en la empresa que opera en Quebec.

Tan pronto como el concepto de equipo pasa a formar parte de un contrato colectivo, como sucedió, por ejemplo, en la industria automovilística, se estimula la realización de acuerdos de conjunto que incluyen una serie de aspectos:

1. La re-escritura del contrato tendiendo a explicar que existe una nueva relación entre los patrones y la fuerza de trabajo.

2. La introducción de la "intercambiabilidad", lo que significa que los obreros están obligados o son llevados a cumplir múltiples tareas.

3. Una drástica reducción de las clasificaciones, lo que da a la dirección una mayor posibilidad de fijar las tareas de los obreros, ahí donde lo considera más útil. La abolición de las clasificaciones y la "intercambiabilidad" de los puestos: éste es el objetivo más importante que la dirección quiere alcanzar con el discurso sobre el *concepto de equipo*.

4. Una disminución de la importancia de la antigüedad. En algunos casos, la antigüedad es explícita-

mente abandonada o modificada. En otros, ya no existe la posibilidad de hacer valer la misma. Por ejemplo, si se eliminan las clasificaciones, se suprime igualmente la posibilidad de trasferencias a otras clasificaciones sobre la base de la antigüedad.

5. Una descripción detallada de cada acto en el cumplimiento de cada tarea, lo que incrementa el control de la dirección sobre la manera de cumplir el trabajo.

6. La colaboración de los obreros en el aumento de sus cargas de trabajo.

7. Una mayor responsabilidad de parte de los obreros en el cumplimiento de tareas que antes pertenecían a los capataces de la empresa, sin que por ello dispongan de una mayor autoridad.

8. El esfuerzo de parte de la dirección por volver a los obreros más sensibles a los lazos recíprocos entre los departamentos de la empresa y el lugar de cada individuo en este conjunto; el esfuerzo tanto de los sindicatos como de la dirección por hacer rechazar la idea de que "Yo estoy aquí para trabajar; cumplo mi tarea y no pienso más que en lo que me concierne."

9. Un clima ideológico que pone el acento en la competencia entre los talleres y la responsabilidad que deben asumir los trabajadores para arrancar trabajo a otros talleres.

10. Un deslizamiento hacia sindicalismo de empresa, en el cual el sindicato se considera como socio de la dirección.

Taylorismo y aceleración de las cadencias

A comienzos del siglo, Frederick W. Taylor fue el campeón de los “métodos de dirección científicos” simbolizados por el experto en análisis del tiempo y los movimientos con un cronómetro. Desde entonces, los empresarios han buscado el medio de descomponer las tareas en sus más mínimos elementos, de analizar cada elemento del trabajo, de determinar el medio más rápido de hacer una operación y de que los obreros aprendan a utilizar tales métodos. Al mismo tiempo, los sindicatos han explicado que las condiciones de trabajo aceptables exigen una limitación del taylorismo.

La mayor parte de las obras sobre las relaciones industriales normales presentan a la producción en equipo, incluidas las variantes ligadas a la *management-by stress* (MBS) (dirección mediante la tensión), como una alternativa humanista a los métodos de dirección científica. Por ejemplo, un editorialista del *Business Week* (31 de agosto de 1987) escribe: “Los sistemas basados en el equipo, acabados por los constructores de automóviles en Japón, representan una alternativa al sistema de ‘dirección científica’, utilizado durante mucho tiempo en Detroit, que trata a los trabajadores como instrumentos pasivos a los que hay que indicar cada movimiento a hacer.”

Esto forma parte de las fantasías sobre la MBS. En realidad, la tendencia va en el sentido opuesto, es

decir, en el sentido de determinar, mucho más minuciosamente que antes, todos los movimientos que el obrero debe hacer. En lo fundamental, lejos de rechazar el modo de dirección científica, la MBS intensifica el taylorismo.

En las empresas donde existe este sistema, así como en las empresas tradicionales, los miembros del equipo tienen muy poco control sobre la determinación real de sus propias funciones. La dirección escoge el proceso, el marco esencial de la producción y las tecnologías a utilizar. En gran medida, esto condiciona las tareas a cumplir y define su marco. Por ejemplo, cuando GM abrió su fábrica Fairfax II, luego de un nuevo acuerdo sobre el trabajo en equipo, los obreros pensaron que esto había influido sobre la definición de sus tareas. Con sorpresa debieron constatar que la dirección había nombrado a los jefes de sus equipos, quienes, con la colaboración de ingenieros industriales, ya habían descompuesto las tareas en sus elementos básicos y determinado las funciones.

Cuando las tareas son efectivamente concebidas en el marco de los “equipos”, la mayor parte de los miembros originarios de los mismos son ingenieros, supervisores y jefes de equipo escogidos por la dirección. Ellos establecen el diagrama de las tareas; en otros términos, descomponen cada tarea en gestos individuales, estudiando cada movimiento y fijando el tiempo necesario para cumplirlo, adaptando los

actos y estableciendo el trabajo de tal manera que las tareas sean más o menos iguales. El resultado final es una especificación detallada, por escrito, de los medios a través de los cuales cada equipo debe hacer su trabajo. Las tareas "son" equilibradas para que la diferencia entre el tiempo *takt* (el número de segundos durante los cuales un coche permanece en cada puesto) y el tiempo del ciclo de trabajo (el número de segundos de que dispone un obrero para acabar todas las operaciones que le son asignadas) tienda a cero.

A medida que la producción se incrementa y los inconvenientes se superan hay cada vez menos cambios en las operaciones cumplidas. Corresponde a los obreros integrados en el equipo seguir las indicaciones que han sido fijadas progresivamente con el objetivo de eliminar todo tiempo muerto y que especifican cómo debe cumplirse cada movimiento.

Al miembro del equipo se le dice exactamente cuántos movimientos debe hacer y lo que su mano izquierda debe hacer cuando su mano derecha toma una llave.

Las tareas deben cumplirse exactamente de la misma manera, cada vez, por cada obrero. Si el plan indica que se debe tomar una pieza con la mano derecha y apretar con la mano izquierda, así hay que hacerlo. El obrero no puede cambiar el orden de las tareas sin el permiso de un vigilante. La dirección alega que es bajo esta condición que la

calidad está asegurada. ¿Por qué, entonces, correr el riesgo de una posible variante cambiando las operaciones de las dos manos?

Si esto puede ser lógico desde un punto de vista técnico, resulta duro desde el punto de vista humano. Para gente de talla pequeña, puede ser más fácil cumplir una tarea de manera diferente a como lo hace gente de talla grande. Algunas veces, se puede tener ganas de cambiar la forma de realizar un trabajo en medio de la jornada para hacer descansar algunos músculos poniendo en trabajo otros. La sustancial rigidez del sistema es ilustrada por la idea de flexibilidad expresada por un jefe de equipo de Mazda: "*Tenemos indemnizaciones para los zurdos.*"

Con todo, incluso si los obreros aprenden a hacer mejor su tarea, no hay posibilidades de mantener una cadencia estable. Siempre hay márgenes para el *kaizen*, "el mejoramiento constante". Que esto sea mediante reuniones de equipo, círculos de calidad o propuestas, si alguien no mejora su trabajo, es altamente probable que otro esté dispuesto a hacerlo. La pequeña influencia que los obreros tienen sobre su trabajo sólo reside en el hecho de que están organizados de tal manera que ellos mismos fijan su tiempo en una suerte de "supertaylorismo".

El japonés Yasuhiro Monden, autor de un estudio sobre el sistema de producción en Toyota, da un ejemplo: la dirección quiere organi-

zar las tareas de un equipo porque cinco obreros trabajan todos los segundos durante un minuto mientras un sexto, llamado F., dispone de 45 segundos de espera. Según Monden, este tiempo de espera "no debe ser utilizado distribuyéndolo en igual medida entre los seis obreros de la línea. Si se hace así, nuevamente sería disimulado porque cada obrero disminuiría su ritmo de trabajo para tener su propia cuota de tiempo de espera. Además, habría resistencia al momento de tratar de reexaminar la cadencia de las operaciones estandarizadas. Hay que volver, en cambio, al primer movimiento para verificar si es posible introducir en la línea mejoras supplementarias de tal manera que se supriman las operaciones descompuestas que F. cumplía."

Así pues, los cambios en las tareas nunca pueden desembocar en una disminución del esfuerzo de los miembros del equipo. Cada mejora empuja a la dirección a buscar nuevos medios para acelerar la cadencia del equipo.

El obrero multifuncional

En la MBS todo está ligado. Según uno de los principios del sistema *just-in-time* (JIT) (Justo a tiempo) (2), el obrero nunca produce para la reserva, incluso si no tiene nada que hacer. Toda reserva que rebase lo estrictamente necesario es considerada como un derroche. Por otra parte, no habría lugar para guardarla ni el medio de ocuparse de ella. Los obreros y las máquinas deben permanecer pasivos más que

producir más de lo inmediatamente necesario.

Pero la dirección no puede admitir que el tiempo muerto forme parte del sistema. El tiempo muerto reduce la productividad del trabajo. El sistema es concebido de tal suerte que el tiempo muerto revela visualmente que algo necesita ser reajustado. Por ejemplo, un obrero, que puede ahorrar algunos segundos en su ciclo de trabajo, no debe tomar la iniciativa de ayudar a sus camaradas o buscar otra tarea a cumplir. Es mejor que permanezca pasivo; así la dirección y los miembros del equipo pueden constatar que hay tiempo libre que puede ser utilizado para una tarea regular.

Si el JIT prohíbe producir de antemano, y el tiempo muerto no puede ser tolerado, la única solución es organizar el sistema de tal manera que las tareas puedan ser rectificadas y reajustadas fácilmente sin que el proceso de producción resulte afectado. Esto es particularmente importante en la industria automovilística, donde el número de vehículos a construir y la combinación de los modelos pueden variar considerable y rápidamente.

Por ejemplo, si se quiere reajustar la producción, en caso de disminución de ventas, hay que disminuir el ritmo de la línea de montaje. Una disminución de la velocidad de la línea crea un tiempo muerto para cada trabajador. Pero si la dirección puede prescindir de algunos obreros y redistribuir las tareas entre los obreros que quedan en el equipo, la

mayor parte del tiempo muerto puede ser nuevamente eliminado. La facilidad y la rapidez mediante las cuales la dirección puede operar tal redistribución determinan en qué medida una fábrica puede adaptarse a los cambios de la demanda. En la medida en que todas las fábricas de automóviles aplican este sistema, la gran capacidad de adaptación de las fábricas MBS contribuye de manera decisiva a su elevada productividad.

Esta flexibilidad en la redistribución de las tareas y la eliminación del tiempo muerto exige que:

1) las tareas sean descompuestas en unidades lo más pequeñas posibles;

2) cada tarea sea precisada de tal suerte que pueda ser fácilmente reasignada;

3) la calificación para cada tarea sea al nivel más bajo posible;

4) los obreros sean capaces de cumplir toda tarea que se les asigne y estén dispuestos a hacerlo;

5) las tareas sean cumplidas bastante cerca una de otra para reducir el tiempo de desplazamiento no productivo.

Una solución puede combinar tareas de sub-ensamblaje y tareas sobre la línea principal. Esta solución permite a los obreros pasar de una a otra según un modelo circular, reduciendo el tiempo de desplazamiento no productivo. Permite igualmente a la dirección transferir una tarea del obrero A al obrero B con el objetivo de equilibrar la línea o de eliminar a un obrero y redistribuir las tareas entre los que quedan.

Una condición todavía más importante es que los obreros sean capaces de cumplir todas las tareas y puedan ser transferidos según los deseos de la dirección. Los empresarios llaman a esto *multiskilling* (calificación múltiple), pero la palabra es engañosa.

Las cualidades necesarias para cumplir en un breve plazo varias tareas conectadas, cuidadosamente descompuestas antes, son la habilidad manual, la resistencia física y la disponibilidad para respetar escrupulosamente las instrucciones. Incluso en el marco de este enfoque, la dirección se preocupa por no fijar tareas que exigen estas cualidades en una medida excepcional porque quiere que los obreros sean intercambiables. No son calificaciones en el sentido propio del término, es decir, calificaciones que exigen una formación y un conocimiento especiales. En realidad, la esencia de la *multiskilling* consiste en una falta de resistencia de parte de los sindicatos o los obreros, en tanto que individuos, frente a los cambios de tareas que la dirección quiere introducir por cualquier razón.

Al momento de la contratación, las fábricas MBS prestan poco interés a las calificaciones previamente adquiridas por los obreros involucrados. Prestan mucho más interés, en cambio, a su presencia regular, a su disponibilidad para seguir las instrucciones, a su resistencia física y a su actitud hacia la dirección en

general. Una vez contratado, el obrero no tiene interés en adquirir nuevas calificaciones que pueda negociar. Sólo aprende a cumplir un gran número de tareas extremadamente específicas. Cada una de las mismas no exige mucha formación en el sentido de la adquisición de nuevas calificaciones; demanda, más bien, la práctica que permita aprender a cumplirla más rápidamente. El objetivo de la *multiskilling* es, pues, menos el de formar a los obreros y más el de superar barreras como las condiciones fijadas por los contratos sindicales, las clasificaciones o las tradiciones que impiden al obrero cumplir más de una tarea. Cuando hay formación, esta está centrada más en los métodos y los valores de la empresa que en las calificaciones técnicas negociables.

Un importante eslabón: el subcontratismo

El contrato firmado por el sindicato del automóvil UAW con NUMMI precisa que antes de despedir trabajadores, la dirección tomará "medidas positivas", incluida "la atribución de trabajos anteriormente realizados mediante el subcontratismo a unidades de trabajadores capaces de hacer dichos trabajos". Este arreglo, que es una variante del sistema empleado en Japón, ha sido interpretado en el sentido de que en tanto la empresa garantice trabajo a todos los obreros regulares, el sindicato no se opondrá al subcontratismo y a la *outsourcing* (compra de piezas producidas por otras firmas). En

realidad NUMMI y Mazda, otra sociedad de participación japonesa, han recurrido tanto al subcontratismo como a la *outsourcing* a gran escala.

Dicho acuerdo parece garantizar la seguridad en el empleo, pero en realidad la seguridad en el empleo, es menor que si la *outsourcing* no existiera y si los obreros dispusieran, en caso de despidos, de garantías de antigüedad tradicionales.

Supongamos que un taller de montaje tiene 1.000 obreros y que 200 obreros fabrican los cojines en una sociedad de sub-contratismo al lado. Si las ventas disminuyen, lo que normalmente provocaría el despido, digamos, de 200 obreros en la cadena, el taller de montaje está obligado a asumir directamente la fabricación de los cojines para evitar que 200 de sus obreros sean expulsados. Así, los 200 obreros subcontratados perderán su empleo en provecho de los obreros del taller de montaje.

Consideremos ahora una situación análoga en una fábrica de montaje tradicional de 1.200 obreros. Esta fábrica tiene un taller para la fabricación de cojines ya que el sindicato ha conseguido prohibir a la sociedad encargar su producción a terceros. Cuando las ventas disminuyen, 200 obreros del nivel más bajo son despedidos. Siempre habrá 1.000 obreros trabajando y 200 en la calle, pero los obreros despedidos tendrán el derecho a ser contratados de nuevo por su empresa.

Los 1.000 obreros del sistema MBS, que aparentemente disponen de la seguridad en el empleo o cambio de la aceptación de la *outsourcing*, apenas habrán obtenido una seguridad en el empleo mayor que la de los obreros con derecho de antigüedad en una empresa tradicional. El resultado que los obreros MBS habrán obtenido será el de aislarse de los obreros que fabrican los cojines, que a partir de ahora trabajarán para una firma diferente con salarios más bajos y con menor seguridad en el empleo.

En realidad, la dirección alcanza a crear dos categorías de obreros: los de la fábrica principal, protegidos por el sindicato y el paternalismo de la firma, y los de las fábricas subcontratistas, normalmente no sindicalizadas que no tienen ninguna protección contra los despidos y, contrariamente a los obreros sindicalizados, no gozan de ninguna indemnización por desempleo adicional. A largo plazo, ni que decir tiene que los empleos se perderán por desgaste, incluso en la fábrica principal.

La aceptación de semejantes arreglos por los sindicalistas justifica la acusación según la cual los sindicatos se preocupan por proteger a una élite limitada a expensas de los obreros más despojados y menos protegidos, es decir, sobre todo las mujeres y aquellos que pertenecen a minorías étnicas. Tal política también ha traído como resultado crear mayores dificultades para la organización del número creciente de

trabajadores subcontratados o de la *outsourcing*.

Es a la *outsourcing*, por otra parte, a la que se debe ciertos ahorros atribuidos al JIT. La fábrica de montaje se descarga de los gastos de inventario cuando la firma subcontratista está obligada a mantener el mismo (e incluso a rentar almacenes cerca de la firma JIT para la que trabaja) para estar en posibilidades de entregar sus productos justo en el momento en que la fábrica de montaje necesita de ellos. Por ejemplo, Mazda proyectó rentar a su abastecedores una superficie, en Flat Rock, para sus almacenes. Los abastecedores también debían verificar sus productos y cubrir los costos de entrega directa a la fábrica de montaje. Así pues, las verificaciones, el tratamiento de materiales, el *rework* y las tareas administrativas deben ser cumplidas. Pero este trabajo ya no pertenece a la empresa principal: es asignado a abastecedores menos pagados, entre los cuales, la mayoría de las veces, no hay organización sindical.

La mayor parte del tiempo, la única coacción económica que induce a los empresarios a realizar directamente trabajos de subensamblaje es la necesidad de controlarlos muy de cerca. Por ejemplo, normalmente la mayor parte de las fábricas de montaje tenían sus propios locales para almacenar cojines porque debían estar en posibilidades de escoger a tiempo los colores y los modelos. Tan pronto como el

control de la empresa principal sobre los abastecedores se incrementó, se tendió a sub-contratar la fabricación de los cojines. Por ejemplo, en NUMMI, Hoover Universal entrega los colores y los modelos apropiados en el plazo de unas cuantas horas. En la medida en que los medios de entregas directas JIT se han perfeccionado, el porcentaje de la *outsourcing* ha aumentado.

De igual forma, ya que el sistema MBS se basa en la estandarización y la regularización de todos los trabajos, lo que no está adaptado a este modelo, como el trabajo de construcción y de acondicionamiento del medio ambiente, es igualmente atribuido al sub-contratismo.

Mistificación patronal y papel de los sindicatos

En los medios patronales, los partidarios del trabajo en equipo señalan que uno de los principios de este trabajo es el de desplazar el poder y la responsabilidad de decisión hacia los niveles más bajos. En realidad, las responsabilidades (en el sentido de lo que se exige individualmente del obrero) son desplazadas lo más posible hacia los obreros en la cadena.

Pero el poder y el control que deciden en qué medida las exigencias son satisfechas no van más allá del nivel del jefe de grupo. Así, es el jefe de grupo el que controla la definición detallada de los estándares de trabajo que el obrero debe realizar cada hora.

Mantener la tensión del sistema

es esencial para asegurar un control de la dirección más estricto con menos gerentes. Si un obrero abandona su lugar, disminuye su cadencia, se atrasa o hace algo de manera incorrecta, la rigidez del sistema, en sí misma, permite darse cuenta del inconveniente más rápidamente que en una fábrica tradicional. Se necesita menos supervisión porque los controladores de la dirección no necesitan localizar el lugar donde se produce el inconveniente: el sistema se encarga de ello a través del sesgo de las indicadores visuales o deteniéndose. La dirección puede concentrarse en los lugares en los que se presentó la dificultad. Para retomar las palabras de un gerente de Toyota, "*el control de las anomalías se hace fácil. Basta con introducir las mejoras concentrando la atención en la maquinaria que se bloqueó y en los obreros que la detuvieron*".

Además, un supervisor debe hacer frente a menos interferencias de parte del sindicato que en el marco de un contrato tradicional. Con el sistema MBS, los estándares de las tareas no están protegidos o controlados por el sindicato. Los supervisores pueden cambiar a su voluntad los estándares o las cargas de trabajo. En una fábrica tradicional, algunas veces los obreros protestan aplicando estrictamente las reglas. Pero cuando todas las reglas son fijadas por el supervisor es imposible "*trabajar según las reglas*".

Conectando estrictamente todas las operaciones, buscando conscientemente eliminar todas las protec-

ciones y todos los amortiguadores y haciendo a todas las partes del sistema reactivas a los cambios, la MBS deviene un sistema muy eficaz para realizar la política de la dirección.

Pero estos puntos fuertes también constituyen su talón de Aquiles. La capacidad del sistema para reaccionar a las decisiones fundamentales de la dirección tiene como consecuencia que un solo error de cálculo más allá de cierto límite pueda hacerlo saltar.

Una buena parte de las nuevas técnicas de dirección contemplan aumentar la productividad haciendo también a los sindicatos potencialmente peligrosos. Si los obreros emprenden colectivamente ciertas acciones, el sistema se vuelve extremadamente vulnerable. *Manufacturing Week* ha podido escribir: "Los sindicatos tienen más poder que antes" (3 de agosto de 1987). La acción de los obreros de un sector puede afectar inmediatamente todo un proceso, río arriba río abajo. La visibilidad explotada por la dirección con el objetivo de mantener la presión se vuelve también el medio para los trabajadores de toda la fábrica de aprender que algo pasa.

La palabra clave es "colectivamente". El sistema puede hacer frente fácilmente a individuos o a pequeños grupos que resisten. Las técnicas de visibilidad, la apropiación del conocimiento obrero, la definición precisa de todas las tareas, la calificación múltiple, el papel del jefe de equipo y el hecho de

que los supervisores trabajan regularmente con los obreros, permiten a la dirección identificar fácilmente y reemplazar a los "causantes de problemas".

Pero supongamos que todos comienzan a presionar el botón de detención de la línea, en el marco de una campaña organizada, para hacer saber a la dirección que las cadencias son muy rápidas o que hay que reemplazar a los ausentes. Ya no se trata de casos aislados de "causantes de problemas", y la dirección ya no puede eludir el problema.

Una disminución de la velocidad de la cadena organizada, un bloqueo o cualquier otra acción que involucre a una minoría importante de un sector puede desorganizar a toda una fábrica. Si los miembros de un equipo son solidarios y se niegan a colaborar con el jefe de equipo designado por la dirección, el equipo puede obligar a la dirección a designar a un jefe escogido por el equipo mismo. Y si el nivel de conciencia sindical es elevado y el sindicato apoya al jefe de equipo, éste y las reuniones del equipo pueden ser utilizados para avanzar las reivindicaciones de los obreros.

Si la acción colectiva da un poder a los obreros tanto en las fábricas tradicionales como en las fábricas MBS, éstas resultan particularmente vulnerables a las acciones obreras de base incluso al seno de sectores limitados. Pero una acción colectiva de este género exige organización, organización que no puede ser

asegurada formal e informalmente más que por los sindicatos.

En las fábricas MBS, la relación entre el sindicato y la dirección debe ser determinada desde el comienzo. La MBS supone una presión sobre los obreros. No puede funcionar mucho tiempo si un sindicato lucha contra tareas tensantes y organiza a sus miembros para desafiar a la dirección en el lugar de trabajo. Para la MBS, hay dos alternativas; bien impedir la sindicalización al principio, bien disponer de un sindicato sumiso que ayude a prevenir toda acción colectiva y que desactive todo sentimiento de solidaridad y todo militarismo en el taller. En este sistema, no hay lugar para un sindicato que represente los intereses de los obreros y que organice activamente a sus miembros para defender sus propios intereses.

La rotación: propaganda y realidad

A pesar de lo que los medios de información dicen, en realidad hay poca rotación en las empresas que aplican el *concepto de equipo*. Por ejemplo, en NUMMI, a pesar de la voluntad proclamada por la dirección en el sentido de que cada trabajador debería, en principio, aprender a cumplir todas las tareas, bajo la presión de las necesidades de la producción muchos controladores y equipos buscan evitar todo empleo del tiempo y todo esfuerzo suplementarios necesarios para realizar la rotación. En varios casos, sólo hay rotación si los miembros

de un equipo ejercen presión en ese sentido. Es difícil, por otra parte, organizar una rotación sin la participación de un grupo de supervisores, salvo en el caso de equipos compuestos específicamente con ese objetivo. En otras empresas que aplican el concepto de *equipo*, hay todavía menos circulación que en NUMMI. Si se les pregunta en qué medida la rotación de tareas es realizada en su taller, habitualmente los responsables sindicales y los obreros responden: "En ninguna".

En lugar de la rotación, la dirección dispone de una flexibilidad en el desplazamiento de obreros de una tarea a otra sin provocar reclamaciones porque se exige a los obreros aprender más de un trabajo o se les paga por esto. Esta flexibilidad comporta para la dirección cierto número de ventajas:

1. Un ausente puede ser fácilmente reemplazado sin preocuparse por las clasificaciones, las calificaciones o la resistencia de los obreros.

2. Es más fácil distribuir los elementos que componen diferentes tareas entre los miembros de un equipo -por ejemplo, cuando la tarea de un equipo es suprimida- si los miembros del mismo ya están formados para cumplir todas las tareas. La rapidez de la línea puede modificarse más fácilmente al tiempo que se mantiene una productividad elevada.

3. Si los obreros conocen todas las tareas que se cumplen a nivel de la empresa, se supone que pueden identificarse con la misma y su pro-

ducto: una vez que los obreros saben cómo se liga todo, se dan cuenta de los problemas de la dirección y están más dispuestos a hacer sugerencias.

4. Desde el momento en que un obrero conoce diferentes tareas, puede jugar un papel de inspector no oficial en lo que concierne al cumplimiento de las mismas. La dirección puede considerar que corresponde a los obreros descubrir las carencias en la ejecución no sólo de su propia función sino, también, de lo que ha sido realizado antes.

5. La flexibilidad de las tareas da a la dirección más posibilidades de oponer un obrero a otro. Hace más difíciles las reclamaciones sobre la atribución de tareas porque hay más gente que, cuando menos de tiempo en tiempo, hace exactamente la misma tarea. Las cargas de trabajo pueden ser aumentadas con toda tranquilidad porque siempre se encontrará alguien dispuesto a aceptarlas.

Al mismo tiempo, la dirección tiene buenas razones para limitar la formación y las operaciones que la organización de la circulación a gran escala exigiría:

1. Los obreros con experiencia prolongada en el cumplimiento de una tarea determinada hacen un trabajo de más alta calidad y son más capaces de hacer frente a circunstancias excepcionales.

2. Los costos de la formación son elevados. Incuso cuando la formación se hace en el taller, siempre debe haber ahí otro obrero, un jefe

de equipo o un controlador que siga el proceso de formación; así pues, una tarea es realizada al costo de dos. También están los costos de los errores cometidos por obreros sin experiencia. Agreguemos los costos de toda formación por fuera del proceso de trabajo. Si cada persona recibe una formación para cinco funciones, los costos son cinco veces más elevados que si cada uno es formado para una sola función. Y si cada uno fuera formado para cumplir todas las tareas de una empresa, los costos de formación serían astronómicos.

3. Para que una formación que permita a los trabajadores cumplir numerosas funciones sea rentable, sus calificaciones deben mantenerse. La habilidad adquirida por la formación o por la experiencia de una tarea particular se pierde en gran medida si el obrero no hace este trabajo durante cierto tiempo. Esto es verdad sobre todo en lo que concierne a las técnicas que se aplican a una tarea particular (*Job specific skills*). Por ejemplo, un estudio sobre la producción en equipo en Alemania señala casos de miembros de un equipo que hacían ciertas operaciones de ajuste de los robots tan raras veces que ya no se sentían capaces de hacerlas y las mismas debieron ser restituidas a obreros calificados para este trabajo.

4. Si el proceso del trabajo se realiza sobre la base de un plan de rotación regular, es más difícil para la dirección utilizar la atribución de tareas como recompensa o como

castigo. Se le vuelve también más difícil relegar a sitios remotos de la empresa a obreros considerados como causantes de problemas.

En conclusión, la dirección quiere que los obreros aprendan varias tareas y acepten atribuciones de trabajo flexibles, de manera que puedan desplazar a la gente o reequilibrar el trabajo. Pero debe imponer límites estrictos al conjunto de los movimientos para mantener la calidad y la productividad y bajar los costos de formación. Como varios investigadores lo han remarcado, cuando la presión sube, la dirección tiende a retroceder en materia de rotación. En la empresa GM Poletown, al principio la dirección pidió a los obreros aprender 20 tareas y realizar una rotación; pero luego, dio por terminada la rotación para resolver problemas de calidad.

Los desplazamientos de obreros bajo la forma de transferencia al seno de las empresas que aplican el *concepto de equipo*, pueden ser todavía más limitados que al seno de las empresas tradicionales. En Mazda, la dirección hizo saber que durante

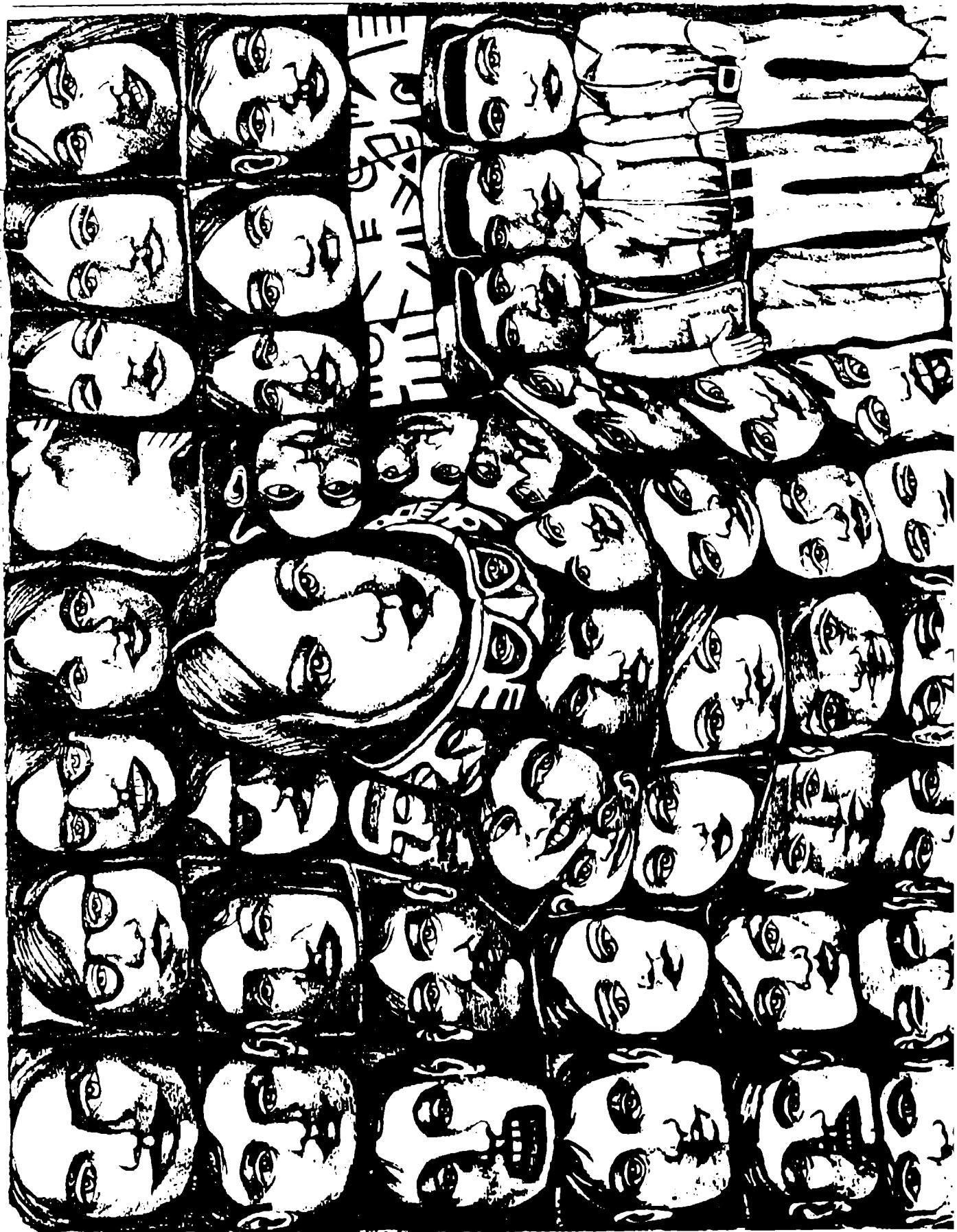
los cinco primeros años hasta el momento en que se alcance una elevada calidad, las transferencias entre departamentos serían limitadas estrictamente. Resultado: la gente que había sido inicialmente colocada, al azar, en los sectores más duros, tiene poca oportunidad de ser transferida a sectores más aceptables, a los que irán los nuevos contratados.

* Este artículo forma parte del libro "Choosing Sides: Unions and the team concept. Labor Notes Book. Boston 1988.

Notas

1. El proyecto para un nuevo vehículo, llamado Saturno, fue adoptado oficialmente en julio de 1985, pero sólo se realizó a partir de finales de 1990. Este proyecto fue presentado, incluso en Europa, como un "modelo" que buscaba asegurar una participación de los trabajadores en la gestión de la empresa. En realidad, como en su momento lo denunciaron sindicalistas norteamericanos de izquierda, contemplaba crear una separación entre trabajadores permanentes y trabajadores llamados "asociados" con contrato temporal, y suprimir la representación sindical en los talleres.

2. El sistema justo a tiempo prevé una reducción extrema de las reservas. Sólo hay que producir lo estrictamente necesario en un momento dado del proceso de trabajo.



mi~~ke~~ davis

LOS ANGELES

la compleja trama del ESTALLIDO

Mike Davis: Lo primero que cabría decir del levantamiento es que incluso las editoriales de *Los Angeles Times* reconocían la relación entre la globalización de la economía de la ciudad, que ha minado las estructuras de empleo del sur de Los Angeles, y la primera revuelta multiétnica moderna.

Creo que había tres diferentes procesos sociales que conducían a la revuelta y que se entrecruzaron y dieron lugar al complejo tejido de este estallido.

En primer lugar, estaba el asunto de Rodney King como punto de acumulación de los agravios de los jóvenes de la calle, que sólo han conocido un régimen de brutalidad policial, sobre todo desde los barrios masivos de lo que se conoció como *Operación Hammer*: este régimen ha criminalizado a la juventud negra de clase media tanto como a los jóvenes de la calle. Rodney King es el vínculo en la conciencia de millones de personas entre las condiciones de Los Angeles y la crisis que sufren los afro-americanos en

todo Estados Unidos y Canadá. Esta crisis se centra, como lo ha hecho históricamente, en el significado de la ciudadanía negra, dado que sus demandas democráticas más corrientes no son atendidas ni solucionadas por la sociedad blanca. La crisis tiene esta clase de contenido revolucionario y democrático.

En segundo lugar, aunque el estallido saltó contra la policía y contra los blancos, el grueso de la destrucción, por lo menos en lo que respecta a las propiedades y a algunas de las muertes provocadas por la revuelta, iba dirigida contra la comunidad coreana. Éste es el eslabón intermedio entre la gente del gueto, negros y mexicanos, y el gran capital.

El nombre que más pronunciaba la gente durante la revuelta era el de Latisha Harlins, una muchacha negra de 15 años que murió el pasado marzo a manos de un tendero coreano por una disputa sobre una botella de naranjada de 1,79 dólares.

El tendero fue declarado culpable, pero se le puso en libertad con

una multa de 500 dólares y unos meses de trabajo gratis para la comunidad. Esta sentencia es mucho más ligera que la que reciben los *homeless* (literalmente, sin hogar) por haber violado el toque de queda - que deben pasar diez días en la cárcel- o la que recibe alguien por haber saqueado unas semillas de girasol, que puede ser condenado a dos años de cárcel.

Al contrario de los propietarios judíos, a los que están sustituyendo, los coreanos no emplean a jóvenes negros. El resultado ha sido una especie de colapso catastrófico de las relaciones de las comunidades negra y coreana: alrededor de unos dos mil establecimientos coreanos fueron saqueados o destruidos.

Un tercer aspecto, que es obvio para cualquiera que viera las imágenes, pero del que los comentaristas de noticias no se percataron hasta el último momento, es que, desde el principio, el saqueo se convirtió en una versión posmoderna de las tradicionales revueltas del pan, un levantamiento de los pobres. En muchos lugares, el buen humor era generalizado, era casi un carnaval.

La gente, en algún caso, saqueaba artículos de lujo, pero en la mayoría de los casos se saqueaban productos para las necesidades básicas. Y para entender esto, en lo que estuvieron implicados tantos emigrantes salvadoreños y mexicanos como afro-americanos, hace falta tener en cuenta el impacto de dos años de recesión en Los Angeles, que ha

hecho mella sobre todo entre las filas de los nuevos emigrantes.

El desempleo se ha triplicado. La gente es *homeless* o se apiña en casas que dan cobijo a varias familias. Es una auténtica crisis de existencia, probablemente la peor emergencia social del condado de Los Angeles desde la depresión.

En gran medida, los medios de comunicación y los líderes políticos se han negado a hablar del carácter de la crisis, sobre todo porque estos migrantes mexicanos y salvadoreños -que representan a las víctimas de la crisis mucho más que los despedidos de la industria aeronáutica- no tienen ningún poder político. De hecho, la mayoría ni vota.

Lo que hemos visto es la pauperización traducida en saqueo.

S. R: ¿Qué puedes decirnos del alto el fuego establecido entre las dos principales pandillas negras, los Crips y los Bloods?

M. D.: El asunto fue muy complejo, aunque tiene algo que yo creo que es muy positivo y de enorme importancia, el cese de la guerra entre pandillas. Lo que mucha gente hubiera pensado que era imposible se ha dado y está envuelto en un proceso de discusión política y movilización, que está dando lugar treguas permanentes a niveles locales en Igglewood y Waats, y progresivamente extendiéndose por toda la ciudad.

Muchas pandillas están empezando a hablar de no sólo Crips y

Bloods, sino Crips, Bloods y mejicanos. Se puede notar una enorme reafirmación, independientemente de lo que dure la tregua, de una identidad de luchadores negros por la libertad, de ser un movimiento negro de liberación nacional. Desde luego, su horizonte ideológico es Farrakhan y su Nación de Islam (*) Farrakhan es la única figura política nacional sobre la que oído hablar a los numerosos chicos de las pandillas con los que he charlado.

En Inglewood, bajo los auspicios de la mezquita local, todas las pandillas locales, Crips y Bloods, hablaron ante los medios de comunicación locales. No estaban hablando a los medios de comunicación, sino usando estos medios blancos para transmitir su rabia y dolor ante el hecho de que nadie entre los líderes de más edad había reconocido que la revuelta había sido una rebelión. Decían: *"Esto es una rebelión de esclavos, igual que las otras rebeliones de esclavos de la Historia: estamos orgullosos de lo que hemos hecho"*.

El objetivo estratégico central de la rebelión no era sólo hacer llegar a la estructura de poder blanca las voces de los jóvenes negros criminalizados, sino hacerlas llegar a los líderes negros.

S. R.: ¿Puede explicar más cómo la rebelión forjó la unidad entre negros y latinos?

M. D.: Los negros, en el condado de Los Angeles, están en el proceso

de pasar de ser la minoría más numerosa a ser la tercera más numerosa. Con el tiempo, en toda California, los latinos serán el grupo más importante, aun sin llegar a ser mayoría. Los negros, que tradicionalmente han sido el segundo grupo por población en todo el Estado, se encontrarán en cuarta posición: primero los latinos, luego los anglos, luego los asiáticos y por último los negros.

La comunidad negra está agarrotada por la sensación de declive de las ganancias políticas y sociales tan costosamente conseguidas en la pasada generación. La comunidad latina está por detrás de todas las demás en cuanto a representación política y nivel de empleo en relación con su número. Ha habido fricciones entre negros y latinos y ha habido numerosas peleas y revueltas entre negros y latinos, sobre todo en las prisiones.

Al principio del levantamiento, algunos latinos fueron atacados y apaleados brutalmente. Pero lo más importante, sobre todo en el este del gueto, que es una zona de mezcla racial donde cada chaval latino tiene un amigo negro y viceversa, es que el pillaje fue totalmente birracial.

Hay una amplia conexión entre la cultura juvenil negra y latina. Kid Frost, el más importante *raper* latino, se identificó totalmente con la rebelión. Un famoso grupo local de *raperos* samoanos ha dicho que la rebelión está bien, pero que no debería haber tenido como objetivo las

tiendas coreanas, sino los ricos de Beverly Hills.

Los líderes latinos no dijeron esta boca es mía durante la rebelión. Ahora que la participación de los latinos es algo reconocido y muy comentado, los republicanos están empezando a hablar de deportaciones y la política de regularización de la inmigración se ha puesto al rojo vivo.

Algunos líderes mexicanos han aceptado que *"esto ha sido una revuelta latina también, la gente lo hizo porque tenía hambre"*. Otros de derechas han intentado echarle la culpa a los centroamericanos: no eran emigrantes mexicanos, y sobre todo, no eran chicanos, sino esos desclásados de emigrantes salvadoreños.

Hay casi una imaginería racista contra los salvadoreños: el grupo más deprimido y carente de poder de toda la ciudad es la comunidad centroamericana.

S. R.: ¿Y sobre la comunidad coreana?

• M. D.: Algunos líderes negros creen que todo esto (la quema y destrucción de los negocios coreanos) tendrá una consecuencia positiva: que los arrasados negocios coreanos podrán convertirse en negocios negros, que puede ser que los empresarios negros reemplacen en la comunidad a los empresarios asiáticos.

En la comunidad coreana hay elementos ferozmente de derechas. Hay antiguos miembros de la CIA

coreana, tipos que recorrían las calles con los AK 47 y disparaban a la multitud, pero esta comunidad tiene también un ala muy democrática y progresista.

La comunidad coreana se encuentra atrapada en el medio y tiene que hacer frente a toda la rabia generada no sólo por el racismo, sino también por la desindustrialización y el nuevo peonaje industrial del sur de Los Angeles. Es la *comunidad bocadillo* entre eso y el centro de la ciudad, que no se vió afectado en absoluto, donde se asienta el capital de la cuenca del Pacífico.

S. R.: ¿Cuál será el impacto de la rebelión en el resto del país?

M. D.: Creo que espolea la revuelta. Creo que incita a la gente a la rebelión, que agudiza el sentido de injusticia. Enfrenta a la gente con la imagen de los negros o los marrones, unidos por el odio racial y de clase.

En Los Angeles, la principal contradicción de la rebelión fue el ataque a la comunidad coreana. Se podrían justificar ataques a tenderos especialmente racistas, pero detrás del ataque generalizado hay una lógica, una lógica al estilo Farrakhan, que creo que cualquier persona socialista o progresista encontraría inaceptable.

Toda rebelión no organizada tiene elementos negativos y contradictorios. Pero lo principal es que ha sido muy positiva: toda una generación se ha dado cuenta que

puede responder luchando. Aunque tendrá que entender que (las autoridades) van a aprender a ser más efectivas y rápidas en la respuesta.

* Publicado en Socialist Review, Gran Bretaña, en español en Página Abierta Nº 15, Madrid, julio 1992.

** Periodista de Los Angeles, publicó el estudio sobre la ciudad: "City of quarz".

(*) La nación del Islam es una secta musulmana no ortodoxa negra que se ha desarrollado en los Estados Unidos en los guetos, desde los años cincuenta, defendiendo un desarrollo separado y autosostenido de la comunidad negra frente al mito norteamericano de la integración racial.

realidad económica



hipólito yrigoyen 1116 piso 4 1086 buenos aires

LA CULTURA ES LA CORNISA

Siete años recorriéndole las curvas al país, descubriendo sus zonas ocultas y paladeando sus regiones erógenas. Experimentando estilos y velocidades sin caerse al abismo. Siete años salteando semáforos. Inventando rutas. Saliendo a contramano emocionando al público.

**MEDIOS / VIDA COTIDIANA / PROVOCACIONES / TERRITORIOS /
EXPLORACIONES / POLÍTICA / MARGINALES / POSMODERNOS /
PSICOBOLCHES / SENTIMIENTOS / ILUSIONES / SUFRIMIENTOS**

Revista Mensual

EL PORTENO

COOPERATIVA

Rutas argentinas hasta el fin

CUBA han batido mal la clara

¿ Se acerca la opción cero?
¿Cómo se llegó a "esto"? El IV Congreso del Partido Comunista Cubano (PCC) no dio respuesta a esta pregunta. El mismo Fidel Castro lo hizo de una manera incidental: "... *en nuestro país estamos librando una batalla dura, difícil frente a la situación en que nos han dejado —no voy a decir en que hemos quedado, porque no somos nosotros los culpables de todas estas cosas que han pasado— con toda esta gracia que nos han hecho nuestros amigos del llamado campo socialista, es que ya ni se puede llamar campo socialista: con el derrumbamiento del campo socialista. Pero a mí no me gusta mucho llamar a eso derrumbamiento, porque me parece que las cosas que se derrumban son las cosas sólidas (...) por eso, en vez de emplear la palabra derrumbamiento, empleo la palabra desmerengamiento. (...) pero pienso también que es un desmerengamiento coyuntural, han batido mal la clara*"¹.

La ambigüedad de la metáfora no es menos reveladora: ¿de qué desmerengamiento se trata? ¿Era ne-

cesario ser más "duro"? La explicación es un poco limitada. En realidad, Fidel Castro paga hoy en día su ceguera frente al antiguo y pretendido campo socialista.

Cierto, Cuba no es responsable de lo que pasó en los países del Este y no había —no hay— vía autónoma para un pequeño país dependiente del Tercer Mundo cuyo desarrollo ha sido trabado y deformado durante décadas y cuya economía es tributaria en tres cuartas partes de la venta de azúcar. Pero un análisis serio de las tensiones sociales y políticas de los países del Este Europeo hubiera permitido contemplar los riesgos a los que se estaba expuesto, no contar con la estabilidad inquebrantable de los intercambios, tan inquebrantable como la fidelidad del "campo socialista", y, en consecuencia, poner en marcha cierta diversificación de la producción y del comercio para reducir, incluso de manera limitada, la dependencia, así sólo fuera en relación a ciertos productos alimenticios importados. Por no haberlas em-

prendido antes, estas medidas se aplican hoy en día en medio de una situación de catástrofe.

No se trata de imaginar soluciones milagro a *posteriori*. Cuba sirvió de reserva azucarera al conjunto del Consejo de Ayuda Económica Mutual (CAEM) —sobre todo si se considera que el costo de la producción de azúcar de remolacha es más alto que el de la de azúcar de caña— y obtuvo a cambio substanciales cantidades de petróleo a un precio ventajoso. La dramáticas consecuencias del cese de las entregas de petróleo soviético en diciembre de 1991² y las incertidumbres³ que pesan sobre 1992, a pesar del acuerdo anunciado con la Federación Rusa, son la prueba al respecto.

Pero la extensión de la superficie consagrada a la caña de azúcar hubiera podido ser limitada parcialmente para permitir una producción agrícola diversificada que asegurara una mayor autosuficiencia alimentaria⁴. La prioridad dada hoy en día al plan alimentario va exactamente en ese sentido. Pero como lo señala Aurelio Alonso, subdirector del Centro de Estudios sobre América⁴ de Cuba, el plan hubiera podido aplicarse antes para disminuir la dependencia frente a los productos importados. Los cubanos más lúcidos se preguntan por qué se necesitaron 32 años para hacer lo que se hace hoy en día, en plena crisis.

Ni Castro ni el IV Congreso dieron una respuesta a esta cuestión. Con

todo, para saber cuándo y por qué “las claras” de octubre de 1917 se batieron mal lo que habría que hacer es realizar un balance del estalinismo, balance que no se ha hecho.

El “Partido de la nación”

El Congreso del PCC adoptó seis resoluciones y eligió una dirección cuya composición ha sido profundamente renovada. De las seis resoluciones, tres tienen que ver con el partido en tanto que tal, y hacen referencia a los estatutos, el programa y los poderes excepcionales acordados al Comité Central. Las otras tres tienen que ver con la orientación económica, el funcionamiento de los Organos de Poder Popular (OPP) y la política exterior.

El congreso ratificó la existencia del partido único, a partir de ahora definido como “*Partido de la nación cubano, martiano (de José Martí), marxista y leninista*”. Para superar la contradicción existente entre los dos conceptos —el partido de la nación entera difícilmente puede ser compatible con el partido único— se hicieron dos modificaciones a los anteriores estatutos. Uno, de poco alcance, hace referencia a la adhesión, a partir de ahora aceptada, de los creyentes; la otra, más importante, cambia la concepción monolítica anterior afirmando la necesidad de conciliar “*la disciplina consciente con la más amplia democracia interna*”, auspiciando “*el respeto a la pluralidad de puntos de vista en su seno*” y aceptando que puedan mantenerse y defenderse las opiniones minori-

tarias. Este suavizamiento de las reglas no va acompañado, con todo, de derechos de organización.

El único pluralismo organizado involucra a los practicantes de todo tipo de creencias en nombre de "el proyecto de unidad nacional de la Revolución". Tratándose de la santería, las prácticas religiosas afro-cubanas, su carácter no institucional no puede provocar conflictos; otro es el caso de la religión católica, cuya jerarquía mucho tiempo desacreditada ha dado un giro y goza de cierta autonomía gracias a sus lazos internacionales con el Vaticano. Pero el número de católicos es todavía minoritario frente a los adeptos a la santería y a las iglesias evangélicas.

La discusión sobre los estatutos permitió abordar algunos temas sensibles: la "ejemplaridad" de los militantes y la política de cuadros.

La "ejemplaridad" de los cuadros es un tema recurrente en las discusiones. Es evidente que los privilegios —así sean restringidos— son mal aceptados por la población, tomando en cuenta lo difícil de la situación actual. Numerosas intervenciones insistieron en el hecho de que el papel dirigente correspondiente al partido no era compatible con las prebendas personales y, al respecto, algunos hijos de dirigentes resultaron cuestionados. En cuanto a la política de cuadros, es fuente de numerosas tensiones: las mutaciones inexplicadas, las promociones arbitrarias y las destituciones brutales forman parte de los métodos burocráticos inherentes a

todo partido único y monolítico que comienzan, por primera vez, a ser tímidamente criticados a la luz de los acontecimientos ocurridos en el Este —el personaje del burócrata que se encuentra "en plan piyama", es decir, en desgracia, es ya un clásico de las obras literarias o cinematográficas.

De igual forma, se comienza a aplicar la necesaria separación entre los organismos administrativos y estatales, por una parte, y las organizaciones políticas y de masas, por otra.

De manera implícita y muy timorata, la discusión dio comienzo al balance del funcionamiento del PCC desde su primer congreso, en 1975, bajo el signo del alineamiento institucional a la URSS. La redacción de los estatutos que deberán ser elaborados por el nuevo Comité Central en el plazo de un año, permitirá evaluar los cuestionamientos a los malos funcionamientos "copiados" del "partido-hermano" de la URSS.

Los cuadros más conscientes de la dirección sienten la necesidad de cambios más radicales, pero se enfrentan a los intereses sociales y políticos de poderosos sectores del aparato.

Tomando en cuenta la gravedad de la situación del país, es ilusorio pensar que a corto plazo puedan ocurrir grandes reformas. Es esto lo que explica que el congreso haya mandatado al Comité Central a decidir sobre los cambios a poner en marcha ulteriormente.

Poderes excepcionales...

La medida más espectacular tiene que ver con los plenos poderes acordados a la dirección, sancionados por una resolución específica que da "al Comité Central facultades excepcionales, para que en correspondencia con las situaciones que pueda enfrentar el país, adopte, las decisiones políticas y económicas que correspondan, en unos casos, y promueva en otros las legislaciones y acciones estatales que sean necesarias, a fin de hacer cumplir el objetivo supremo de salvar a la patria, la Revolución y el socialismo.)

Esta resolución es inmediatamente aplicable y modifica las competencias de la conferencia nacional del PCC, instancia que puede ser convocada entre uno y otro congreso "para tratar asuntos importantes de la política del partido". Y ahora bien, de ahora en adelante, esta conferencia "estará facultada para realizar cambios en la composición del Comité Central, tanto incorporando nuevos miembros al organismo como separando o liberando de este a quienes considere conveniente. El número de participantes, las formas de elección de estos y las normas para la preparación y desarrollo de la Conferencia Nacional, las establece el Comité Central" ⁵.

Estas disposiciones son mucho más importantes porque la dirección del partido fue renovada en más de 50% a raíz del congreso. Es difícil evaluar exactamente su significado real en la medida en que los debates y las divergencias internas de la dirección se mantienen en secreto. Una cosa es cierta: dada la grave-

dad de la crisis que atraviesa el país, el Comité Central tiene plenos poderes; si el uso que de ellos se hace no resulta satisfactorio —¿pero quién podrá decidir si no es el propio Fidel Castro?—, su composición podrá ser modificada, incluso al margen de la realización de un congreso.

Los cambios introducidos en el terreno organizativo contrastan con la pobreza de la resolución sobre el programa presentada por Roberto Robaina (secretario de las Juventudes Comunistas y nuevo miembro del Buró Político). El Comité Central está mandatado para redactar el futuro programa; el texto aprobado no tiene, pues, más que un interés limitado. El mismo deja atrás el texto adoptado en 1986, durante el III Congreso, porque "en lo que concierne a la transición al socialismo en las condiciones concretas de Cuba, el programa no se corresponde cabalmente con los conceptos desarrollados en el proceso de rectificación de errores y tendencia negativas, a partir del 19 de abril de 1986." El señalamiento es bastante sorprendente en la medida en que el anuncio del proceso de rectificación había sido hecho —a la manera castrista— fuera del congreso, para ser ratificada durante la segunda sesión del III Congreso.

Entre las críticas sibilinas hechas al programa anterior, la más importante tiene que ver con "el peligro estratégico (que representaría) para la revolución (...) la concepción y aplicación de los mecanismos económicos (...) (de) ideas economicistas y tec-

nocráticas (que determinaban que) el trabajo político y la acción de la vanguardia revolucionaria quedaban reducidos a meros formalismos” ⁶. En otras palabras, el papel del partido era minimizado.

La resolución reitera su condena al sistema de dirección económica, implantado a partir de 1976, porque “*entrañaba una excesiva apelación a los ingresos personales y al dinero*”. Sin embargo, estos “*mecanismos capitalistas*” condenados por Fidel Castro son reintroducidos hoy en día gracias a la nueva política económica. Pero se da crédito a la rectificación por “*la ruptura con las prácticas mediocres de planificación burocrática, dispersión irracional de los recursos, (...) el gigantismo de los proyectos, el despilfarro en el consumo material (...) la mentalidad importadora*” y se imputa al anterior sistema de dirección económica el retraso en la construcción de viviendas y guarderías y la subestimación del trabajo voluntario, que serían típicos de una concepción tecnocrática. Aun así, todavía no se ha hecho ningún balance del proceso de rectificación.

Todas estas ambigüedades hacen de la resolución un verdadero popurrí de recetas contradictorias y coyunturales. Una de las apuestas de los debates de orientación económica toca, en realidad, la repartición de las prerrogativas entre el partido y los administradores (los “tecnócratas”), que reclaman menos injerencia del aparato y del primer secretario y más poderes. Derrotados durante el III Congreso, los

partidarios de las reformas ven esta vez reconocidas sus competencias gracias a la adopción de la nueva orientación económica que Fidel Castro no ha debido aceptar con agrado en la medida en que es contraria a sus tradiciones.

Es verdad que, precaución de última hora, las cuatro últimas líneas de la resolución sobre el programa recuerdan la voluntad del pueblo “*de ser implacable con los que capitulen y traicionen*” (...) *de hacer desistir (al enemigo) de su pretensión de restablecer el capitalismo en Cuba*”.

¿Una NEP cubana?

En efecto, es en el terreno económico en el que las definiciones adoptadas por el congreso son las más claras: la nueva política económica, impuesta por las circunstancias internacionales y por el deterioro interno que de ello resulta, rompe sin decirlo con las premisas del proceso de rectificación adoptado por el anterior congreso. El desarrollo de empresas mixtas, la privatización aceptada de las actividades artesanales con la notable excepción de los mercados libres campesinos, el llamado a los capitales extranjeros para la puesta en marcha de fábricas paralizadas por la falta de materias primas o de combustible y los acuerdos de comercialización deberán permitir llenar poco a poco el inmenso vacío dejado por el desfondamiento de los intercambios con el CAEM, reorientar el comercio exterior y reorganizar un país que se encuentra

confrontado a un dilema similar al de los años sesenta: ¿cómo reconvertir una economía brutalmente privada de sus fuentes energéticas? ¿Bajo qué condiciones puede sobrevivir el país —en este nuevo orden mundial?

Ahora bien, esta cuestión no es sólo una cuestión económica sino, además, una cuestión social y política. Suponiendo que la nueva política económica alcance cierto éxito —en otra palabra, suponiendo que las inversiones latinoamericanas (cuyo estatuto es privilegiado) o europeas se desarrollen realmente—, esto no hará más que incrementar las diferenciaciones sociales y las desigualdades: el desarrollo del turismo ya suscita un tráfico de divisas y el mercado negro. Como lo señala Aurelio Alonso: "En Cuba existe un mercado enorme que nosotros llamamos 'informal', hay una cantidad significativa de circulante informal caminando. No es sólo el mercado negro de divisas, sino que se comercia con todo lo que escasea; así se crea acaparamiento con los productos regulados o limitados (...). El grueso de los productos de importación que se ven circulando por las calles no es comprado con divisas, sino revendido en pesos cubanos luego de ser adquirido en alguna tienda diplomática o turística. Sin embargo, este mercado con divisas se inserta en el informal que es mucho más grande"?

¿Cómo una población habituada a una tradición muy igualitaria va a aprehender una situación de esta naturaleza, que genera importantes

tensiones sociales? • ¿Cómo van a resolverse los inevitables antagonismos?

La orientación económica resultó muy controvertida durante el congreso. Las discusiones y las opciones políticas tocan al funcionamiento y, sobre todo, a los poderes de los OPP. Su articulación con el PCC y la independencia de las organizaciones de masas están en el centro de los debates.

En cuanto a las decisiones tomadas sobre las modalidades de elección de los diputados a la Asamblea Nacional Popular, en principio deberán concretarse en el curso de 1992. Las mismas implican cambios constitucionales que deberán ser decididos por la Asamblea Nacional. Pero esta última, que acaba de reunirse en diciembre de 1991, todavía no ha adoptado nada. Las dificultades, son en efecto, considerables. Por no haber elaborado en las mejores condiciones, y cuando todavía estaba a tiempo, las modalidades electorales pluralistas en el marco de los OPP y apoyándose en las organizaciones de masas, la dirección castrista se ve llevada hoy en día, bajo las peores condiciones, a tomar reformas cuya lógica parlamentaria puede ser, ante la falta de un poder popular real, el medio para que el imperialismo apriete el "nudo corredizo democrático" a la manera nicaragüense.

¿Elecciones en 1992?

Cierto, las elecciones directas de diputados previstas para finales de

1992 a la Asamblea Nacional deberán tener lugar en el marco del partido único. ¿Pero cuál será la actitud del gobierno frente a las seguras candidaturas de los disidentes que está —tal vez— dispuesta a tolerar localmente pero, con toda seguridad no nacionalmente? Y, ahora bien, esta es la exigencia fundamental de Washington, de los gobiernos latinoamericanos y de Madrid, cuyos objetivos frente a Cuba coinciden⁸ y quienes esperan sacar provecho de la crisis actual para imponer por desgaste el fin del castrismo y de la revolución.

Los grupos de Miami ya intensifican sus actividades gracias a la creciente ayuda aportada por Estados Unidos. Tampoco se excluye que sectores de la inmigración se lancen a provocaciones armadas⁹, porque el bloqueo económico y las provocaciones son instrumentos complementarios.

La dirección del país ha respondido a esta situación con la represión, condenando a dos años de prisión a la responsable de un grupo de disidentes por distribución de volantes y organización clandestina. Resulta claro entender que Cuba, virtualmente en guerra, aislada y amenazada, organice su defensa. Pero eso no justifica la represión por delito de opinión, que hay que diferenciar de los actos de sabotaje. La revolución es agredida desde el exterior, pero también puede morir por asfixia burocrática desde el interior.

Es necesario “estar unidos como una

sola familia, siguiendo una sola línea, una sola bandera, un camino claro para todos”, dijo Fidel Castro el 26 de noviembre de 1991. Pero a partir de ahora la cohesión y la unidad del país necesitan algo más que el voluntarismo o las tentativas de desburocratizar a la burocracia, cuyo proceso de rectificación fue el último avatar.

La defensa de la revolución supone que el pueblo tenga la posibilidad de debatir y de zanjar cuestiones tan importantes como los mercados campesinos, la escasez de mano de obra en la agricultura, la naturaleza de la información y de los órganos de prensa, la designación de los candidatos a los puestos de responsabilidad, el funcionamiento de los OPP, las modalidades de elección de la Asamblea Nacional, etc.

La necesidad de llevar a cabo tales debates se ve confirmada por las declaraciones de un viejo sociólogo cubano que dijo: “*Hay una cosa que a mí me parece muy relevante y es que ya todos nosotros somos expertos en socialismo. Llevamos 30 años de socialismo cubano y todos sabemos lo que funcionó y lo que no funcionó y por eso todos tenemos opiniones sustantivas que expresar. Con esta crisis existe una gran controversia al interior de la revolución. Porque la inmensa mayoría del pueblo se ubica al interior de la revolución y al interior de la opción socialista. ¡pero de ahí pa'lante todo debe ser sana discusión!*”¹⁰.

Democratizar las instituciones políticas e impulsar el control po-

pular en este periodo tan difícil son condiciones decisivas para la supervivencia de la revolución. La rectificación está muerta bajo el peso de sus contradicciones y bajo los efectos de la crisis. En tanto que tentativa de lucha antiburocrática desde arriba, ha caído prisionera de sus ambigüedades. Es necesario sacar las lecciones de ello.

Tal vez es en el terreno cultural en que el símbolo de este fracaso resulte más claro. Daniel Díaz Torres, militante del PCC, es el autor de una película titulada *Alicia en el país de las maravillas*, que como él mismo lo dice, "nació del proceso de rectificación, se hizo dentro de la revolución, por la revolución y con la revolución". La película denuncia los daños de la burocracia y de la doble moral¹¹. con todo, rara vez una obra había desencadenado tantas polémicas violentas, provocando una crisis abierta entre el instituto de Cine y el partido, que apenas comienza a reabsorberse, lo que prueba que, como lo dice Díaz Torres, "las cuestiones planteadas por el proce-

so de rectificación no están resueltas"¹².

Es claro, pues, que si siguen sin respuesta, las "claras" terminarán por desmerengar la situación.

10 de enero de 1992

* Publicado en Inprecor. AL. Nº 19. Febrero 1992.

notas

1. Discurso de Fidel Castro del 9 de noviembre de 1991. *Gramma Internacional*, 24 de noviembre de 1991.

2. Ver el artículo de Janette Habel en *Le Monde Diplomatique* de enero de 1991.

3. Ver Denise Douzant - Rosenfeld, *Problèmes d'Amérique latine*, segundo trimestre de 1991, La Documentation française.

4. Ver Aurelio Alonso, ALAI, septiembre de 1991.

5. *Este es el congreso más democrático*, p. 13 Editora Política. La Habana, 1991.

6. Ibídem, p. 38.

7. Aurelio Alonso, op. cit.

8. Sergio Berrocal, AFP, Madrid, 27 de noviembre de 1991.

9. Este artículo fue escrito antes del descubrimiento del desembarco de Betancourt, que confirma este pronóstico.

10. *Envío*, diciembre de 1991.

11. Ver *L'Humanité*, 27 de diciembre de 1991. Al final del cuarto día, se interrumpió la proyección de la película.

12. Ibídem.

LAS TENSIONES Y LAS CRISIS EN EL MARXISMO

Proverbio del Infierno.

El progreso traza los caminos rectos. Pero las sendas tortuosas, sin progreso, son los caminos del genio.

William Blake

1. El origen de las tensiones y la raíz de las crisis en el marxismo están ya contenidos en la tesis 11 sobre Feuerbach: "Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*". Se presenta aquí, entera, la conocida contradicción entre el teórico y el político en la cual el pensamiento de Marx vivió y creció, pero que trituró a otros pensamientos, otras personalidades, otros caracteres humanos para quienes la contradicción no es alimento sino muerte.

2. El marxismo quiere ser una teoría de la dominación, de la alienación, de la explotación, de la revolución y de la liberación. El foco de la investigación y la reflexión de su pensamiento sobre la sociedad se ubica en la relación de dominación/sub-

ordinación (social) o en la relación de soberanía/dependencia (política) o en la relación de producción/explotación (económica). Todas ellas, empero, pueden subsumirse bajo el enunciado más general de la primera, velada a su vez por las imágenes y las visiones de las ideologías dominantes.

Ese foco está ubicado así en relaciones de contradicción y antagonismo parcial o totalmente enmascaradas en la vida social. Pero, contradicción fundante de la propia teoría, ese pensamiento no es neutral. En la medida en que se postula como pensamiento *activo*, toma partido, por amor de justicia, por uno de los polos en cada contradicción, y ese es el polo inferior o subordinado. También lo hace, en los términos de la propia teoría, por amor de verdad, pues ése es el polo desenmascarante de la contradicción oculta, aquel cuya actividad social la hará revelarse, el portador de la exigencia de transformación que funda la existencia misma del marxismo.

El marxismo no sólo indaga la contradicción sino que pretende hacerla estallar. De la objetividad del investigador pasa a la subjetividad del actor, no al modo del científico que a partir de las leyes de movimiento de la materia interviene en sus procesos de transformación, sino al modo del participante que a partir de las leyes de movimiento de la sociedad -su sociedad- interviene a favor de lo que en esas transformaciones conviene a una de sus partes. Salto mortal o salto vital, como ustedes quieran. El marxismo, en cuanto teoría que se propone formular leyes generales, pasa sin embargo por encima de la necesaria neutralidad del científico con respecto a su objeto de estudio.

Para unos, esto equivale a la abdicación de sus pretensiones teóricas. Para otros, entre los cuales me incluyo, esa contradicción es la condición misma de su existencia como teoría capaz de aprehender, generalizar y explicar las leyes de movimiento de la realidad social.

Quienes así pensamos, creemos que la fuerza teórica del marxismo -es decir, la permanencia de su capacidad- depende precisamente de que viva en esa contradicción, que si se rompe por cualquiera de sus polos -en palabras simples, por el teoricismo o por el practicismo- lo desintegra como unidad de pensamiento.

Esta es la tensión contenida en la expresión "filosofía de la praxis", y si esta tensión se amortigua o cesa,

muere con ella el pensamiento que le encarna, dejando sólo su cadáver embalsamado como el de Lenin en la Plaza Roja de Moscú.

3. En los *Grundrisse* escribe Marx:

Las relaciones de dependencia personal (al comienzo sobre una base del todo natural) son las primeras formas sociales en las que la productividad humana se desarrolla solamente en un ámbito restringido y en lugares aislados.

La independencia personal fundada en la dependencia respecto a las cosas es la segunda forma importante en que la que llega a constituirse un sistema de metabolismo social general, un sistema de relaciones universales, de necesidades universales y de capacidades universales.

La libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social, constituye el tercer estadio. El segundo crea las condiciones del tercero.

Tanto las condiciones patriarcales como las antiguas (y también feudales) se disgregan en el desarrollo del lujo, del dinero del valor de cambio, en la misma medida en que a la par va creciendo la sociedad moderna. (Karl Marx, *Elementos fundamentales...*, Siglo XXI Editores, México, 1971, t.1, p.85).

Y en otro pasaje de los *Grundrisse*, en el "Capítulo del dinero", Marx apunta:

Si la sociedad tal cual es no contuviera, ocultas, las condiciones materiales de producción y de circulación para una sociedad sin clases, todas las tentativas de hacerla estallar serían otras tantas quijotadas.

Aquí Marx, "abuelo instantáneo de los dinamiteros" (como de Quevedo diría César Vallejo) que quiere hacer estallar la sociedad tal cual es (o filósofo de la praxis, para ponerlo en otros términos), vuelve a aludir a *las condiciones* que permiten el tránsito del segundo estadio de formas sociales (la independencia personal fundada en la dependencia con respecto a las cosas) al tercer estadio (la libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos). "El segundo estadio -dice- crea las condiciones del tercero".

¿Cuáles son estas condiciones creadas por ese segundo estadio, la moderna sociedad capitalista "tal cual es", el reino sin confines del valor del cambio, aunque las mantenga ocultas en su seno? Ellas nos permitirán comprender por qué, en las tesis marxistas, el tercer estadio es posible, pero no inevitable. Y por qué, entonces, la coherencia del carácter activo de esas tesis con su propia sustancia como tales.

4. La *primera condición* es la disgregación de las viejas relaciones de dependencia personal (consanguinidad, fidelidad, lealtad, clientela, amistad, compadrazgo, las que se quiera) por "el desarrollo del lujo, del dinero, del valor de cambio".

La *segunda condición* es el crecimiento de "la sociedad moderna", la sociedad fundada en las leyes del intercambio mercantil y de la apropiación capitalista, aquella que termina de separar a los productores

de sus medios de producción y transforma al trabajo manual e intelectual en trabajo *asalariado* y en trabajo *alienado*, estableciendo un metabolismo social cuyo mediador general es el dinero.

La *tercera condición* es que estos modernos trabajadores asalariados constituyen una clase de productores libre que trabajan en cooperación bajo el comando de los propietarios (o de los detentadores) de los medios de producción sociales.

Esta clase social moderna, que no puede existir sin que se cumpla la primera y la segunda condición que a la vez que la engendran la despojan de todo, es la depositaria, la portadora y la encarnación de una relación social *nueva*, la relación de *cooperación* en el trabajo entre productores libres de todo lazo de dependencia personal.

Esta relación, que bajo la forma de disciplina laboral y pensamiento colectivo requiere siglos para crecer y afirmarse -para hacerse rutina, necesidad y hasta naturaleza- bajo el mando despótico del capital en las condiciones de la sociedad capitalista, es sin embargo la *relación fundante* de la nueva sociedad de los productores libres y asociados.

Allí, y no en su explotación, su alienación, su pobreza o Dios sepa qué, reside el carácter de sujeto focal (no único) de la transformación revolucionaria de la sociedad moderna que Marx encuentra en la clase de los modernos trabajadores asalariados. Ellos son los protagonistas, el sujeto, los portadores de la

relación de cooperación y de solidaridad, del mismo modo como en la sociedad de las relaciones de dependencia personal (el feudalismo, entre otras) otros sujetos sociales, independientemente de su conciencia individual o colectiva en cada época y lugar, eran los portadores y protagonistas de las relaciones fundantes de la nueva sociedad (la capitalista), cuyas "condiciones materiales de producción y circulación" ya estaban contenidas, "ocultas", en "la sociedad tal cual era" (la sociedad feudal, en el caso).

No está, a mi juicio, la raíz de las crisis del marxismo en esta tan mal planteada y mal tratada cuestión del sujeto de la historia o del sujeto de la revolución, que Marx a mi conocimiento nunca formuló en términos tan simplistas. Que luego vengan otros filósofos y, al vaivén de las modas y de las ondas largas depresivas, digan adiós al proletariado (es decir, a los asalariados manuales e intelectuales que no han cesado de crecer como proporción de la población mundial y como portadores de conocimiento), creo que no tiene que ver con un punto de fractura de la teoría marxista - cuyo núcleo fuerte está más bien allí- sino con un área de ruptura de la coherencia intelectual de quienes no llegaron a asimilar aquella tensión del pensamiento marxista de que hablaba al comienzo y entonces viven la contradicción como caída y como tragedia. No los acercó al marxismo su lado activo, sino la curiosidad, la ambición o la piedad:

sentimientos fuertes éstos, pero que, como cualquier otro sentimiento, no aumentan ni tienen que ver con la agudeza de percepción del pensamiento ni con las condiciones de su enriquecimiento teórico. Aquel adiós induce una crisis de pensadores que se alejan de la escuela marxista, algunas de cuyas premisas (no la de la praxis) antes asumieron. Pero no es ésa necesariamente una crisis de la teoría ni su revelador; hasta podría, por el contrario, confirmar algunas de sus por esos pensadores no asumidas premisas.

5. El foco del pensamiento marxista sobre la sociedad se ubica, dije antes, en la relación de dominación/ subordinación como inherente a todas las sociedades divididas en clases, es decir, a todas aquellas donde una parte de la sociedad controla - organización del saber y de la violencia mediante- el plusproducto social proveniente de los productores directos.

La crisis contenida en la tesis 11 estalla precisamente en este punto. El marxismo inspira una acción práctica en la cual toma partido, en la contradicción que es su objeto de estudio, por los dominados contra los dominadores. Esa acción práctica llevó en 1917 a una corriente del marxismo ruso al poder en el antiguo Imperio de los Zares, hoy Unión Soviética.

Primera crisis: ni en la sociedad mundial, ni en la sociedad soviética a mayor razón, el segundo estadio de que hablaba Marx había llegado

a crear las condiciones del tercero. En realidad, si las leyes del segundo estadio -la sociedad capitalista- eran ya dominantes en las puntas dinámicas de la economía rusa, el pensamiento y las relaciones del primer estadio -las sociedades pre-capitalistas- eran absolutamente mayoritarias en la población y determinante en las formas que tomaban las relaciones de dominación/subordinación (incluida la salarial) y de soberanía/dependencia. A esta contradicción aludían Plejanov y Kautsky cuando afirmaban que Rusia no podría saltarse la etapa del desarrollo capitalista o no estaba madura para la revolución socialista. También la percibió Rosa Luxemburgo pero, otro carácter y otro pensamiento, quiso darle una respuesta activa, es decir, descubrir las condiciones para hacer vivir la revolución en la contradicción.

Lo cierto es, sin embargo, que los marxistas rusos en el poder no encontraron esta respuesta (por múltiples razones, a mi juicio más sociales que teóricas y políticas), pese a que Lenin la buscó desesperadamente, como lo atestiguan sus últimos escritos. Y quienes se convirtieron en los nuevos *dominadores* sobre una sociedad en la cual no había sido posible abrir realmente el paso del segundo estadio al tercero y ni siquiera disgregar, en el intento, los núcleos fuertes del primero. Los marxistas rusos no tardaron en percibir, con asombro y con angustia, con qué fuerza la vieja Rusia se les venía encima, aunque

hubieran podido arrebatar el poder a los antiguos señores opresores.

En ese poder, su práctica terminó por conducir en los hechos a tratar de crear -sin lujo, sin el dinero, sin el valor de cambio como palancas determinantes- las condiciones del segundo estadio: empresa imposible. La disciplina en el trabajo, en lugar de ser impuesta por el látigo objetivo del mercado capitalista, fue impuesta por el látigo subjetivo del estado burocrático. Este se convirtió en el agente del despotismo industrial, ocupando el lugar del capitalista individual y terminando por hacerse acreedor al mismo odio por parte de quienes sienten el látigo sobre sus espaldas, los trabajadores asalariados. Por eso muchos afirman que la empresa soviética no ha sido una de revolución socialista, sino una demodernización capitalista por otros medios.

Esa práctica llevó, por otro lado, a fundar una ficción de relaciones sociales del tercer estadio (un “socialismo”) en la persistencia de las condiciones del primer estadio (las precapitalistas) y en un aparato económico correspondiente en grueso al segundo estadio (la industrialización, la conversión forzosa de los campesinos en trabajadores asalariados, la extensión del régimen salarial). Esto condujo a otros a ver en la sociedad soviética una reaparición del despotismo oriental propio de las “sociedades hidráulicas”.

Los nuevos dominadores llevados al poder por la revolución convir-

tieron al marxismo en la filosofía de una nueva práctica: la de los dominadores. Es la subversión del marxismo, puesto sobre su cabeza y convertido en una ideología de la dominación y en ideología de Estado. Esta inversión de valores la registrarán ya desde los años 20 artistas e intelectuales soviéticos. La grabará con ironía feroz George Orwell en su 1984.

Otros marxistas, fieles a la tradición original de su escuela teórica, fieles también al doble amor de justicia y de verdad, tomaron partido de un modo u otro por los dominados de la nueva sociedad. Empresa difícil: primero, porque esa sociedad es por fuerza opaca para quienes la prepararon y le abrieron camino en sus inicios; segundo, porque buena parte de esos dominados ve en el marxismo no la filosofía de su praxis, sino la ideología que legitima el poder de su dominadores; tercero, porque estos dominadores los perseguirán en nombre de su misma escuela de pensamiento, el marxismo. Es honor de esos marxistas haber enfrentado esa triple dificultad, cuyos corolarios inevitables fueron la revisión teórica, el aislamiento político y la represión estatal, y haber vislumbrado más temprano y más profundo que muchos las dimensiones, las consecuencias y las contradicciones de esta crisis desgarradora.

La primera gran crisis del marxismo es, entonces, la del marxismo hecho poder. No abandonaré en ella. Quería sólo plantearla en tér-

minos escuetos.

6. *Segunda crisis: el marxismo*, que como teoría de la sociedad aspira a "la dignidad de la práctica" (según escribía Lenin en sus *Cuadernos filosóficos*), funda explícitamente esa práctica en la existencia de una relación social objetiva, la cooperación, y en su corolario subjetivo, la solidaridad, que en la realidad social apenas están, puede decirse, en sus primeras fases y son todavía fuertemente minoritarias tanto en la sociedad mundial como en la conciencia social (aún en quienes viven la relación salarial).

De este modo el marxismo, lejos de ser una obsoleta filosofía del siglo XIX como afirman repetidores de comentaristas no demasiado serios, resulta ser un pensamiento que se adelanta a su tiempo, un pensamiento de los albores de un estadio o de una era social cuyas premisas apenas se han manifestado en algunos países a mitad del siglo XIX y distan mucho de ser dominantes a nivel universal a fines del siglo XX.

Esta teoría habla de una práctica posible, no de una quijotada o una utopía, porque sus condiciones están ya presentes, ocultas, en la sociedad tal cual es. Pero las premisas para la realidad de esa práctica apenas está extendiéndose. Pero entonces ésta es indispensable y al mismo tiempo prematura, casi ubicada en esa penumbra luminosa entre utopía y ciencia, entre presente y futuro, entre realidad y ensueño

en que Ernst Bloch coloca su principio-esperanza.

7. Si la primera de estas crisis madura y estalla a partir de las sociedades postrevolucionarias, la segunda lo hace sobre todo -pero no solamente- a partir de aquellas de desarrollo capitalista intermedio, subordinado, parcial o incompleto, como las latinoamericanas o las asiáticas. Pero esa crisis existe también en las sociedades capitalistas más desarrolladas, en cuanto éstas por un lado son sólo los proyectos hasta ahora más acabados, pero no la culminación, de lo que sería una completa generalización del valor de cambio sobre toda la vida y las relaciones sociales, y por el otro vienen inmersas en una economía mundial en la cual sus rasgos se combinan en un todo único con los de las demás formaciones sociales, numéricamente muy mayoritarias.

Fundar la práctica que aspira a transformar la realidad social hacia una sociedad "fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social" (el tercer estadio según Marx), en las condiciones existentes en sociedades sumergidas todavía hasta el cuello -o mejor, hasta más de la mitad de sus hábitos- en las relaciones de dependencia personal (y en sus formas políticas y sociales de dominación/subordinación), aparece también como una empresa de extrema dificultad: no existe allí, ni de lejos, ese "meta-

bolismo social general", ese "sistema de valores universales, de necesidades universales y de capacidades universales" que Marx define como característico del segundo estadio y condición previa del tercero.

De esta carencia sufren también los marxistas y, ante la ardua dificultad, la crisis se presenta como escisión del marxismo hacia la academia y el libro, por un lado, o hacia la práctica social, por el otro, no como partes complementarias e integradas sino como actividades antagonicas y excluyentes entre sí, cuando no hostiles y hasta enemigas.

A partir de esta escisión en una teoría que por su naturaleza misma no la soporta, todas las derivas son posibles. En unos casos se produce la ruptura con las premisas fundamentales de la teoría y su negación misma. Estos por lo general son los portavoces de la crisis del marxismo, que suelen pasar de la religión al ateísmo con el fanatismo fervor. En otros casos, se llega hasta la negación de toda crisis en el marxismo y se lo afirma como doctrina, como sistema cerrado y aún como dogma (es ~~creído~~ el marxismo, en lugar de teoría, es declarado "ciencia" y se termina por asimilarlo a un positivismo). Estos suelen ser el germen, en nuestras sociedades, de los nuevos dominadores ya establecidos en las sociedades postrevolucionarias, aquellos políticos comunistas o socialistas que en el interior de sus organizaciones reproducen,

sin saberlo, formas de poder pasadas, presentes y futuras, todo en nombre del marxismo como "guía para la acción".

8. Finalmente, ambas crisis remiten a una contradicción más profunda, la separación entre trabajo manual y trabajo intelectual, la síntesis entre saber y poder en la medida en que el saber es propiedad y privilegio. Siendo los intelectuales portadores de la "filosofía de la praxis" en su expresión teórica, y estando tanto de estos intelectuales, no necesariamente por intención o vocación sino por función, entre los estratos de los dominadores de la nueva sociedad y entre las capas dirigentes (*inteligencias*) de las clases dominadas de la vieja sociedad, ese elemento de crisis es connatural al marxismo y no puede sino vivir con él. Pero no es éste el tema de estas páginas.

9. Entreviendo y atravesando esas tensiones, de donde nacerían las actuales crisis, vivió el pensamiento de Marx en su última época, aquella que va de la derrota de la Comuna de París hasta su muerte. En esos años escribió algunas de sus reflexiones capitales sobre esos focos de tensión: las sociedades posteriores al capitalismo y los países atrasados (es decir, lo que era entonces y seguiría todavía siendo hoy la enorme mayoría de la humanidad). Son breves: la *Critica al Programa de Gotha*, la correspondencia con Vera Zasulich y otros populis-

tas rusos y el prólogo de 1881 al *Manifiesto Comunista*.

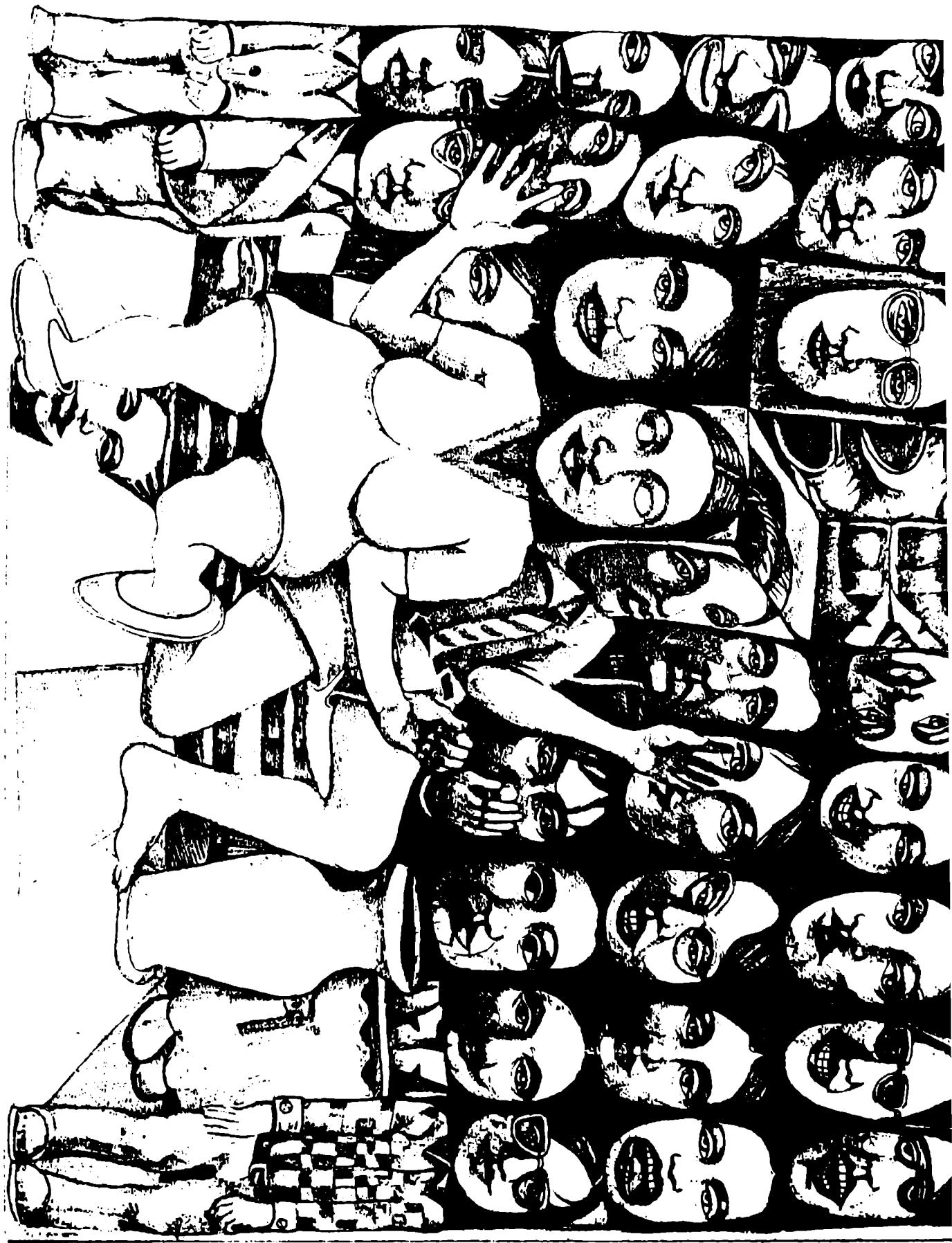
Quien con atención, a la luz de las tensiones y las crisis del pensamiento de los marxistas de nuestros días y de los dilemas que en estos países acosan su práctica, vuelva a leer esos escritos, encontrará en ellos no sólo anticipaciones de las contradicciones que en esas crisis estallaron después, sino también las últimas y cargadas pinceladas de un solo y vasto cuadro que este hombre genial pintó y corrigió durante toda su vida, obsesionado por alcanzar la perfección y la transparencia del pensamiento que al fijarse en la tela (en el papel) se congela y decae, sin perderse del todo, como en la aporía, tan amada por Marx, del pintor de Balzac en *La obra maestra desconocida*.

Para no ser desgarrado por esas tensiones que lo habitan, el marxismo mismo, cuya capacidad explicativa como teoría está lejos de haberse agotado -único supuesto en que correspondería hablar de su muerte- sólo puede vivir si aplica sin reservas y sin límites esa capacidad sobre todo lo que aparece como secuela de su propia obra, a las sociedades postrevolucionarias; y si en ellas vuelve a tomar partido, como corresponde a su índole, por los dominados y oprimidos de esas sociedades (y entonces, de todas las demás), según el viejo principio del joven Marx en 1843, para compartir el cual no hace falta ser su discípulo: "la crítica despiadada de todo lo que existe, despiadada en el sentido de

que la crítica no retrocede ante sus propios resultados ni teme entrar en conflicto con los poderes establecidos".

Pues, como también diría William Blake, "*the tigers of wrath are wiser than the horses of instruction*".

México, D. F., 22 noviembre 1987.



john holloway

Crisis, Fetichismo y Composición de Clase

El mundo está cambiando rápidamente. El cambio es, frecuentemente, el objeto del conflicto. De quienes se oponen a la transformación se dice que son irracionales, que están paralizados en el camino de lo inevitable, y son llevados por las luchas de épocas pasadas. Las tendencias sociales son consideradas ineludibles.

Estas afirmaciones se escuchan con frecuencia en los últimos años, no sólo en los sectores derechistas sino también en los de izquierda. Se sostiene ampliamente que el capitalismo está entrando en una nueva fase, a menudo llamada *neo* o *postfordismo*, y que los socialistas deben ajustarse a esta nueva realidad y repensar el sentido del socialismo.

Pero, ¿hasta qué punto es cierto que el capitalismo está entrando en una nueva fase? Y de ser así, ¿cómo se ha dado ésto? ¿Es tan sólo una fase -una tendencia ineludible- que simplemente está por reemplazar a otra? Si éste no es el caso, ¿cuál es entonces la naturaleza de esta transición? Esta pregunta es impor-

tante tanto teórica como políticamente.

El mismo concepto de "fase" del capitalismo sugiere que de hecho existe un salto cualitativo, una ruptura del proceso normal de cambio. El cambio social siempre presente, se intensifica de modo que hace que el resultado del cambio sea cualitativamente diferente en relación al período precedente.

1. Crisis

Un salto cualitativo, una ruptura en el proceso normal de cambio, es una crisis. El origen del término "crisis" proviene de la medicina. En su significado griego original hacía referencia al momento crucial o decisivo de una enfermedad, "cuando la muerte o la recuperación están en juego"¹. La crisis se producía en una enfermedad "siempre que la enfermedad aumentara en intensidad, desapareciera, se tornara en otra enfermedad, o bien terminara por completo"². Entonces, en un sentido estrictamente médico, una crisis no es necesariamente algo

malo, indica más bien la variabilidad inherente al progreso de una enfermedad. Es la irrupción en patrones de desarrollo relativamente homogéneos, de momentos en los cuales el cambio para bien o para mal se intensifica, momentos en los que un patrón de desarrollo se cancela y otro (tal vez) se instaura. Es un tiempo de ansiedad y un tiempo de esperanza.

Si se aplica esta noción al desarrollo histórico y social, la crisis no se refiere únicamente a los "tiempos difíciles" sino a los saltos cualitativos. Dirige así, la atención a las discontinuidades de la historia, a fracturas en la trayectoria del desarrollo, a rupturas de un patrón de movimiento, a variaciones en la intensidad del tiempo. El concepto de crisis implica que la historia no es uniforme o predictable, sino llena de virajes en la dirección y repleta de períodos de intensas transformaciones.

Si la historia no es uniforme, incluso en sus procesos de desarrollo, se sigue que el concepto de crisis debe estar presente en el centro de cualquier teoría sobre el cambio social. Como lo plantea O' Connor: "la idea de la crisis se encuentra en el corazón de toda discusión seria del mundo contemporáneo"³.

Los períodos de intenso cambio social pueden verse desde dos perspectivas: pueden ser observados como etapas de reestructuración social, como momentos en los que las relaciones sociales del capitalismo se reorganizan y se establecen

sobre nuevas bases; o pueden ser vistos como períodos de ruptura, de quiebre potencial, momentos en los que el capitalismo alcanza sus propios límites. Como la analogía médica implica, el paciente puede recuperarse o no. El doctor observa la crisis y la examina buscando la recuperación del paciente; el sepulturero contempla la crisis con una idea completamente distinta. La crisis del capitalismo tiene un significado muy especial para aquéllos que miran al capitalismo desde los ojos del sepulturero. Para el observador indiferente, la crisis es un periodo de cambio intensificado que podría llevar en una u otra dirección; para la persona que desea un futuro radicalmente distinto, es el elemento de ruptura el que más atrae su atención.

El concepto de crisis es importante para cualquier teoría del cambio social, es absolutamente central para aquellas teorías que consideran al capitalismo desde la perspectiva de su transformación radical. Esto es particularmente cierto para la tradición marxista. Lo que ostensiblemente distingue al marxismo de otras formas de pensamiento radical es la idea de que una comprensión del capitalismo puede mostrar no sólo la *conveniencia* o *necesidad* de establecer una forma diferente de organización social, sino también la *posibilidad* de hacerlo. La transformación radical de la sociedad es posible dado que el capitalismo es inherentemente inestable, y esta inestabilidad se expresa en crisis

periódicas, en las que el capitalismo es confrontado con su propia mortandad. El concepto de crisis se encuentra en el corazón del marxismo. No es una exageración decir que el marxismo *es una teoría de la crisis, una teoría de la inestabilidad estructural de la sociedad*. En tanto que otras tradiciones radicales centran su atención en la naturaleza opresiva de la sociedad capitalista, la característica que distingue al marxismo es la de no ser tan sólo una teoría de la opresión, sino también y sobre todo una teoría de la inestabilidad social.

Si el marxismo es una teoría de la crisis, es, entonces, una teoría abierta. El mismo Marx no dejó ninguna teoría de la crisis completamente estipulada, y los debates acerca de la teoría de la crisis han continuado desde que *El Capital* fue publicado. Dentro de la tradición marxista existen serias divergencias en torno a la teoría de la crisis, entre la teoría de la desproporcionalidad, la teoría del subconsumo, la teoría de la sobreacumulación, etc. Estos debates son frecuentemente conducidos en lo que parece una discusión en términos técnicos y económicos. Sin embargo, lo que está en juego en cualquier polémica sobre la crisis es cómo se entiende la inestabilidad capitalista y la posibilidad de una transición a un tipo de sociedad radicalmente distinto. No se puede divorciar a la teoría de la crisis de nuestra concepción de la sociedad capitalista y de lo que la hace cambiar.

2. El concepto de cambio social en Marx

El capitalismo es inestable porque en sí mismo es antagónico. El antagonismo social es la fuente del cambio en la sociedad. Como Marx dijo en su famosa frase de apertura de *El Manifiesto Comunista*: "La historia de la humanidad hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases".⁴

Dentro de la tradición marxista hay, sin embargo, diversas maneras de conceptualizar el cambio social. En ocasiones las diferencias se presentan en los términos de una distinción hecha entre el joven Marx y el Marx maduro. De acuerdo con este planteamiento el joven Marx subrayaba la lucha y la acción subjetiva como las fuentes del cambio histórico, en tanto que el Marx maduro, el Marx de *El Capital*, analizaba el desarrollo social en término de las "leyes objetivas del desarrollo capitalista". En años recientes, esta distinción la han planteado de manera más rígida Althusser y la escuela estructuralista del marxismo, pero explícita o implícitamente— la separación de la lucha respecto de las leyes del desarrollo del capitalismo está ampliamente difundida al interior de la tradición marxista. Comúnmente se reconoce la importancia de la lucha de clases; sin embargo, es vista como subsidiaria de, o como inserta dentro del marco de las leyes del desarrollo capitalista.

Los distintos énfasis pueden encontrarse no sólo en las diferencias

existentes entre el joven Marx y el Marx maduro, sino a lo largo de toda su obra. El texto que muchas veces ha sido considerado como la proposición clásica de la teoría de Marx es el pasaje del "Prólogo" a la *Contribución a la crítica de la Economía Política de 1859* en el que Marx presenta las conclusiones de sus primeros estudios:

El resultado general al que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase del desarrollo, las fuerzas productivas materiales entran en contradicción con las relaciones de

producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de ésto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas, y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella.⁵

El "Prólogo" de 1859 ha sido muy criticado en años recientes. Esto ha sido parte de la crítica más general acerca de la "ortodoxia" de los partidos comunistas y acerca de los cambios en el movimiento internacional de los partidos comunistas desde la década de los sesenta. Esta crítica comúnmente enfatiza la "autonomía relativa" de la superestructura, argumentando que lo económico es determinante exclusivamente "en última instancia": por lo tanto se presta más atención, para buscar el cambio social, a través de las esferas de acción políticas, ideológicas y legales que van más allá de lo que el "Prólogo" de 1859 pareciera permitir.

Esta crítica parece romper radicalmente con el determinismo económico del texto de Marx. Sin embargo, tras reflexionar sobre el particular, puede verse que esta discusión de hecho reproduce el mismo marco conceptual que inspiró el "Prólogo" de 1859. La sociedad se

sigue analizando en términos de estructuras, ya sean económicas, política o ideológicas, la diferencia radica exclusivamente en la autonomía que se atribuye a cada una de éstas.

Existe una crítica más profunda al "Prólogo" de 1859 —la cual puede ciertamente aplicarse con mayor severidad a muchas de las críticas hechas al mismo. Lo que es problemático en la formulación de Marx, no es la relación que se establece entre las diversas estructuras sino la ausencia de antagonismo en la metáfora base-superestructura. El único conflicto mencionado en el pasaje, es el existente entre las fuerzas productivas materiales de la sociedad y las relaciones sociales de producción un conflicto que, a juzgar por este preciso pasaje, tiene lugar muy independientemente de la voluntad humana. El modificar la formulación de Marx hablando acerca de la "autonomía relativa" de la superestructura hace poco para cambiar esta situación: el mismo modelo inerte se reproduce simplemente de otra forma.

Al "Prólogo" se le puede contrastar con otro pasaje del mismo Marx que también enfatiza la relevancia de la producción, pero lo hace de manera muy distinta:

La forma económica específica en la que se le extrae el plustrabajo impago al productor directo determina la relación de dominación y servidumbre, tal como ésta surge directamente de

la propia producción y a su vez reacciona en forma determinante sobre ella. Pero en esto se funda toda la configuración de la entidad comunitaria económica, emanada de las propias relaciones de producción, y por ende, al mismo tiempo, su figura política específica.⁶

La clave aquí es la producción, al igual que en el pasaje del "Prólogo" de 1859, pero en éste se presenta a la producción no como la base económica, sino como un antagonismo ininterrumpido. Cualquier sociedad de clases tiene en su seno una relación antagónica, una relación conflictiva: la extracción de plustrabajo a los productores directos. El conflicto nunca cesa, si la clase dominante deja de extraer excedentes, la sociedad sufriría un colapso. La forma que asume este antagonismo constante es la llave para entender cualquier sociedad de clases.

Este pasaje nos da un punto de partida muy distinto del que nos proporcionan las habituales interpretaciones del "Prólogo". El Prólogo de 1859 nos deja indefensos, como meros objetos del cambio histórico que se produce de la contradicción de las fuerzas productivas y las relaciones de producción que experimentan colisiones por sobre nuestras cabezas. El pasaje de *El Capital* nos ubica en el centro del análisis, nos hace parte del incesante antagonismo de clase del cual no hay posibilidad de escapar, pues todos nos relacionamos de alguna

manera con la reproducción de la sociedad y con la extracción de plustrabajo de la cual depende la sociedad misma.

3. Forma y fetichismo

La lucha de clases, entonces, no es menos relevante para el Marx de *El Capital* de lo que era para el Marx que había escrito el *Manifiesto Comunista* casi veinte años antes. Lo que puede apreciarse no es un viraje de la lucha de clases hacia el "desarrollo de las leyes del capitalismo" sino un viraje hecho desde la lucha de clases en general hacia la *forma* específica que toma la lucha de clases en la sociedad capitalista. La importancia de *El Capital* no se sostiene en el hecho de que sea un estudio de la base económica o de las "leyes objetivas del desarrollo capitalista", sino en el hecho de que es un análisis de la lucha.

Esto no quiere decir que la preocupación principal en *El Capital* fuera señalar la relevancia de tal lucha. Eso ya se había logrado en obras anteriores y era, en todo, caso evidente para las personas a las que Marx se dirigía en sus escritos. La preocupación de Marx era, más bien, comprender las diferencias específicas acerca del antagonismo de clase en la sociedad capitalista. *El Capital* constituye un análisis de la lucha en la sociedad capitalista, un análisis de las formas que toman las relaciones sociales antagónicas. Este es el porqué, por un lado, el puño cerrado no siempre es evidente para el lector, pero también a

ello se debe que todas las categorías de *El Capital* sean categorías de lucha.

Las categorías de *El Capital* son categorías de antagonismo desde el inicio. Ello no significa que Marx comience directamente desde la relación de explotación,—como Negri,⁷ por ejemplo, sugiere que debió haber hecho—, el análisis de la producción de plusvalor, la forma en la que el plustrabajo es extraído de los productores directos bajo el régimen capitalista, no comienza sino hasta el capítulo 5. *El Capital* comienza más bien con el análisis de la mercancía y del valor. Esto ha llevado a interpretaciones economicistas que han visto en *El Capital* el libro de texto de la economía marxista —inferencia tácitamente aceptada incluso por muchos críticos de las interpretaciones economicistas del marxismo—. La argumentación de Marx, sin embargo, establece que estas categorías tienen importancia, no como la base de una economía marxista, sino porque ellas son las formas fundamentales a través de las cuales se presentan a sí mismas las relaciones sociales antagónicas.

El Capital comienza diciéndonos que en la sociedad capitalista, la riqueza se nos presenta como "un enorme cúmulo de mercancías" y "una mercancía es, en primer lugar, un objeto exterior".⁸ En esta, aparentemente, inocente observación de que una mercancía es "un objeto fuera de nosotros", estamos en presencia desde el inicio con el más

violento antagonismo de todos: el capitalismo es la negación de nuestra identidad, el dominio de todas las cosas.

La mercancía no es, por supuesto, solamente “un objeto exterior a nosotros mismos”. A lo largo del primer capítulo, Marx establece que las mercancías son el producto del trabajo humano, y que la magnitud de su valor (que es la base de la proporción en la que serán intercambiadas las mercancías) está determinada por la cantidad de trabajo socialmente necesario requerido para su producción. La mercancía no es un “objeto exterior”: es el fruto de nuestro trabajo colectivo, la única fuente de su valor.

Sin embargo, bajo el capitalismo, la mercancía se nos presenta como, o es, “en primer lugar”, “un objeto exterior a nosotros mismos”. Nosotros no controlamos las cosas que producimos ni las reconocemos, como nuestros productos. En una sociedad en la que las cosas son producidas para el intercambio y no para el uso, las relaciones entre los productores se establecen de acuerdo al valor de las mercancías producidas. No sólo eso, sino que la relación entre las mercancías viene a ocupar el lugar de las relaciones entre los productores que las generan: esto es, las relaciones entre productores toman la forma de relaciones entre cosas. A esto se refiere Marx como el fetichismo mercantil: de la misma manera que los dioses, la mercancía es obra de nuestra creación, pero se nos pre-

senta como una fuerza ajena que gobierna nuestras vidas. Bajo el capitalismo nuestras vidas están dominadas por las mercancías (incluido el dinero), como la forma que adquieren las relaciones entre productores. El libre flujo de relaciones entre la gente, “la absoluta agitación de la vida”, como lo llama Hegel⁸ se mantiene cautiva en el fijo esquema de objetos: cosas que nos dominan, cosas que rompen la unidad de la vida en muchos elementos discontinuos, que vuelven incomprensibles todas las interconexiones.

La teoría del valor-trabajo es una teoría del fetichismo. Al reflexionar acerca de la mercancía, Marx establece que la magnitud del valor de una mercancía está determinada por la cantidad de trabajo socialmente necesaria que se requiere para producirla. Sin embargo, existe un punto aún más importante. El objetivo no es tan sólo comprender qué es lo que está atrás del valor, sino también comprender por qué el trabajo en la sociedad capitalista toma la misteriosa y extraña forma de valor. Para Marx esto es lo que distingue su método de aquel empleado por los estudiosos clásicos de la economía política tales como Smith y Ricardo. Ellos estaban interesados solamente en comprender qué es lo que determina la magnitud del valor: esta segunda interrogante, la de por qué el trabajo toma la forma de valor, ni siquiera pudo haberseles ocurrido, dado que sus perspectivas se limitaban a consi-

derar solamente la sociedad capitalista en la que ellos vivían. Para Marx, que ve a la sociedad capitalista como una sociedad de transición encaminada hacia una sociedad comunista en la que el trabajo estaría organizado de forma completamente diferente, la pregunta sobre las formas que adoptan las relaciones entre productores es fundamental. El concepto de forma es central para Marx, precisamente, por la razón de que se trata de un problema invisible, o mejor, de un problema inexistente para cualquier teoría que suponga la permanencia de las relaciones sociales burguesas: a saber, porque estas formas (mercancía, valor, etc.) "llevan escrita en la frente su pertenencia a una formación social donde el proceso de producción domina al hombre, en vez de dominar el hombre a ese proceso."⁹ El hecho de que el trabajo esté representado por valor, y de que las relaciones sociales entre los productores adopten la forma de relaciones de valor entre cosas es, en sí mismo, una negación de la libertad, esto es, la incapacidad por parte de la gente de controlar sus propias vidas.

La teoría del valor es, por tanto, una teoría del fetichismo, y la teoría del fetichismo es, entonces una teoría de la dominación. El tema abordado desde un principio por *El Capital* es el relativo a la ausencia de libertad: vivimos en un mundo rodeado de mercancías, de "objetos fuera de nosotros" que hemos producido, pero que no controlamos ni

reconocemos. Las formas que adoptan las relaciones entre las personas son, en sí mismas, expresiones del hecho de que "el proceso de producción domina al hombre, en vez de dominar el hombre a ese proceso". El hecho de que la "absoluta agitación de la vida" se encuentre congelada en formas que se oponen a la gente, que se presente como "objeto ajeno a nosotros", es en sí mismo la negación de la libertad en el sentido de autodeterminación colectiva.

Los tres tomos de *El Capital* son un desarrollo del tema del fetichismo de la mercancía. Empezando por la relación de intercambio, Marx demuestra cómo la igualdad de esta relación encubre la explotación inherente al proceso de producción, y entonces cómo capa a capa se construyen mecanismos generadores de mistificación que ocultan cada vez más las relaciones de explotación. El capitalismo es un "mundo encantado, invertido y puesto de cabeza"¹⁰ de formas fetichizadas. El mundo fragmentado, en el cual las interrelaciones entre las personas permanecen ocultas ante nuestros ojos. Cuando miramos el mundo, no lo hacemos meramente a través de un lente opaco, sino a través de un lente quebrado en millones de fragmentos distintos.

Sin embargo, no es sólo nuestra percepción de la realidad lo que está fragmentada: la realidad misma también lo está. Las formas bajo las cuales las relaciones sociales se presentan en el capitalismo no son

meramente formas de apariencia. No se trata tan sólo de que las relaciones sociales aparezcan en forma fragmentada como cosas: las relaciones sociales de hecho están fragmentadas y mediadas a través de las cosas, es ésa la forma en la cual ellas existen. Cuando compramos un auto, por ejemplo, la naturaleza de la relación entre los productores del auto y nuestro propio trabajo toma la forma de una relación entre nuestro dinero y el auto: la relación social se presenta, aparece como una relación entre cosas. Incluso, aún después de haberlo entendido, la relación que se da entre nosotros y quienes produjeron el auto continúa siendo mediada por el intercambio de mercancías. La fragmentación de la sociedad no se encuentra sólo en nuestra mente, está de hecho establecida y es constantemente reproducida a través de las prácticas sociales.

4. Fetichismo y descomposición de clase

La teoría marxista del fetichismo de la mercancía no es distinta de su teoría de clase. El papel dominante de la mercancía como mediadora de las relaciones sociales no es independiente de la naturaleza de la explotación. Por el contrario, es cómo la explotación en la sociedad capitalista se establece mediante la compra-venta de fuerza de trabajo —como mercancía— lo que hace que las relaciones mercantiles se generalicen en la sociedad. Lo importante es la forma “mediante la

cual el plustrabajo no remunerado es extraído de los productores directos”.

Como en otras tantas sociedades clasistas, el capitalismo está basado en la extracción del excedente de trabajo a los productores directos. Lo que distingue a la explotación capitalista de otros tipos de explotación es el hecho de estar mediada a través del intercambio. Los trabajadores son libres en el doble sentido de estar liberados de lazos personales de servidumbre, y de no tener control alguno sobre los medios de producción: el primer aspecto de su libertad les permite, y el segundo los obliga, a vender su fuerza de trabajo para poder sobrevivir. En restitución reciben a cambio del valor de su fuerza de trabajo, un valor en forma de salario. El capitalista pone a laborar a los trabajadores y ellos producen un valor superior al de su fuerza de trabajo; este valor adicional, o plusvalor, se lo apropiá el capitalista en forma de ganancia.

El hecho de que la explotación en la sociedad capitalista esté mediada a través de la compra-venta de fuerza de trabajo —como mercancía— oculta la naturaleza de clase de la relación entre el capitalista y el trabajador por lo menos en dos sentidos. En primer lugar, la relación entre el capital y el trabajo está fragmentada. Asume la forma de muy variados contratos laborales pactados entre muy diversos trabajadores y muy diversos patrones. Esto no sólo genera divisiones en-

tre capitales, sino también aplica divisiones entre los trabajadores contratados por diferentes capitalistas. La fragmentación general de la realidad social se refleja en la fragmentación (aparente y real) de las relaciones de clase. La sociedad no se presenta bajo la forma de clases antagónicas, sino que lo hace como una gran variedad de grupos, cada uno con sus intereses particulares. La sociedad se presenta como , y propiamente es, una sociedad atomizada y fragmentada.

En segundo lugar, la relación existente entre el capital y el trabajo no se presenta en manera alguna como una relación de explotación, sino como una relación de desigualdad, de una (posible) injusticia. La relación de explotación aparece como una relación de intercambio entre el patrón (rico) y el empleado (pobre). Lo que aparece no es el antagonismo directo de la explotación, el incesante conflicto asociado con la extracción de plus trabajo que se extrae a los productores directos, sino una sociedad en la cual hay desigualdad, injusticia, riqueza y pobreza. La relación de explotación se presenta como un problema de mala distribución. La sociedad capitalista se nos presenta como conformada por individuos (ricos o pobres) más bien que como integrada por un antagonismo incesante entre clases, la explotadora y la explotada. Los que luchan por un cambio social, no asumen la forma de una lucha contra la explotación, sino más bien claman por una ma-

yor justicia social, por campañas contra la pobreza, se pelea por "la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham".¹¹

5. Fetichismo y fetichización

El cuadro que resulta de lo anterior es deprimente. La sociedad se basa en la explotación, en la extracción de trabajo no remunerado de la masa de la población, sin embargo la forma que toma esta explotación tiene como consecuencia, tanto la fragmentación de la sociedad, como la apariencia de ésta como una sociedad no explotadora. La sociedad capitalista se nos presenta a sí misma como una serie de fragmentos que son generalizados de manera abstracta en los conceptos de valor, dinero, renta, ganancia, Estado, tecnología grupos de presión, etc. La única manera de comprender las interconexiones entre todos estos conceptos es verlos como formas históricamente específicas de relaciones sociales, pero, como hemos visto, este camino está negado para la teoría burguesas: no necesariamente a causa de alguna estupidez o deshonestidad, sino simplemente debido a que el concepto de forma solamente tiene sentido si uno ve a la sociedad capitalista desde el punto de vista de su superación. Es inevitable, entonces, que la teoría burguesa (es decir toda teoría que da por sentada la continua existencia de las relaciones sociales capitalistas) sólo pueda levantarse sobre las formas discontinuas bajo las que se presen-

tan las relaciones sociales. La división, el “divide y vencerás”, la fragmentación, tal es el principio de la abstracción teórica de las teorías burguesas en donde se construyen diversas disciplinas como la ciencia política, la economía, la sociología, el derecho, las ciencias de la computación, etc. con el objeto de comprender a la sociedad. El resultado no es mostrar las interconexiones existentes entre las diversas formas fragmentadas de la realidad social, sino el consolidar dicha fragmentación. Mientras la sociología desarrolla su teoría de grupos, la ciencia política desarrolla su teoría del Estado, y la economía su teoría del dinero, la fragmentación social adquiere mayor coherencia y sus interconexiones se vuelven menos penetrables.

Sin embargo, estas interconexiones no son totalmente impenetrables. *El Capital* en tanto crítica a la teoría burguesa, es una crítica a la aparente fragmentación de la sociedad. El concepto de forma implica que existe alguna interconexión subyacente entre todas las formas. Esa interconexión es la producción y la forma en que la gente se relaciona con ésta, es decir, las relaciones de producción. Subyacente a la presentación de la sociedad que se muestra a sí misma como compuesta de individuos más o menos iguales, se encuentra la interconexión de “individuos” a lo largo de la producción: la manera en la que se organiza la producción es lo que da lugar a la constitución

del individuo, así como a las aparentemente azarosas desigualdades que surgen entre ellos. Lo que subyace a la fragmentación de tan diversos procesos de producción es el movimiento del valor, el hilo que une al mundo que hace que procesos de producción aparentemente desvinculados se junten, es el que crea la liga entre las luchas de los mineros de carbón en la Gran Bretaña y las condiciones de trabajo de los trabajadores de la industria automotriz en México, y *vice versa*.

Sin embargo, el comprender las interconexiones entre los diversos segmentos de la sociedad, no significa que la fragmentación haya sido superada; “vela de hecho, en vez de revelar, el carácter social de los trabajos privados, y por tanto las relaciones sociales entre los trabajadores individuales”,¹² pues ese velo es un producto de las relaciones sociales capitalistas. Pero, mientras esa neblina exista, mientras la sociedad siga fragmentada, ¿qué posibilidad tenemos de un cambio social radical? La posibilidad de una revolución anticapitalista presupone que las relaciones de clase aparezcan como tales, que la fragmentación (o descomposición) de la clase obrera se supere. El capitalismo es una sociedad de clases que no parece serlo; pero si no aparenta ser una sociedad clasista, ¿cómo es posible que se pueda vislumbrar una revolución de la clase trabajadora? Si la descomposición de clases como aspecto del fetichismo de la mercancía es inherente a la natu-

raleza de las relaciones capitalistas, ¿cómo será posible imaginar la recomposición de la clase trabajadora, necesaria para reemplazar las relaciones sociales capitalistas?

Existen varias respuestas posibles a este dilema, todas localizables dentro de la tradición marxista. Una posible respuesta es aquella del intelectual trágico: a pesar de que nosotros en calidad de intelectuales marxistas, podamos penetrar las apariencias, logrando apreciar lo que ocurre, la sociedad que nos rodea está cada vez más fetichizada. La clase trabajadora está a tal punto descompuesta o atomizada que ya no es posible considerarla en forma alguna como el sujeto revolucionario. Nosotros podemos y debemos protestar en contra de la sociedad explotadora y destructora que nos rodea, pero cualquier optimismo de parte nuestra será poco realista. Esta postura, la que hace del intelectual marxista una Casandra profesional, advirtiendo en vano de los desastres por venir, tiene una larga tradición que se remonta a la escuela de Frankfurt y está diseminada de manera comprensible hasta nuestros días.

Una segunda respuesta al dilema consiste en decir que nosotros, en tanto intelectuales marxistas que hemos penetrado en las apariencias fetichizadas, tenemos la especial responsabilidad de disipar la neblina que entorpece la visión de las cosas, de señalar a la clase trabajadora las interconexiones, de mostrarle qué es lo que se encuentra

bajo la superficie. Esa es, crudamente, la concepción que inspira la distinción que hace Lenin entre la conciencia revolucionaria y la conciencia sindicalista, y el consiguiente papel que le adjudica al partido revolucionario.

Lo que ambas respuestas tienen en común, dejando de lado sus obvias diferencias, es la atribución de un papel privilegiado al intelectual. En ambos casos se da por sentado que la impenetrabilidad fetichista de las relaciones capitalistas es un hecho establecido y que solamente por medio de la actividad intelectual, por medio de la razón, podremos ver a través de la neblina. El papel de la teoría marxista será el de actuar como antorcha, para alumbrar el camino a seguir (o para mostrarnos que no hay tal camino).

Sin embargo, se podría argumentar que la neblina del fetichismo no constituye la cortina impenetrable, como sugieren estas teorías. *El Capital* era una crítica a la teoría burguesa que mostró su base en las relaciones de producción. Ello no significa que todo mundo esté completamente imbuido de las concepciones de la teoría burguesa. Como Marx señala, las interconexiones entre los fenómenos sociales son más claras para la "mentalidad popular" que para los teóricos de la burguesía: "No nos puede maravillar, [...] que la economía vulgar se sienta perfectamente a sus anchas y que esas relaciones se le aparezcan como tanto más evidentes cuanto más escondida esté en

ellas la conexión interna, pero más correspondan a la representación ordinaria".¹³

Esto sugerirá que las formas fetichizadas dadas bajo las relaciones capitalistas no constituyen una cubierta opaca que oculte completamente la explotación de clase a quienes son objeto de ella. La aparente neutralidad y fragmentación de las formas, las engañosas desconexiones, desembocan en un constante conflicto con la experiencia que tienen los trabajadores de la opresión de clase. Dinero, capital, interés, renta, ganancia, Estado son todos factores comúnmente vividos como aspectos de un sistema general de opresión, a pesar de que se sigan desconociendo sus interconexiones precisas. Si hemos de seguir la metáfora de Marx acerca de la neblina tal vez sería mejor no considerarla como una estática e impenetrable niebla, sino como una cortina discontinua de neblina, con partes más o menos densas. Las interconexiones aparecen y desaparecen, por momentos la neblina se dispersa, en otras ocasiones vuelve a descender. El fetichismo no es estático, sino un proceso constante de desfetichización/refetichización.

El concebir al fetichismo como un proceso de tal naturaleza tiene importantes consecuencias, tanto teórica como políticamente. La comprensión del fetichismo como un hecho consumado, como una espesa niebla, lleva a un concepto de la revolución como mero evento, como

un evento exógeno que o será virtualmente imposible (la postura pesimista) o será la triunfal conclusión del crecimiento del partido. Antes de ese evento el capitalismo es un sistema cerrado que seguirá las "leyes del movimiento" analizadas en *El Capital*.

El concebir al fetichismo como un proceso de desfetichización/refetichización, equivalen a enfatizar la fragilidad inherente de las relaciones sociales capitalistas. Este proceso de desfetichización/refetichización es una lucha constante. El proceso de penetración de los fetiches, el poner los fragmentos uno con otro, es simultáneamente un proceso de recomposición de clases, la superación del estado de fragmentación de la clase trabajadora. Es mediante la organización práctica y la lucha de la clase trabajadora como se establecen las interconexiones sociales, tanto en la práctica como en la teoría.

La supervivencia del capital depende del exitoso proceso de refetichización, o lo que es lo mismo, de la exitosa descomposición de la clase. La reproducción del capital no es automática: ésta se logra por medio de la lucha.

Si el fetichismo ha de ser comprendido como un proceso, entonces, ello ha de afectar la comprensión de las categorías planteadas por Marx. las formas de las relaciones sociales analizadas por Marx no son formas cerradas. Se ha visto que el valor no es sólo una forma de relación social, sino también una forma

de relaciones sociales antagónicas. Mas si el antagonismo ha de tener un sentido, tendrá que haber un elemento de incertidumbre, o de apertura, en el seno de la categoría. Decir que las relaciones sociales son antagónicas es lo mismo que decir que se desarrollan a través de lucha, que por ello mismo jamás podrán ser vistas como predeterminadas. Entonces, para entender al valor, debemos de abrir por completo la categoría, entender el valor como lucha, una lucha de la que inevitablemente formados parte. Decir que las mercancías se intercambian por su valor constituye una generalización verdadera, pero ello ciertamente no representa un proceso uniforme y automático. Esto no sólo se debe a las modificaciones introducidas por Marx (las distinciones entre precio, precio de producción, valor, etc.) sino debido a que, de hecho, las mercancías a menudo son robadas. El valor depende del respeto a la propiedad, y como cualquiera que haya llevado a un niño pequeño a una tienda, o haya copiado recientemente un cassette, un diskette, o un libro, bien sabe que el respeto a la propiedad es verdaderamente muy débil en nuestra sociedad. Una más o menos uniforme operación de valor se mantiene en la práctica por un inmenso aparato de educación y coerción. Cuando decimos que el valor es una forma de relación social, estamos obligados a reconocer el antagonismo contenido en esta afirmación, a reconocer la fuerza de la antítesis del

valor no sólo en una sociedad posrevolucionaria, sino dentro de la misma sociedad capitalista.

Tal vez se pueda hacer una analogía entre las formas de relación social analizadas por Marx en las categorías de valor, dinero, renta, etc. y el matrimonio en una sociedad tradicional. Se podrá decir de tal sociedad que el matrimonio es la forma en que esa sociedad organiza las relaciones sexuales. Sin embargo, aún en la sociedad más tradicional, la intensa agitación que genera el sexo quebranta los lazos matrimoniales una y otra vez, tanto en el pensamiento como en la práctica. Eso no quiere decir que todo acto sexual fuera del matrimonio sea revolucionario, así como no lo es el robo al interior de la sociedad capitalista; por el contrario, inclusive podría juzgársele como un agente reforzador de la institución matrimonial. Más sería claramente equivocado aceptar de primer instancia la proposición de que el matrimonio es la forma que asumen las relaciones sexuales en esa sociedad sin apreciar la fuerza de su antítesis.

Las formas de relación social analizadas en *El Capital* son formas que contienen su propia antítesis. El capitalismo es una sociedad fetichizada y alienada, pero la razón que nos permite reconocerla como tal y la razón de que podamos concebir a una sociedad libre del fetichismo y de alienación, surge del hecho de que la antítesis de una sociedad está contenida en sí mis-

ma. La "intensa agitación de la vida" se encuentra cautiva bajo formas fetichizadas, bajo una serie de objetos, pero está siempre allí, continuamente excediendo sus límites, en todo momento forzando a las formas fetichizadas a reconstituirse de manera que la sigan teniendo cautiva.

Nuestra experiencia de la sociedad capitalista es, por lo tanto, sumamente contradictoria. El dinero es el dinero, un objeto. Pero el dinero es asimismo ampliamente experimentado como poder, como una relación de clase, por muy vaga que ésta sea. La preocupación alrededor de la "justicia" del contrato salarial, coexiste con expresiones muy directas de rebelión en contra de la explotación en el lugar de trabajo. Mientras más intensos son los antagonismos sociales, más inestables serán las apariencias fetichizadas de las relaciones sociales. No es la reflexión teórica, sino la ira surgida de la experiencia de la opresión lo que proporciona el estilete para desbaratar las mistificaciones de la sociedad capitalista. El papel de la teoría no es el de guía, sino el de llamar la atención sobre la naturaleza contradictoria de la experiencia, el de darles mayor coherencia a las interconexiones vagamente percibidas, el de difundir las lecciones de la lucha.

Una neblina que va y viene, un continuo proceso desfetichización/refetichización, podría parecer una concepción enteramente carente de estructura y dirección; pero no es

ése el caso. La variante neblina no se modifica sin dirección. Los procesos de desfetichización/refetichización, y los de recomposición y descomposición de clase son procesos históricos que siguen ciertos ritmos. En una crisis la aparentemente uniforme autorreproducción de la sociedad se interrumpe. Los antagonismos sociales se intensifican, surgen una nueva organización y una nueva lucha, conexiones no vistas durante largo tiempo reaparecen. Las crisis expresan la desfetichización de la sociedad capitalista, la recomposición de la clase trabajadora.

6. Crisis, economía marxista y ciencia política marxista

Las crisis no son crisis económicas pero se presentan como tales. Las crisis expresan la inestabilidad estructural de las relaciones sociales capitalistas, la inestabilidad de la relación básica existente entre capital y trabajo sobre la cual se basa la sociedad. Se presentan como crisis de la economía, las cuales podrían llegar a tener efectos en otras esferas de la vida social.

El concepto de la economía como un factor específico de la sociedad aparece sólo con el surgimiento del capitalismo. En épocas precapitalistas ese término se refería a los asuntos del hogar (del griego *oikos*-casa, hábitar), y no se hacía una distinción clara entre la administración del hogar y la economía, o entre la política y la economía, o entre teoría económica y filosofía

moral. Esta ausencia de distinción de lo económico como un reino conceptual aparte tenía su base en la naturaleza de las relaciones sociales precapitalistas. Las relaciones sostenidas entre esclavo y amo, o entre siervo y señor feudal fueron relaciones indistinguiblemente políticas y económicas: el señor feudal no solamente extraía el trabajo excedente de sus siervos, sino que de igual forma ejercía autoridad judicial y "política" sobre ellos.

Solamente con el advenimiento del capitalismo y con la separación de la explotación (ejercida por el capitalista) del mantenimiento del orden social (ejercido por el Estado) emergen como conceptos la "economía" (primero como economía política) y la "política". Su consolidación como conceptos (y más tarde como disciplinas universitarias) proviene de la separación mencionada.

Los conceptos de "política" y "economía" son por tanto expresiones del capitalismo. Son categorías fetichizadas o superficiales en tanto que reflejan la fragmentación de la sociedad. La separación de la explotación del mantenimiento del orden es un aspecto de la "manera específica en la que el plusvalor es extraído de los productores directos": es el hecho de que la explotación esté mediada a través de la compra-venta de la fuerza de trabajo -como mercancía- implica la separación del proceso inmediato de explotación, de la coerción social que inevitablemente se requiere

para mantener la estabilidad en una sociedad de clases. La separación de lo económico y lo político es, entonces, un aspecto de las relaciones de clase capitalistas, o, en otras palabras, lo económico y lo político son, en virtud de la separación que los constituye, momentos de la relación que se da entre capital y trabajo, es decir, formas específicas de la relación del capital. El dar por sentada esta distinción de lo político y lo económico implica el no percibir el problema de la *forma*, y por tanto, consolidar el fetichismo inherente en los conceptos. Marx escribió *El Capital* no como una elaboración de la teoría económica ni como el fundamento para una economía alternativa de la clase trabajadora, sino como una *crítica* a la economía política que muestra que los conceptos de esta disciplina expresan las formas de apariencia de las relaciones capitalistas de clase.

Por ello, es autocontradicitorio, hablar de una economía política marxista. La crítica de Marx no lo era solamente de teorías específicas, sino también de las elaboración de una teoría sobre la base de las formas superficiales bajo las cuales se presentan las relaciones de clase. La economía, es el estudio de los objetos, de las fuerzas (como dinero, el valor, la renta, el interés, etc.) que rigen la vida de la gente, y trata a tales entidades como tales, y no como formas de relación social que "llevan consignado en su superficie en caracteres inequívocos que per-

tenecen a un tipo de sociedad en la que el proceso de producción ejerce el dominio sobre el hombre, en vez de que sea a la inversa". Al tratar a sus categorías como objetos, y no como expresiones de relaciones sociales, la economía inevitablemente trata a las personas como objetos del cambio social abstractos y pasivos.

La economía burguesa acepta sus categorías tal y como éstas se presentan. El dinero es dinero: la labor de la economía es comprender su relación con otras categorías económicas, las leyes que gobiernan el movimiento del dinero, etc. Debido a que el dinero no es concebido como una forma de relación social, no se hace ningún intento por abrir completamente las categorías, por revelar "los orígenes del desarrollo económico en las actividades concretas de hombres y mujeres comprometidos en la vida social".¹⁴

Aún así el fetichismo no desaparece con la crítica de su existencia, como tampoco el postulado conceptual burgués desaparece con el reconocimiento de su superficialidad. El uso que le dio el mismo Marx al término "económico" es ambiguo o contradictorio (como en el caso de "Prólogo" de 1859, por ejemplo) y la tradición de la "economía marxista" es muy fuerte, suavizando las contradicciones que surgen de la lectura de *El Capital* dentro del ambiente universitario.

Si contemplamos el valor y la crisis desde la perspectiva de la economía marxista, obtenemos una

imagen distinta de la presentada hasta ahora. Muchas de las suposiciones de la teoría burguesa son representadas en la discusión de las categorías marxistas, una vez que tales categorías son vistas como económicas. Las categorías permanecen cerradas. A pesar de señalar que el valor es una relación social, y que no tendría cabida en una sociedad socialista, se sigue suponiendo que, dentro de los confines del capitalismo, se puede tratar al valor como una categoría económica. Así por ejemplo, al analizar el valor, típicamente se presta más atención a la magnitud del mismo, y la cuestión de la forma es en gran medida olvidada. Esto es verdad no solamente de los llamados neoricardianos, sino también de teóricos ampliamente reconocidos como marxistas. Comúnmente la ley del valor se considera como una demostración de "cómo las distintas cantidades de trabajo socialmente necesario para producir mercancías regulan los precios".¹⁵ La crítica del valor como forma se pierde, y se conserva la rigidez del pensamiento burgués. Aunque se dice que el valor es una relación social, al aspecto social de ella se le mantiene en el fondo y se le exhibiría después de la revolución, "una vez que a los productores directos se les devuelva su calidad de sujeto, y dejen de ser considerados objeto de la producción".¹⁶ Si los trabajadores no son más que objeto de producción, si, por implicación, el fetichismo es total, entonces Itoh tiene razón. No

habrá necesidad de abrir por completo la categoría de valor (aparte de verla desde una perspectiva histórica), y el capitalismo podrá ser entendido en términos de sus "leyes de movimiento". Pero, si los trabajadores no son más que objetos de producción, la revolución parecería ser práctica y teóricamente imposible. O, más bien, la única manera de pensar en la revolución será concibiéndola como un acontecimiento externo.

Estas suposiciones se reflejan en gran parte de la discusión de la teoría marxista de la crisis. Lo que distingue al marxismo de otras formas de pensamiento radical, se sugirió más arriba: no en tanto su análisis de la opresión capitalista o su visión del socialismo, sino el hecho de ser una teoría de la inestabilidad capitalista. El capitalismo es opresivo, mas se trata de una forma de opresión autocontradicitoria e inestable.

Una teoría de la crisis constituye una teoría de esta inestabilidad, y por ello, una teoría de la volatilidad de las relaciones de clase. Sin embargo, muchas de las disputas sobre la crisis, la abordan como asunto exterior a las relaciones de clase y ajeno a la lucha de clases. En el mejor de los casos, el análisis de la crisis genera un marco conceptual en el que la lucha tendrá lugar, un recordatorio de la mortandad del capitalismo, mas no una teoría de las relaciones de clase. Se discute, por ejemplo, que la crisis se vuelve inevitable por obra de la ley de la baja

tendencial de la tasa de ganancia; tal crisis implica una intensificación de la lucha de clases y puede crear oportunidades de una revolución: pero la crisis como tal y la tendencia de la tasa de ganancia a disminuir, son todavía entendidas como procesos económicos, ajenos a la lucha de clase. Como O'Connor señala, "el énfasis cuando menos, de la teoría tradicional es que la fuerza humana de trabajo es tratada con éxito como si fuera meramente un objeto de cambio y trabajo, y que los trabajadores tienen poco o ningún poder para revertir, mucho menos redefinir, el proceso de autoexpansión del capital excepto en el caso de una revolución socialista"¹⁷.

Paradógicamente, lo que debía ser una teoría de la fragilidad capitalista se convierte en una construcción de la reproducción capitalista. A menudo ésto adquiere matices sumamente funcionalistas: la reproducción capitalista se vuelve un círculo cerrado hasta el momento en que se da una revolución socialista, por supuesto.

Las leyes del movimiento capitalista prescriben determinada vía de evolución, y hasta el día de la revolución los trabajadores son objeto de dominación.

En años recientes se han sucedido intentos por liberarse del determinismo y del funcionalismo de la tradición de la economía marxista, procurando desarrollar una "teoría política marxista".

El intento por desarrollar una

teoría política marxista surge de la crítica a la exposición que hace Marx de su método en el "Prólogo" de 1859, discutido anteriormente.

En tanto que se tomó a éste como la prescripción definitiva del método marxista —y tal fue el caso durante muchos años para la "ortodoxia" marxista de los partidos comunistas—, se descuidó la discusión teórica acerca del Estado, dado que lo político era visto simplemente como parte de la superestructura. A partir de la crisis de la ortodoxia de los partidos comunistas ocurrida desde los años sesenta en adelante, al "Prólogo" de 1859 se le criticó por no permitir autonomía suficiente a la superestructura, particularmente a los niveles político e ideológico. Poulantzas en particular argumentó persuasivamente que la autonomía relativa de los distintos niveles le permitía a uno desarrollar una ciencia política marxista distinta, que complementaría la economía desarrollada por Marx en *El Capital*. Desde esta perspectiva, el problema de la tradición económica marxista es el ser incompleta y sobreestimada en el esquema teórico. La lógica de esta postura consiste en afirmar que el marxismo debería desarrollarse de una teoría económica de la sociedad, a una teoría interdisciplinaria de la sociedad (siendo el factor económico determinante en última instancia).

El problema de la perspectiva interdisciplinaria es simplemente el de añadir fetichismo al fetichismo. El enfoque de la economía marxista

no es incompleto, pero es superficial, en el sentido de que da por sentada la separación de las relaciones sociales en la forma de relaciones económicas y relaciones políticas. Pretender complementar ese enfoque con un análisis de lo político que de manera similar considera a "lo político" como un punto de partida para el análisis, solamente multiplicaría la superficialidad, ocultando todavía más de nuestra visión la unidad de las relaciones sociales fragmentadas. Decir, por ejemplo, que una crisis no es sólamente económica, sino también política, no sirve de ayuda alguna, a menos que al mismo tiempo se cuestione la naturaleza de lo político y lo económico. En la práctica lo que ocurre a menudo es que los análisis "políticos" sencillamente aceptan como dados los marcos conceptuales elaborados en los análisis de los economistas.

Los supuestos funcionalistas de gran parte del análisis marxista (particularmente de la tradición de la economía marxista) frecuentemente se reproducen en la noción misma de crisis. La crisis, como se vio más arriba, no implica simplemente un rompimiento, sino, también, un salto cualitativo, una intensificación del proceso de cambio. La teoría de la crisis presenta dos aspectos, ambos contemplados en la reflexión hecha por Marx en *El Capital*. Por una parte, la crisis expresa un rompimiento en el patrón de acumulación y confronta al capital con indicios de su mortan-

dad; el descenso en la tasa de ganancia "atestigua la limitación y el carácter solamente histórico y transitorio del modo capitalista de producción"¹⁸. Por otra parte, la crisis obliga a una reestructuración del capital: por medio de la destrucción de los capitales poco eficientes y a través del aumento de la explotación se sientan las bases de un nuevo período de acumulación del capital. La crisis es al mismo tiempo un rompimiento y una reestructuración; implica a la vez la inestabilidad y la reestabilización de las relaciones de clase.

El problema radica en cómo interpretar la relación existente entre estas dos facetas de la crisis.

En distintos tiempos se enfatizan diversos aspectos de la crisis. A fines de los sesenta y principios de los setenta, cuando aún no era evidente para todos que Keynes no había resuelto el problema de la crisis del capitalismo, el énfasis en las discusiones sobre la crisis se ponía, sobre todo, en su inevitabilidad, y se la conceptualizaba como una ruptura en el proceso de acumulación.

A medida que la crisis se manifestaba y quedaba claro que la revolución no era inminente, el énfasis en la discusión cambió para ver a la crisis como un proceso de reestructuración, haciendo un intento por interpretar los cambios sociales como manifestaciones de la reestructuración del capital. Lo que se perdió con este cambio de énfasis fue lo relativo a la relación existente

entre las dos facetas de la crisis, a saber, la ruptura y la reestructuración.

Con frecuencia se supone que las dos facetas de la crisis son de hecho idénticas e inseparables. La destrucción de un patrón de acumulación es en sí misma la creación de la base de otro distinto: la crisis es una "destrucción creativa", dicho esto con la frase de Schumpeter¹⁹. Así, desde la perspectiva de Negri (a pesar de que Negri esté lejos de pertenecer a la tradición económica marxista ortodoxa acepta muchos de los presupuestos de la economía marxista), se pone de manifiesto la relevancia de Schumpeter, quien hizo evidente para la burguesía lo que Marx había señalado ya con años de anticipación, esto es, que las crisis son parte integral del desarrollo capitalista²⁰.

Parece existir un supuesto, tanto en el argumento de Negri como en las concepciones de muchos otros teóricos de la crisis, que la definen como un proceso de "destrucción creativa", y que asume que los dos aspectos de la crisis simplemente se funden. Pero esto es precisamente ahondar en el funcionalismo de la economía burguesa: si la crisis es también una inevitable reestructuración del capital, entonces la reproducción del mismo constituye un círculo cerrado del cual no hay escapatoria.

7. Crisis, fetichismo y composición de clase

Los dos aspectos de la crisis no

son idénticos: entre la concepción de la crisis como ruptura y la que la concibe como reestructuración, se encuentra todo un mundo de lucha.

La crisis es primeramente una ruptura, un rompimiento del patrón establecido de las relaciones de clase. Antes de una crisis se experimenta un estado de estabilidad aparente, un estado en el que se presume que los problemas graves, uno de ellos la crisis, ya han ido resueltos, que la lucha de clases es cosa del pasado. Ciertos fenómenos llegan a aceptarse como "normales": patrones en las relaciones internacionales, patrones de conflictos políticos, patrones de la estructura ocupacional y de la organización de la clase trabajadora, patrones de relación entre hombres y mujeres, entre adultos y niños, patrones de expresión cultural, etcétera. Al conflicto en estado latente se le entiende como armonía. Y entonces surge una ruptura, el conflicto se manifiesta, lo "normal" es puesto en tela de juicio, otras concepciones de esta normalidad se vigorizan, aparecen interconexiones anteriormente ocultas, y se ataca a los patrones de poder establecidos. El dique entero se viene abajo. La ira acallada no permanecerá así por más tiempo.

Toda sociedad de clases, toda sociedad en la que la mayor parte de la población está subordinada en la actividad diaria a los intereses de la minoría, es una sociedad inestable. A lo largo de toda la historia hay revueltas y disturbios acaecidos

mucho antes de que el capitalismo y sus crisis irrumpieran en el escenario mundial. Sin embargo, bajo el capitalismo la ruptura de los patrones establecidos sigue un ritmo perceptible, ritmo que se refleja en las teorizaciones acerca de la crisis, de los ciclos mercantiles, ondas largas, etcétera. La acumulación de cólera acallada encuentra una expresión en estos levantamientos, más ello no explica la regularidad rítmica de la crisis. La inestabilidad inherente a toda sociedad de clases asume una forma específica en el capitalismo, que puede ser explicada únicamente con referencia a las peculiaridades presentes en la relación que se da entre capitales (como lo hacen las teorías de la desproporcionalidad). O simplemente en términos de los patrones de distribución en la sociedad (como lo hacen las teorías del subconsumo). Con el objeto de entender a la crisis como expresión de la peculiar inestabilidad estructural del capitalismo derivada de la dominación de clase, hace falta encontrar un defecto, una falla geológica, -por así decirlo-, en la propia relación de explotación en "la forma económica específica en la que se le extrae el plusvalor impago al productor directo"²¹.

Marx analizó esta inestabilidad fundamental que se da en la relación del capital en su análisis del plusvalor. Los capitalistas, a diferencia de las clases dominantes de las sociedades de clase que les precedieron, se ven forzados a través

de la competencia a incrementar el nivel de explotación por obra de la competencia, a aumentar la cantidad de plustrabajo extraído a los productores directos. Es esta "... sed vampiresca de sangre viva de trabajo"²² la que le confiere al capitalismo su singular inestabilidad. Como Marx asiente en *El Capital*, la ambición del capitalista por apoderarse del plusvalor asume dos formas fundamentales. La primera es el plusvalor absoluto, la lucha del capital para alargar la jornada laboral con el objeto de incrementar el plusvalor producido. Esta situación llega hasta un punto en el que la supervivencia de los trabajadores se ve amenazada y por ende la supervivencia del capital mismo. La promulgación de la legislación laboral que limita las jornadas de trabajo obliga al capital a satisfacer su ambición de forma distinta. En lugar de alargar constantemente la jornada laboral, intenta reducir la proporción de la jornada que reproduce el valor de la fuerza de trabajo del obrero. Esto se logra primordialmente por medio de la innovación tecnológica y mediante la consecución de mayores niveles de productividad y eficiencia. En tanto que las mercancías se producen con mayor rapidez, la magnitud de su valor (que está determinada por la cantidad de trabajo socialmente necesario para producirlas) consiguientemente disminuye. En la medida en que las mercancías que consumen los trabajadores pierden valor, la propia fuerza de trabajo

pierde valor, a pesar de que puedan subir los niveles de vida. Como resultado de ello, con una jornada laboral de duración controlada, se dedica menos tiempo a producir el valor equivalente a la fuerza de trabajo del trabajador, y más tiempo es el dedicado a generar plusvalor. A esta forma de aumentar el plusvalor, Marx la denomina plusvalor relativo.

El plusvalor relativo implica una búsqueda constante de innovación tecnológica y una continua reorganización de los procesos de trabajo y de producción. Implica también un cambio en la relación existente entre trabajo vivo (el trabajador en acción), y trabajo muerto (la maquinaria y las materias primas, el producto del trabajo muerto): conforme progresá la tecnología, se da una tendencia en la que cada trabajador opera sobre una mayor cantidad de maquinaria y de materias primas. En términos de la composición del capital, esto tiende a expresarse como un aumento relativo en aquella parte del capital invertido en lo que es el capital constante (maquinaria y materias primas) y un descenso relativo del capital variable (la parte del capital invertida en la compra de fuerza de trabajo): así se da, como Marx lo observó, un incremento en la composición orgánica del capital.

La búsqueda de plusvalor relativo significa, entonces, que el capital nunca está estable, está siempre, inquieto, constantemente buscando el cambio, difiriendo así de las cla-

ses dominantes pertenecientes a las sociedades de clase del pasado. Asimismo expelle de continuo, en términos relativos, trabajo vivo que es la única fuente de su existencia en los procesos de producción. Es exclusivamente el trabajo vivo el que produce valor, y en la medida en que el capital se recarga sobre el trabajo muerto la proporción entre el plusvalor generado (por el trabajo vivo) y la inversión total del capitalista tiende a disminuir. En otras palabras, la búsqueda de plusvalor relativo se asocia a la tendencia al descenso de la tasa de ganancia.

La tendencia a la baja de la tasa de ganancia, analizada por Marx en el tercer volumen de *El Capital* es, por lo tanto, una manifestación económica de los constantes cambios en la organización de los procesos de producción. Los mismos cambios garantizan que el antagonismo entre trabajo y capital se mantenga vivo. La resistencia y la violencia latente son inherentes a cualquier relación de subordinación. Existe un antagonismo inclusive entre el esclavo más sumiso y el amo más dominante, una tensión (posiblemente implícita) de mutua dependencia que hace de ella una relación dinámica. La dependencia del capital de cambios constantes en la producción, de la continua búsqueda de aumentos en el plusvalor obtenido, garantiza que el antagonismo existente entre trabajo y capital se mantenga abierto y constante, inclusive durante períodos de estabilidad relativa. Los trabajado-

res se organizan, defensiva y ofensivamente; la lucha de los capitalistas por mantener el control es inseparable de la lucha de clases, tanto en sus variadas formas de ataque y contraataque, como en los cambios en la composición del trabajo y del capital. Una vez más, surge aquí a la vista, la dinámica inestable del capitalismo. Mientras más exitosa sea la acumulación de plusvalor generado por el capital, mayor será la cantidad de trabajo que se convertirá en una fuerza destructiva dentro de su seno. Un periodo de acumulación exitosa se expresa potencialmente en el aumento de la fuerza de la clase trabajadora y de su organización, en tanto que el desempleo es reducido y la capacidad de negociación del trabajo se ve vigorizada. Mientras más exitoso sea el capital, destaca más la contradicción fundamental de su existencia: su dependencia del trabajo. Todos los amos dependen para sobrevivir de sus sirvientes. En el caso del capital, este hecho fundamental le es recordado justamente cuando llega a sentirse invulnerable.

La producción de plusvalor relativo lleva consigo mismo su propia fuerza destructiva, que se manifiesta tanto en la tendencia de la tasa de ganancia a disminuir, como en el aumento de la composición de la clase trabajadora. Cuando los períodos de rápida acumulación progresan, se da una tendencia de la clase trabajadora que la lleva a organizarse y aumentar en fuerza y combatividad, en tanto que la tasa

de ganancia cae, se vuelve cada vez más difícil para el capital alcanzar la tasa de ganancia que esperaba, como también se dificulta cualquier reorganización del proceso de producción. Los antagonismos se intensifican, las contradicciones capitalistas se hacen patentes, las interconexiones entre fenómenos previamente desvinculados surgen a la luz, y el capitalismo como forma de organización social es, cada vez más, criticado ampliamente. Se aprecia que el capitalismo está en crisis. A esta crisis se la percibe como crisis de la economía: las ganancias disminuyen, se intensifica la competencia, las corporaciones quedan en bancarrota y sectores completos y aún países enteros declinan estrepitosamente. Mas esto no es solamente apreciado en tanto que fenómeno económico. Es visto a sí mismo como una crisis del Estado: si antes el Estado parecía capaz de garantizar un desarrollo armonioso de la sociedad, ahora ello es muy dudoso. Todo esto representa, también, una crisis de la familia, de la moral, de la religión, de las estructuras sindicales, de todo lo que previamente parecía asegurar la estabilidad social y hoy en día no puede hacerlo más. Existe una arraigada convicción en la clase capitalista de que las cosas no pueden continuar así. El proceso de constante cambio inherente al capitalismo es considerado insuficiente en estos tiempos hace falta algo más radical. El proceso anterior de cambio es visto ahora como parte

de un patrón que ya ha llegado a su fin.

Esto es una crisis, una ruptura en el patrón de las relaciones sociales. Para la clase capitalista el futuro es incierto, peligroso. Aparte del ataque a la fortaleza del trabajo organizado o a cualquiera que se juzgue subversivo, no hay camino claro a seguir. Se hacen llamados por regresar a la moralidad, a las disciplinas, al orden. Ello no es reestructuración: es ruptura.

Evidentemente, la ruptura puede contener en sí la posibilidad de la reestructuración. Para algunos sectores de la clase capitalista ya no hay futuro: las bancarrotas aumentan con celeridad, partidos políticos asociados con el anterior orden social experimentan un declive irreversible. Sin embargo, nuevas industrias pueden ocupar el lugar de las viejas, nuevos partidos políticos pueden surgir, la decadencia económica de un país podría balancearse por obra del encumbramiento económico de otro. El camino a seguir no es claro, mas hay toda una serie de experimentos alrededor de nuevas formas gerenciales, de nuevas tecnologías, de relaciones distintas entre el estado y la industria, de nuevos patrones de organización política. Bien puede ser que la composición de la clase trabajadora pueda efectivamente romperse mediante una combinación de violencia, restricciones legales y reorganización económica. Puede ser que, entonces, el capital sea capaz de imponer todos los cambios de

producción que le convienen. Todo ello podría ocurrir, mas no está pre-determinado en manera alguna.

Puede ser que después de algún tiempo, el capital tenga más confianza en el futuro, que sea posible discernir bases tentativas de un nuevo patrón de acumulación relativamente estable. Esta es la situación en la que nos encontraremos por el momento. Es en este punto que el funcionamiento marxista se vuelve mucho mas insidioso. Hay todo un mundo nuevo de análisis académico que apenas se inaugura: teorizar acerca de nuevos patrones de acumulación, el bautizar una nueva forma de dominación, y al hacerlo, llegar a consolidarla. La crisis como ruptura queda olvidada, o recordada solamente considerándola como fase preliminar a la restructuración. Se considera a los nuevos patrones como establecidos, habiendo "emergido" en calidad de nueva realidad que habrá de ser acomodada, en vez de visualizarlos como proyectos que el capital tiene todavía que imponer por medio de una seria y dura lucha. De ser el marxismo una teoría de la lucha, una vez que la lucha ha sido olvidada, fácilmente se torna en una teoría de la dominación.

Esto no puede ser así. El rompimiento de un patrón de relaciones sociales no implica su exitosa e inmediata restructuración. Podría ser que la ruptura lleve en sí la posibilidad de restructuración. Podría asimismo ocurrir que esa posibilidad se realice, como ha ocurrido

en el pasado. Pero ello no es seguro, inclusive ahora, y si un nuevo patrón relativamente estable de relaciones sociales capitalistas se establece, éste no habrá emergido simplemente, sino que será el resultado de una larga y sangrienta lucha. Entre la crisis como ruptura y la crisis como restructuración hay un abismo de posibilidades, un "salto mortal" que habrá de dar el capital sin garantía de un aterrizaje seguro, entre ruptura y restructuración hay una historia mundial de lucha.

• Traducción de Carolina Terán Castillo.

Notas

¹ M. Rader, *Marx's interpretation of history*, Nueva York, 1979, p. 187, citado por O'Connor, 1987, p. 55.

² R. Stern, "History and crisis", 1970, citado por O'Connor en el periódico *Past and Present* nº 52, Londres.

³ J. O'Connor, *The Meaning of Crisis*, Oxford, Ed. Blackwell, 1987, p. 49.

⁴ Carlos Marx. *El manifiesto del partido comunista*, en *Obras Escogidas*, Moscú, Ed. Progreso, 1970, p. 378.

⁵ Carlos Marx, *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, 1859, México, Siglo XXI Editores, 1979, p. 20-21.

⁶ Carlos Marx, *El Capital*, tomo III, vol. 8, México, Siglo XXI Editores, 1976, p. 1007.

⁷ A. Negri, "Marx on cycles and crisis" en A. Negri, *Revolution Retried*, Ed. Red Note, Londres, 1984, p. 198.

⁸ En la versión inglesa de *El Capital* se señala que una mercancía es un "objeto fuera de nosotros", por esa razón, en lo subsiguiente aparecerán ambas traducciones cuando se haga referencia a este pasaje. (N. del T.)

⁹ F. Hegel, *Phenomenology of Spirit*, Oxford, Oxford University Press, 1977, p. 46. (Esta misma obra ha sido editada en español por el Fondo de Cultura Económica bajo el título *Fenomenología del espíritu*. N. del T.)

⁹ Carlos Marx, *El Capital*, op. cit., tomo I, vol. 1, p.99.

¹⁰ Ibídem, tomo III, vol. 8, p. 1056.

¹¹ Ibídem, tomo I, vol. 1, p.214.

¹² Ibídem, p. 93. (En la versión inglesa de *El Capital* aparece en este pasaje la figura "neblina" en vez de "velo", es por eso que en lo sucesivo se respetará esta imagen para mantener el sentido de lo expuesto por el autor. N. del T).

¹³ Ibídem, tomo III, vol. 8, p.1041, subrayando mío. (La cita tomada directamente de *El capital* en la edición de Siglo XXI, no recupera el sentido de la frase en su versión en inglés en donde se alude a "*aunque ellas sean comprensibles a la mentalidad popular*" que creamos, refleja mucho más el propósito teórico de J. Holloway. N. del T).

¹⁴ S. Clarke, "The value of value", revista *Capital and Class* nº 10, Londres, 1980, p. 5.

¹⁵ M. Itoh, *Value and Prices*, Londres, Ed.Plutho, 1980, p.132.

¹⁶ Ibídem, p. 135-136.

¹⁷ J.O'Connor, op. cit., p.91.

¹⁸ C.Marx, *El Capital*, op. cit., tomo III, vol. 6 p. 310.

¹⁹ J. Pérez, "Structural change and assimilation of new technology in the economic and social system", publicado en el periódico Future, Londres, octubre, 1990, p.159.

²⁰ A. Negri, op. cit., p. 198.

²¹ C.Marx, *El Capital*, op. cit, tomo III, vol. 8, p. 1007.

²² Ibídem, tomo I, vol. 1, p. 309.

michael löwy

LA CRITICA MARXISTA DE LA MODERNIDAD

El romanticismo contra la modernidad capitalista

El romanticismo contra la modernidad capitalista Los primeros críticos de la sociedad burguesa moderna de la civilización capitalista creada por la Revolución Industrial fueron -más de medio siglo antes de Marx- los poetas y escritores románticos. El Romanticismo nació en la segunda mitad del siglo XVIII, pero nunca dejó de ser un componente esencial de la cultura moderna hasta nuestros días. Lo que habitualmente se llama Movimiento Romántico en las artes y letras, sobre todo a comienzos del siglo XIX, es sólo una de sus múltiples y diversas manifestaciones. En cuanto *Weltanschauung*, es decir, visión global del mundo, estilo de pensamiento, estructura de sensibilidad fundamental, puede encontrarse no solamente en obras de poetas y escritores creadores de un universo fantástico e imaginario como Novalis, E.T. Hoffmann y los surrealistas, sino también en las novelas de auténticos realistas como Balzac, Dickens y Thomas Mann, no solamente entre artistas como Delacroix o pintores Pre-Rafaelistas, sino también entre economistas como Sismoni o sociólogos como Tönnies.

Se puede definir la visión romántica del mundo como una crítica generalizada de la civilización industrial (burguesa) moderna en nombre de ciertos valores sociales y culturales precapitalistas. La referencia a un pasado (real o imaginario) no significa necesariamente que ella tenga una orientación regresiva o reaccionaria. Puede ser también muy revolucionaria como puede ser reaccionaria. Las dos tendencias se hicieron presentes en el Romanticismo desde sus orígenes hasta nuestros días: basta ver los contemporáneos Burke y Rousseau, Coleridge y Blake, Balzac y Fourier, Carlyle y William Morris, Heidegger y Marcuse. A veces el conservador y el revolucionario coinciden en el mismo pensador como en el caso de Georges Sorel.

La primera ola anticapitalista romántica era la respuesta a la Revolución Industrial y a sus consecuencias económicas, sociales y culturales durante el siglo XIX. Pero el interés y la pertinencia de su crítica de la sociedad industrial y del trabajo industrial están lejos de ser sólo históricos. Esta crítica no se

relaciona solamente con los aspectos específicos, abusos e injusticias específicos de este primer período -como por ejemplo la pauperización absoluta de los obreros, el trabajo infantil, el *laissez faire salvaje*, las jornadas de catorce horas- sino con las características más generales, esenciales y permanentes de la civilización (industrial/capitalista) moderna, desde el fin del siglo XVIII hasta nuestros días.

La crítica romántica muy pocas veces fue sistemática o explícita y tampoco se refiere directamente al capitalismo como tal.

En la sociología y filosofía social alemanas del fin del siglo XIX existen ciertas tentativas de sistematización: en ellas existen la oposición entre *Kultur*, un conjunto de valores sociales, morales y culturales tradicionales, y *Zivilisation*, desarrollo económico material y técnico moderno -frío y "sin alma"; o la oposición entre *Gemeinschaf* (la comunidad orgánica) y la *Gesellschaft*, agregado mecánico y artificial de individuos alrededor de fines utilitarios.

El rasgo central de la civilización industrial (burguesa) que el Romanticismo anticapitalista critica no es la explotación de los obreros o la desigualdad social -aunque estos aspectos sean a veces denunciados, especialmente por la izquierda romántica- sino la cuantificación de la vida, es decir la dominación total del valor (cuantitativo) de intercambio, los cálculos fríos del precio y utilidades, las leyes del mercado, sobre el conjunto del tejido social. Todas las otras características negativas de la sociedad moderna son percibidas intuitivamente por los románticos como productos de esa fuente crucial y decisiva de corrupción: por ejemplo, la religión del dios Dinero (lo que Carlyle llama "el Mammonismo"), la decadencia de todos los valores cualitativos -sociales, religiosos, éticos, culturales o estéticos-, la disolución de todos los lazos humanos cualitativos, la muerte de la imaginación, la uniformización tediosa de la vida, la relación puramente "utilitaria" -cuantitativamente calculable- de los seres humanos entre sí, y con la naturaleza. El envenenamiento de la vida social por el dinero, y del medio ambiente por el *smog* industrial, son percibidos por muchos románticos como fenómenos paralelos, consecuencia de la misma raíz perversa.

Marx: la crítica dialéctica de la modernidad

Aparentemente, Marx nada tenía que ver con el Romanticismo. Rechazó como "reaccionario" cualquier sueño de volver al artesanado o a otros modos precapitalistas de producción. Celebró el papel históricamente progresista del capitalismo industrial, no solamente al desarrollar las fuerzas productivas a una escala gigantesca y sin precedentes, sino también al crear la universidad, la unidad de la economía mundial -una precondición esencial para la futura humanidad socialista. Alabó también la modernidad capitalista por haber puesto a descubierto la explotación en las sociedades precapitalistas, pero este elogio esconde una punta de ironía: al introducir formas más brutales, más

abiertas y cínicas de explotación, el modo capitalista de producción favorecía el desarrollo de la conciencia y de la lucha de clases de los oprimidos. El anticapitalismo de Marx no tiene por blanco la negación abstracta de la civilización industrial (burguesa) moderna, sino más bien su *Aufhebung*, es decir simultáneamente su abolición, la conservación de sus logros más importantes, y su superación por un modo de producción superior (el socialismo).¹

Su enfoque es dialéctico: considera el capitalismo como un sistema que “transforma cada progreso económico en una calamidad pública”². Es cuando analiza las calamidades sociales resultantes de la civilización capitalista moderna (y cuando se interesa por las comunidades precapitalistas) que él comparte, por lo menos en alguna medida, la tradición romántica.

Tanto Marx como Engels tenían en gran estima ciertos críticos románticos del capitalismo industrial, con quienes tenían una deuda intelectual inegable. Su obra fue significativamente influenciada no solamente por los economistas románticos como Sismondi -frecuentemente confrontado y comparado con Ricardo en los escritos económicos de Marx- o el populista ruso Nikolai Danielson, con quien intercambiaron correspondencia durante veinte años, sino también por escritores como Dickens y Balzac, por filósofos sociales como Carlyle, por historiadores de la antigua comunidad como Maurer, Niebuhr y Morgan- sin mencionar los socialistas románticos como Fourier, Leroux o Moses Hess.

El interés de Marx y Engels por las comunidades rurales *primitivas* -desde la *Gens* griega hasta la vieja *Mark* germánica y la *obschchina* rusa- resulta de su convicción de que estas formaciones antiguas incorporaban *cualidades* sociales perdidas por las *civilizaciones* modernas, cualidades que prefiguran ciertos aspectos de una futura sociedad comunista. En una carta a Engels del 25 de marzo de 1868, Marx explicaba simultáneamente la semejanza y la diferencia entre su concepción de la historia y la del romanticismo tradicional: mientras la reacción romántica a la ilustración tomaba una forma medieval, la nueva reacción -compartida por los socialistas y por los eruditos como Maurer- consiste en remontar más allá de la Edad Media hacia una era primitiva de cada nación, es decir hacia viejas comunidades igualitarias³ De hecho, la nostalgia por las formas de vida medievales está lejos de ser la única forma de Romanticismo: las sociedades primitivas y las comunidades rurales tradicionales sirvieron de referencia a las críticas románticas de la civilización, desde Rousseau hasta los populistas rusos; Marx y Engels mantenían lazos con esta tendencia en el seno de la tradición romántica.

La crítica de Marx a la civilización industrial/capitalista no se restringe a la propiedad privada de los medios de producción: es mucho más amplia, radical y profunda. Es el conjunto del modo existente de producción industrial y el conjunto de la sociedad burguesa moderna que él cuestiona —con argumentos y actitudes muchas veces similares a las de los románticos. De hecho, el

Romanticismo es una de las fuentes olvidadas de Marx, una fuente que es también tan importante para su trabajo como el neohegelianismo alemán o el materialismo francés. La crítica de la cuantificación de la vida en la sociedad industrial (burguesa) ocupa un lugar central en los escritos de juventud de Marx, especialmente en los *Manuscritos de 1844*. Según este texto, el poder del dinero es tan grande en el capitalismo que le permite destruir y disolver todas las "cualidades humanas y naturales", sometiéndolas a su propia medida puramente cuantitativa: "la cantidad de dinero deviene cada vez más su única característica poderosa; en la medida en que ella reduce cada entidad a su propia abstracción, se reduce a sí misma a su propio movimiento como entidad cuantitativa". El intercambio entre cualidades humanas concretas —amor por amor, confianza por confianza— es sustituido por el intercambio abstracto del dinero por una mercancía. El mismo trabajador es reducido a una condición de mercancía, la mercancía humana (*Menschenware*), tornándose un ser condenado, "física y espiritualmente deshumanizado (*entmenschtes*)", forzado a vivir en las cavernas modernas peores que las primitivas por estar "envenenadas por el soplo pestilente de la civilización". Así como un comerciante de piedras preciosas "solamente ve su valor mercantil, y no la belleza o la naturaleza particular de las piedras", así también los individuos en la sociedad capitalista pierden su sensibilidad material y espiritual y en su lugar ponen el sentido exclusivo de la posesión. En una palabra: el *ser*, la libre expresión de la riqueza de la vida por las actividades sociales y culturales, es crecientemente sacrificado al *haber*, a la acumulación del dinero, mercancías y capital⁴.

Estos temas de los escritos de juventud son menos explícitos en *El Capital*, pero aun así presentes: por ejemplo en el pasaje muy conocido donde Marx compara el *ethos* de la civilización capitalista moderna, que está únicamente interesada en la producción cada vez mayor de mercancías y la acumulación del capital —es decir en la "cantidad y el valor de intercambio"— con el espíritu de la antigüedad clásica que se basa "exclusivamente en la cualidad y el valor de uso"⁵.

El principal objeto de *El Capital* es evidentemente la explotación del trabajo, la extracción de la plusvalía por los propietarios capitalistas de los medios de producción. Pero contiene también una crítica radical de la propia naturaleza del trabajo industrial moderno. En su acta de acusación contra el carácter deshumanizador del trabajo industrial/capitalista, *El Capital* es aún más explícito que los *Manuscritos de 1844*, y hay indudablemente un lazo entre esta crítica y las de los románticos.

Obviamente Marx no sueña, como los románticos, en restablecer el artesanado medieval, sin embargo entiende el trabajo industrial moderno como una forma social y culturalmente degradada en relación a las cualidades humanas del trabajo precapitalista: "Los conocimientos, la inteligencia y la voluntad que despliegan el campesino y el artesano independientes" se pier-

den entre los obreros parcelarios de la industria moderna. Al analizar esta degradación, Marx llama la atención en primer lugar sobre la división del trabajo, que “estropea al trabajador y lo transforma en algo monstruoso activando el desarrollo ficticio de su habilidad para el detalle, sacrificando toda una gama de disposiciones e instintos productores”; en este contexto se refiere al romántico conservador (*tory*) David Urquhart: “Subdividir un hombre, es ejecutarlo, si él mereció una sentencia de muerte; es asesinarlo si él no la merece. La subdivisión del trabajo es un asesinato de un pueblo”. En lo que se refiere a la máquina, en cuanto tal un elemento de progreso, en el actual modo de producción deviene una maldición para el obrero: saca todo el interés al trabajo y “reduce toda la actividad libre del cuerpo y del espíritu”. Gracias a la máquina capitalista, el trabajo “deviene una tortura” porque —y aquí Marx cita el libro de Engels, *La condición de la clase obrera inglesa*— se reduce a “una fastidiosa uniformidad de una labor sin fin... siempre la misma” que “se parece al suplicio de Sísifo; como una piedra, el peso del trabajo recae siempre y sin piedad sobre el trabajador agotado”. El obrero se transforma en apéndice vivo de un mecanismo de muerte, obligado a trabajar con la “regularidad de una pieza de máquina”. En el sistema industrial moderno, toda la organización del proceso de trabajo aplasta la vitalidad, la libertad y la independencia del trabajador. A este cuadro bastante sombrío añade la descripción de las condiciones materiales en las cuales se realiza el trabajo: sin espacio, sin luz o aire, ruido ensordecedor, atmósfera impregnada de polvo, mutilaciones y homicidios por las máquinas, y una infinidad de enfermedades resultantes de la “patología industrial”⁶. En una palabra, las cualidades naturales y culturales del obrero como ser humano son sacrificadas por el capital con fines puramente cuantitativos de producir más mercancías y obtener más ganancias.

La concepción marxista del socialismo está íntimamente ligada a esta crítica radical de la civilización moderna industrial/capitalista. Implica un cambio cualitativo, una nueva cultura social, un nuevo modo de vida, un tipo de civilización diferente que restablecerá el papel de las “cualidades sociales y naturales” de la vida humana, y el papel del valor de uso en el proceso de producción. Ello exige la emancipación del trabajo, no solamente por la “expropiación de los expropiadores” y el control del proceso de producción por los productores asociados, sino también por una transformación completa de la naturaleza del propio trabajo.

¿Cómo alcanzar este objetivo? Marx analiza esta problemática sobre todo en los *Grundrisse* (1857-58). En su opinión, en la comunidad socialista, el progreso técnico y el maquinismo reducirán drásticamente el tiempo de “trabajo necesario” —el trabajo exigido para satisfacer las necesidades fundamentales de la comunidad. La mayor parte del tiempo cotidiano quedará libre para lo que él llama, siguiendo a Fourier, trabajo *atractivo*; es decir un trabajo realmente libre, un trabajo que es la autorrealización del individuo. Ese trabajo,

esa producción —tanto material como espiritual— no es simplemente un juego (y aquí Marx se aleja de Fourier), sino que puede exigir el más grande de los esfuerzos y seriedad; Marx menciona como ejemplo la composición musical⁷.

Sería totalmente errado inducir de estas notas que Marx era un romántico: él debe mucho más a la Filosofía de la Ilustración y a la Economía Política Clásica que a los críticos románticos de la civilización moderna. Pero éstos le ayudaron a percibir los límites y las contradicciones de aquélla. En un pasaje muy revelador de los *Manuscritos de 1844*, Marx se refiere a la contradicción entre los viejos propietarios terratenientes y los nuevos capitalistas, expresada en la polémica entre los autores románticos (Justus Möser, Sismondi) y los economistas políticos (Ricardo, Mill): "esta oposición es extremadamente agria y cada campo afirma la verdad acerca del otro"⁸. De igual manera, es un tema recurrente en sus últimos escritos económicos la afirmación de que Sismondi es capaz de ver las limitaciones de Ricardo, y viceversa.

Las ideas del propio Marx no eran románticas, ni utilitaristas, sino una tentativa de *Aufhebung* dialéctica de ambas, en una visión del mundo nueva, crítica y revolucionaria. Ni apologético de la modernidad burguesa, ni ciego a sus logros, Marx tenía por blanco una forma superior de organización social, que integrara no sólo los avances técnicos de la sociedad moderna sino también algunas de las cualidades humanas de las comunidades precapitalistas —y sobre todo que abriera un campo nuevo e ilimitado al desarrollo y enriquecimiento de la vida humana.

Socialismo y modernidad después de Marx

Después de la desaparición de Marx, la tendencia dominante en el marxismo fue la que, retomando una sola dimensión de la herencia marxista, resultó en un culto acrítico del progreso, del industrialismo, del maquinismo, del Fordismo y del Taylorismo. El estalinismo, con su productivismo enajenante y su obsesión por la industria pesada, es una triste caricatura de este tipo de "corriente fría" en el marxismo (para emplear la terminología de Ernst Bloch).

Pero existe también una "corriente caliente", cuya crítica radical y "globalizante" de la civilización moderna se nutre tanto en Marx como en la tradición romántica anticapitalista. Este tipo de "socialismo romántico" subraya la ruptura y la discontinuidad esencial entre la utopía socialista -como modo de vía y trabajo cualitativamente diferente— y la modernidad industrial presente, sin ocultar al mismo tiempo su nostalgia por ciertas formas sociales y culturales precapitalistas.

Es claro que este socialismo "antimodernista" no está inmunizado contra las tentaciones unilaterales. Su fuerza y su debilidad pueden ser ilustradas por la obra de uno de sus primeros representantes, William Morris. Inicialmente poeta y artista romántico, miembro de la Fraternidad Prerrafaelista, Morris se adhiere al movimiento socialista durante el último cuarto del siglo XIX. Su

crítica cortante y acerada de la sociedad capitalista/industrial debe tanto a la ideología romántica de Ruskin como a Marx. Al referirse a John Ruskin en un artículo intitulado “Cómo me volví socialista” (1894), Morris escribe: “A través de él (Marx) aprendí a dar forma a mi descontento, que —confieso— no era vago en absoluto. Además del deseo de producir cosas bellas, la pasión dominante de mi vida era y es el odio a la civilización moderna”⁹.

La característica principal de esta civilización es, para William Morris, “el trabajo inútil”, es decir la producción para el mercado mundial, lo más barato posible, de una “cantidad ilimitada de tonterías inútiles”. Las mercancías son hechas “para ser vendidas y no para ser utilizadas”: los propietarios de las máquinas son indiferentes a su calidad, en la medida que pueden encontrar compradores para ellas¹⁰. El “comercialismo” acabó con el arte popular, que existía y florecía en todas las formas de producción anteriores a la expansión del sistema de la manufactura capitalista; destruyó todo el placer, toda la variedad y toda la imaginación en el trabajo. Morris está íntimamente convencido que no hay “ninguna necesidad para todo esto, excepto la necesidad de moler (*grinding*) los beneficios de las empresas con la vida de seres humanos”¹¹.

No obstante, Morris no se opone al maquinismo como tal. En su utopía socialista *Noticias de ninguna parte* (1890) describe un sistema de producción donde todo el trabajo manual desagradable se realizaría con las máquinas muy perfeccionadas; y para todo trabajo manual agradable ninguna máquina sería utilizada”. Al igual que Marx, Morris cuenta con el progreso técnico para emancipar al obrero del trabajo aburrido y liberar el tiempo para el trabajo agradable y creativo. Y se inspira en Fourier para anunciar la esperanza de que el trabajo se volverá, en una comunidad socialista, “un placer sensual consciente” semejante a la actividad del artista¹².

Como su amigo John Ruskin, Morris consideraba el arte no como un lujo sino como una dimensión esencial de la vida humana. El arte era todo lo hecho por personas libres que sentían placer en su trabajo. En su utopía romántico-socialista la mayoría de bienes útiles son productos manuales e implicaban una calidad artística, como el artesanado clásico; no poseen otra retribución que la creación misma, y no son vendidos ni comprados (el dinero no existiría) sino son gratuitamente cedidos a aquellos que los deseen o tienen necesidad de ellos.

Marx se refiere muchas veces a los románticos —hasta a los que apreciaba como Sismondi— como a “reaccionarios”. Hubo sin duda momentos regresivos o conservadores en la mayoría de los románticos. Hasta en un socialista romántico como William Morris quien participó activamente en el movimiento obrero inglés creando la Liga Socialista, se puede encontrar un aspecto patriarcal y regresivo, que se manifiesta en su actitud negativa hacia lo que él llama con ironía “este problema de la emancipación de la mujer en el siglo

XIX", como también en su visión fundamentalmente conservadora de la división sexual del trabajo: el cuidado de los niños y los trabajos domésticos están presentes en su utopía como actividades exclusivamente femeninas¹³.

Elegimos William Morris como ejemplo, pero sería un grave error concluir que el marxismo romántico de la civilización moderna es un fenómeno del siglo XIX. En Inglaterra, por ejemplo, Morris pareció olvidado durante decenios, pero en el decurso de los últimos treinta años, autores marxistas cercanos a la tradición romántica como Raymond Williams y E.P. Thompson (autor de un libro excepcional sobre William Morris) poseen un vasto público más allá de los límites del campus universitario: E.P. Thompson es uno de los principales dirigentes e ideólogos del amplio movimiento pacifista y antinuclear de Inglaterra.

El centro principal de elaboración de este tipo de marxismo durante el siglo XX fue Alemania. Cada uno a su modo, Rosa Luxemburgo, G. Lukacs, Ernest Bloch y la Escuela de Francfort (especialmente W. Benjamin y Marcuse) integraron en sus interpretaciones del marxismo elementos de la tradición romántica. A través de Herbert Marcuse, esta crítica marxista semiromántica de la civilización moderna tuvo un profundo impacto en la Alemania contemporánea y en los Estados Unidos, influenciando no solamente la Nueva Izquierda y el movimiento estudiantil de los años 60, sino también (de una manera más difusa e indirecta) los movimientos sociales más recientes como el ecológico, el feminismo y el pacifista. Por consiguiente, lejos de ser una ideología anacrónica del siglo pasado, la "corriente cálida" del marxismo alcanzó su marea alta precisamente en nuestra época especialmente en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos —es decir en los países donde la civilización capitalista moderna alcanzó su desarrollo más puro, sistemático y despiadado.

Una de las razones que explica este renovado interés es, sin duda, la naturaleza poco atrayente del despotismo industrial burocrático (no-capitalista) de Europa del Este (y de Asia), que pudo difícilmente aparecer como una alternativa a las desgracias de la sociedad burguesa moderna— y tanto más cuanto que sus dirigentes trataron de imitar la tecnocracia y el productivismo occidentales.

La crisis actual de estas sociedades demuestra claramente lo que los marxistas opositores constataban ya en los años 30 (a propósito de la URSS estalinista): este tipo de sistema postcapitalista autoritario, fundado sobre la economía del orden, la industrialización exagerada, y la dictadura del aparato burocrático, se encuentra aún muy lejos del socialismo —es decir de un nuevo modo de producción y de vida, donde los productores asociados son los maestros del proceso de producción, una sociedad basada en la más amplia democracia y en la autogestión económica y política.

Contrariamente a lo que afirman en una bella voz unísona, la prensa liberal, los economistas burgueses, los gobiernos occidentales, y una parte de la

antigua nomenclatura, la modernidad capitalista —es decir la economía de mercado y el sistema de beneficios empresariales— no es la única alternativa posible a las catástrofes del despotismo industrial y de la planificación burocrática (el pretendido “socialismo real”). *Tertium datur*, existe una otra vía: la de la democracia socialista —es decir la autogestión generalizada (de la base hasta la cúpula), la planificación democrática por la propia sociedad, determinando libremente, después de un debate pluralista y abierto, las principales opciones económicas, las prioridades de inversión, las grandes líneas de la política económica.

Es la única vía que permite tener en cuenta las necesidades sociales reales (en términos de valor de uso) y la preservación del equilibrio ecológico. Es la solución que los numerosos movimientos alternativos reclaman, ecosocialistas y otros, nacidos en Europa del Este en los últimos meses, que rechazan tanto el totalitarismo burocrático de los regímenes caídos como el capitalismo occidental.

También, contrariamente a lo que afirman numerosos economistas y dirigentes (tanto de la nomenclatura como de la oposición liberal) en los países del Este, no hay un lazo directo y lógico entre modernización económica mercantil y democracia política, entre liberalismo económico y libertad política. La China de Deng Xiao Ping —el hombre de las “cuatro modernizaciones” pragmáticas y de la apertura al capital occidental— ha dado un desmentido extraordinario a esta doctrina. El ejemplo chino también muestra que si las reformas mercantiles pueden solucionar transitoriamente ciertos problemas creados por la planificación burocrática, ellas crean problemas nuevos, tan graves como las anteriores: desempleo, éxodo rural, corrupción, alza de precios, desigualdades sociales crecientes, regresión de los servicios sociales, criminalidad creciente, sumisión de la economía a los capitales imperialistas y a las imposiciones de los bancos internacionales. Son fenómenos que empiezan ya a parecer también en ciertos países de Europa del Este, y que amenazan producir una “latinoamericanización” de las economías y sociedades. América Latina es además un buen ejemplo del hecho de que la modernización capitalista es perfectamente compatible con las formas de estado más autoritarias y dictatoriales...

Hoy más que nunca, el marxismo debe ser “la crítica despiadada de lo que existe”. Pero no hay respuesta completa para los problemas de la transición al socialismo: ¿Cómo ir más allá de la modernidad industrial y conservar sus logros?; ¿cómo combinar la democracia representativa y la democracia directa, la planificación democrática con las supervivencias inevitables del mercado?; ¿cómo conciliar el crecimiento económico con los imperativos ecológicos de la preservación de la naturaleza? Nadie puede pretender poseer el monopolio de la verdad: Estas cuestiones y muchas otras exigen un debate pluralista y abierto.*

- Ponencia presentada en el encuentro "Modernidad y Post-modernidad en los Andes". Cuzco-Perú. Febrero 1990.

Notas:

- 1 Marx, Engels, *Über Kunst und Literatur*, Berlin, Verlag Bruno Henschel, 1948, p.231.
- 2 Marx *Le Capital*, vol. 1, Paris, Garnier-Flammarion, 1969, p. 350.
- 3 Marx-Engels, *Ausgewählte Briefe*, Berlin, Dietz Verlag, 1953, p. 233. Acerca de la relación Marx y Maurer y Morgan, ver L. Krader, *Ethnologie und Anthropologie bei Marx*, Frankfurt, Verlag Ullstein, 1976.
- 4 Marx, *National-Oekonomie und Philosophie*, 1844, in *Frühschriften*, ed. Landshut, Stuttgart, Kröner Verlag, 1953, pp. 240, 243, 255, 299, 301, 202. Ver también las páginas del *Manifiesto* que describen cómo el capitalismo ahoga todos los valores antiguos "en las aguas heladas del cálculo egoísta".
- 5 Marx, *Le Capital*, p. 269.
- 6 Ibid., pp. 259, 266, 268, 304, 306.
- 7 Marx, *Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie*, Berlin, Dietz Verlag, 1953, pp. 592-600.
- 8 Marx, *Frühschriften*, p. 248.
- 9 William Morris, *Political Writings*, ed. por A.L. Morton, Londres, Lawrence and Wishart, 1977, 1979, p. 243.
- 10 William Morris, *News from Nowhere* (1890), Londres, Lawrence and Wishart, 1977, p.276-279.
- 11 William Morris, "Useful Work Versus Useless Toil" (1884), in *Political Writings*, p. 102-103.
- 12 William Morris, *News from Nowhere*, pp. 274-275-280.
- 13 La ideología patriarcal no está necesariamente relacionada con la visión del mundo romántico. también se puede encontrar entre los racionalistas y los positivistas (como en el caso del propio Augusto Comte). Además existen escritores sensibles al combate por la emancipación de las mujeres entre los socialistas románticos desde Fourier hasta Marcuse.

E s p a c i o s

de crítica y producción

Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras- UBA

Comité de Redacción:

*Jorge Dotti, Gladys Palau,
José Sazbón y Pablo Gentili*

Asesor Editorial y Secretario de Redacción:

Carlos Dámaso Martínez

El precio de la suscripción por tres números es de U\$S 12 (doce dólares). Los pagos deben efectuarse mediante cheque bancario a la orden de la Facultad de Filosofía y Letras, Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil, en Puán 480, (1406), Buenos Aires, Argentina.

Editores Responsables:

*Maria Inés Vignoles y
Carlos Dámaso Martínez*

CUADERNOS DEL SUR responde a un acuerdo entre personas, las que integran el Consejo Editorial. La revista es ajena a toda organización. La pertenencia, actual o futura, de cualesquiera de sus integrantes a partidos o agrupamientos políticos sólo afecta a éstos de modo individual; no compromete a la revista ni ésta interfiere en tales decisiones de sus redactores.

CUADERNOS DEL SUR es un órgano de análisis y de debate; no se propone, ni ahora ni en el futuro, ser un organizador político ni promover reagrupamientos programáticos.

El Consejo asume la responsabilidad del contenido de la revista, pero deslinda toda responsabilidad intelectual en lo que atañe a los textos firmados, que corren por exclusiva cuenta de sus autores, cuyas particulares ideas no son sometidas a otro requisito que el de la consistencia expositiva. El material de la revista puede ser reproducido si se cita fuente y se añade la gentileza de comunicárnoslo. Las colaboraciones espontáneas serán respondidas y, en la medida de nuestras posibilidades, atendidas.

A nuestros lectores:

Como resultado del arco de relaciones establecidos a través de todos estos años y también de los desafíos que nos plantea la nueva situación internacional a partir de este número se incorporan al Consejo Editorial de **CUADERNOS DEL SUR** las siguientes personas: John Holloway Univ. Edinburgo , Escocia - Michael Löwy CNRS - Francia - Florestán Fernández USP - Brasil - Alejandro Gálvez C. Rev. "Crítica de la Economía Política" , México - Washington Estellano Rev. "Trabajo y Capital" Uruguay - Daniel Pereyra Rev. "Viento Sur" - España.

Cuadernos del Sur

1

BROCATO: Golpismo y militarismo en la Argentina/
LUCITA: Argentina: Reorganización del movimiento social y proyecto alternativo/**PLA:** Heterogeneidad y profundidad de la crisis mundial/**ALTVATER:** Una recuperación malsana/**GILLY:** La mano rebelde del trabajo/**WINNICK:** Rápido despliegue y guerra nuclear/**POZNANSKI:** Mayakovsky y la revolución, la ilusión del encuentro/

2

SPAGNOLO: La Transición y sus Problemas/**ABALO:** Economía Argentina en los años ochenta/**CANDIA:** Proceso Militar y Clase Obrera/**HUMPREY:** La fábrica moderna/**LAURRELL:** Crisis y Salud en América Latina/**LEQUENNE:** Arte, Historia y Sociedad/

3

LUCITA: Elecciones Sindicales/**DEL CAMPO:** Continuidad y Cambio en el Movimiento Sindical Argentino/**WRIGHT:** Intelectuales y Clase Obrera/**ANDA-SEGREL:** Política Informática en Países Dependientes/

4

GILLY: La Anomalía Argentina/**PLA:** Orígenes del Partido Socialista Argentino/**DABAT:** Crisis y Economía en América Latina/**DAVIS:** Reagan en pos del Milenio/**ANDERSON:** Modernidad y Revolución/**BAHRO:** Ecología y Socialismo/

5

ALTAMIRA: País en Transición/**CIEZA:** El FP una experiencia inédita/**LUCITA:** La Reforma Laboral/**CORIAT:** Taylorismo, Fordismo, Nuevas Tecnologías/**DEGREGORI:** Sendero Luminoso/**HARTMANN:** Marxismo y Feminismo/

6

LUCITA: Hace 20 años Ernesto "Che" Guevara/**ALTAMIRA:** La Crisis de Hegemonía/**PLA:** Argentina y la Crisis Mundial/**ANDERSON:** Las Antinomias de Gramsci/**CORIAT:** Tecnologías y Procesos de Trabajo/**Reforma en la URSS:** El Hermano Mayor Somos Nosotros-Perestrojka contra Stalin/

7

BUSTOS: Reestructuración productiva e inserción internacional de la economía argentina/**RUBIO:** La unidad de las izquierdas ¿qué hay entre la resignación y el delirio?/**ANDÉRSON:** Las antinomias de Antonio Gramsci (2^a parte)/**PLA:** La internacional comunista y el partido comunista de Argentina (1918-1928)/**OSORIO:** Acerca de la democracia/**HOLLOWAY:** La rosa roja de Nissan/**ALMEYRA:** El pasado que no pasa y el futuro que se prepara/

8

SIGAL, CUELLO, BORON, ROZITCHNER: (Entrevista de Cuadernos del Sur) "Diálogo con marxistas argentinos" / **ANDERSON:** "¿Existe una crisis del marxismo?" / **MILIBAND:** "El nuevo revisionismo en Gran Bretaña" / **SANCHEZ VAZQUEZ:** (entrevista de V. Mikecin) "Cuestiones marxistas disputadas" / **RUBIO:** "Al este del menemismo" / **PEIXOTO, FERNANDEZ, LUCITA:** "Los agrupamientos político sindicales: un intento de caracterización" /

9

LUCITA: Continuidad democrática y alternativa socialista (La izquierda en las elecciones) / **PLA:** La Tablada, la crisis, el socialismo / **MAKARZ:** Crisis militar: La democracia alfonsinista y las fuerzas armadas / **LÖWY:** Brasil: Un nuevo tipo de partido - el PT brasileño / **GILLY:** México: Fin de régimen, fin de época / **DI FRANCO:** El Perú ante la encrucijada: la crisis global y las elecciones / **ANDA:** La crisis de la universidad latinoamericana / **RAPTIS:** Marx, marxismo, comunismo /

10

COMITE EDITORIAL: Seis años en democracia: 1984/1989 diez números de Cuadernos del Sur / **BELLOTTI:** 1984/1989 El Feminismo y el Movimiento de mujeres / **GIGLIANI:** La economía política de Alfonsín (1983/1989): ¿Ajuste o modernización? / **LUCITA:** 1984/1989 Reestructuración del Capital y reorganización de los trabajadores / **LÖWY:** Notas sobre la recepción del marxismo en América Latina / **DABAT, RIVERA RIOS:** Los cambios tecnológicos en la economía mundial y las exportaciones de los países semiindustrializados / **GUERIN:** Burgueses y "Sans-Culottes", La revolución permanente en la revolución francesa /

11

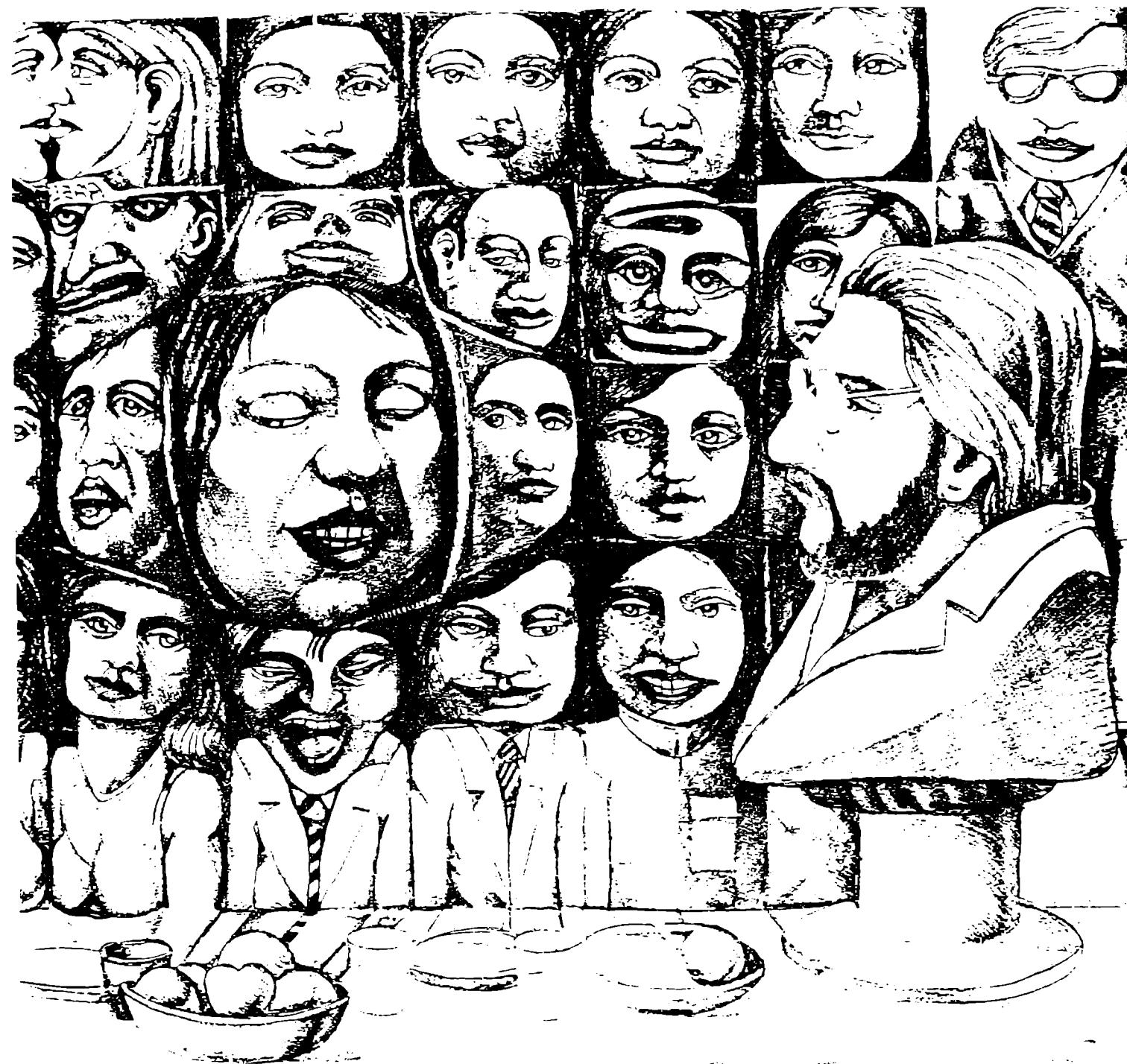
COMITE EDITORIAL: 1990, Cien años del Primero de Mayo en Argentina/**IZAGUIRRE** : Algunas reflexiones sobre las condiciones del conocimiento de lo social a fines de los '80./**DIAZ**: La reestructuración industrial autoritaria en Chile/**GILLY**: Panamá y la revolución democrática en América Latina/**PETRAS**: El futuro del socialismo en América Latina/**PLA**: En defensa del socialismo/**MANDEL**: La Glasnost y la crisis de los partidos comunistas/**Kagarlitsky, Ostrovskii**: No vemos una vía que no sea la socialista hacia la democracia en nuestro país/**ALMEYRA**: Unión soviética. La eclosión nacionalista/**RODRIGUEZ**: Revolución y contrarrevolución en el Este/**A.J.P./E.L.**: Hace 50 años fue asesinado León Trotsky/

12

COMITE EDITORIAL: 1991, el principio del fin del siglo/**DREW**: La etapa actual del desarrollo capitalista mundial/**ANDRE UNDRY**: Las contradicciones de la expansión del capital/**LOPEZ LOZANO**: Estado y política en el populismo/**PLA**: Notas sobre el agotamiento del populismo/**ALMEYRA/ MORENO**: La crisis del Golfo: un punto de vista latinoamericano/**GUIMARAES**: Brasil: La esperanza no fue a las urnas/**ESTELLANO**: Bolivia: del populismo a la economía de la coca/**ALBARRACIN**: Mercado y plan en la crisis del socialismo real/**POSSAS**: El proyecto político de la "Escuela de la Regulación". Algunos comentarios./**BROCATO**: Aborto. La penúltima batalla de la moral dogmática/

13

COMITE EDITORIAL: Elecciones '91: ¿Legitimación del ajuste estructural o sólo mayorías desesperanzadas?/**ABALO**: La reconversión y las mutaciones de largo plazo en el capitalismo/**ARECES**: Quinto centenario: recuperar la memoria histórica/**HABEL**: Cuba: rupturas en la "fortaleza sitiada"/**PETRAS**: Crisis y desafío para la izquierda/**LÖWY**: Marxismo y cristianismo en América Latina/**KAGARLITSKY**: La revolución democrática de Europa Oriental vista desde la izquierda/**RIEZNICK**: Marxismo y populismo/**TRAVERSO**: Walter Benjamin y León Trotsky/



Este libro se terminó de imprimir en
Talleres Gráficos CYAN. Potosí 4471 Cap. Fed.
en ~1 mes de setiembre de 1992.

Cuadernos del Sur

COMITE EDITORIAL:

500 años, Malvinas, Mercosur
Viejas y nuevas formas
de dominación

MAXIME DURAND:

¿A dónde va la crisis?

RUBEN R. DRI:

500 Años: acumulación de
capital, genocidio y teología

MIKE PARKER:

EEUU: el "trabajo de equipo",
ideología y realidad

JANE SLAUGHTER:

Los Angeles: la compleja trama del
estallido

MIKE DAVIS:

Cuba: han batido mal la clara

JANETTE HABEL:

Las tensiones y las crisis
en el marxismo

ADOLFO GILLY:

Crisis, fetichismo y
composición de clase

JOHN HOLLOWAY:

La crítica marxista de
la Modernidad

MICHAEL LÖWY:

artista plástico invitado: Germán Schaer

Tierra
del
fuego